

JEREMY BELPOIS

CODE LYOKO™

El castillo subterráneo



Lectulandia

El superordenador militar que acaban de reactivar transporta a Jeremy, Yumi, Ulrich y Odd al interior de Lyoko, un mundo paralelo digital habitado por X.A.N.A., una malévolos inteligencia artificial que quiere controlar el mundo real. Allí cuatro amigos se encuentran además con una chica antivirus, la única arma que existe contra X.A.N.A. Se llama Aelita, y no recuerda casi nada de su pasado. Un pasado indisolublemente entrelazado con el de Lyoko y sus secretos...

Lectulandia

Jeremy Belpois

El castillo subterráneo

Código Lyoko - 1

ePub r1.0

Etsai 28.08.13

Título original: *Il castello sotterraneo*

Jeremy Belpois, 2009

Traducción: Julio Reija

Editor digital: Etsai

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

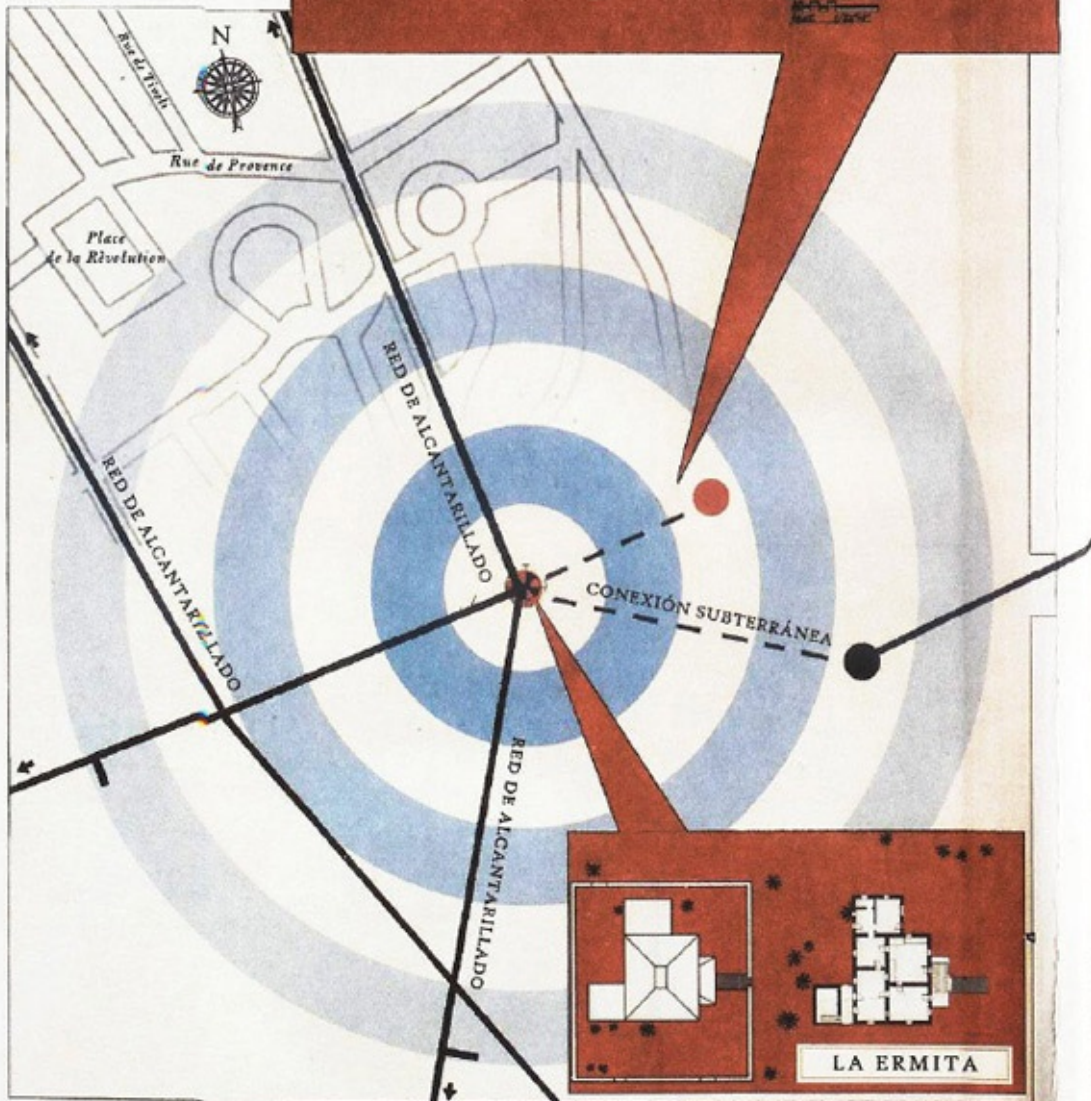
1.

BROULET ET FRÈRES

Rue de Tivoli 117



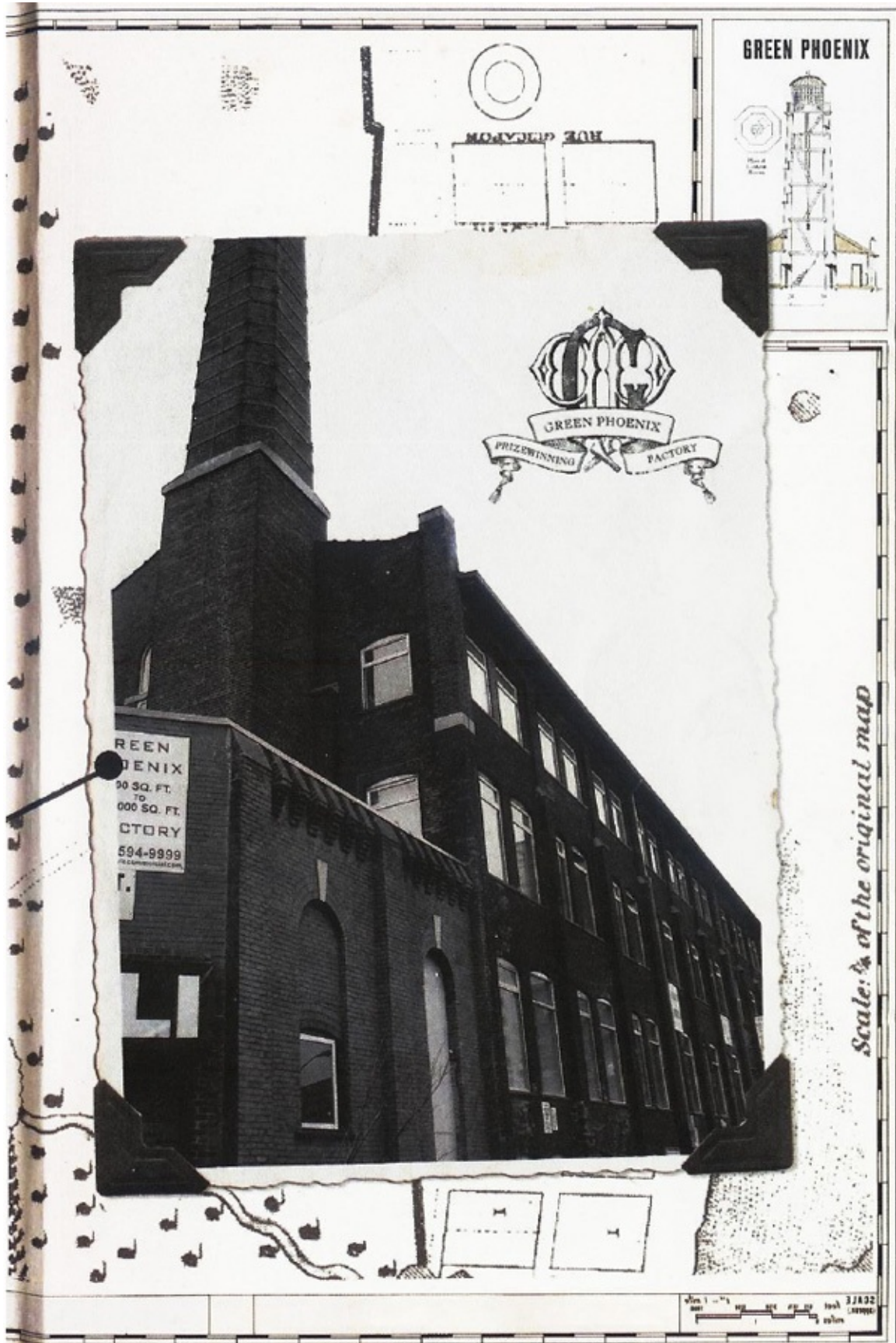
ACADEMIA KADIC



LA ERMITA

SCALE
feet 0 100 200 300 400
meters 0 100 200 300 400

1/3
Litho. 1912. 20x10
Impress. 1912. 20x10



1. Una mariposa en el fondo del mar

[Mar del Japón, 21 de diciembre]

Suele decirse que si una mariposa aletea en Pekín, lloverá en Nueva York.

Tal vez también fue exactamente así como sucedió en aquella ocasión, pero es difícil de decir: por mucho que todos se den cuenta cuando llueve, para entonces ya nadie es capaz de localizar a la mariposa responsable de ello...

El martes 21 de diciembre, a las 14 horas y 36 minutos, el barco KNT-17 echó el ancla en medio de las aguas profundas del mar del Japón, y un oficial le comunicó a la base de tierra «Estamos en posición».

En la base de tierra, Yukiko Itou, una hermosa muchacha japonesa de veintitrés años, estaba a la escucha. Desde su tranquilo escritorio, Yukiko chequeó las pantallas que la rodeaban, se colocó el micrófono delante de la boca y dijo «Aquí base. Todo en orden. Poned en marcha a Rovvy cuando queráis».

El KNT-17 era un barco cablegráfico: su cometido era el de revisar los cables de telecomunicaciones que conectaban Japón con los Estados Unidos. Sólo había un problema: los cables se encontraban a más de mil metros de profundidad bajo la superficie del mar. Y ahí era justo donde entraba en juego Rovvy, como lo llamaban cariñosamente los técnicos.

Pese a su ridículo mote, se trataba de un robot muy sofisticado, un ROV: Remotely Operated Vehicle. El único capaz de trabajar con toda tranquilidad bajo las inimaginables presiones de los abismos oceánicos.

Desde el monitor de su escritorio Yukiko tenía unas vistas dobles: una del robot (una especie de lata amarilla que una grúa estaba descargando entre las olas) y otra del oficial de a bordo, que estaba en cubierta.

—¿Qué tal estás, delicada criaturilla? —graznó su voz a través del radiotransmisor.

—¿Hablas conmigo? —le dijo Yukiko entre risas.

—¡Qué va, qué te has creído! ¡Estaba hablando con Rovvy!

Otra risotada.

—¡Concéntrate en el trabajo, o terminaremos dejando a todo Japón sin internet!

Habían pasado seis horas desde el momento en que el cable submarino empezó a griparse, y la cosa era muy preocupante. A través de ese cable pasaba la mayor parte de las llamadas telefónicas y los e-mails que los japoneses mandaban a América, y viceversa. Había que actuar deprisa y con precisión.

Silbando como un torpedo a gran velocidad gracias a sus potentes propulsores a hélice, en poco tiempo Rovvy descendió hasta alcanzar el cable, una gruesa serpiente

negra que se extendía hasta el infinito en ambas direcciones por el fondo arenoso. A su alrededor el océano estaba sumido en un silencio y una oscuridad absolutos. A esa profundidad ya ni siquiera había peces. Sin el haz de luz de la cámara de vídeo subacuática, la pantalla que Yukiko tenía delante habría parecido apagada por completo.

Pasaron unos minutos.

Después, la voz del oficial de a bordo rompió el silencio sepulcral que rezumaban sus auriculares.

—Creo que he encontrado la avería. No tiene pinta de ser nada grave.

De un compartimento interno de Rovvy salió un brazo mecánico que se alargó hasta rozar el revestimiento del cable.

En ese instante, los instrumentos electrónicos que estaban junto a Yukiko parecieron volverse locos.

—¡Espera! ¡Para! —gritó ella instintivamente.

—¿Qué pasa?

—Ha habido... una oscilación de corriente, creo. No te lo sé explicar, pero... era como una especie de obstrucción...

—¿Yukiko? ¿Te importaría repetírmelo?

—Lo has entendido de sobra: ¡en cuanto has tocado ese cable se ha producido un atasco de corriente!

—¡Pero si no he hecho más que rozarlo! Y además, no me cuadra que un cable de fibra óptica se pueda «atascar».

La muchacha hizo caso omiso de aquel comentario y echó un vistazo rápido a los monitores.

—Sea como sea, parece que ahora todo está de nuevo en su sitio. Las comunicaciones vuelven a funcionar perfectamente.

—¿Quieres que sigamos de todas formas con la reparación?

—No, no, no hace ninguna falta. Se suspende la misión. Saca de ahí a Rovvy y vuélvete a casa. —Perfecto. Así esta noche podemos salir juntos. Yukiko sonrió y se colocó un mechón detrás de la oreja.

—¿Por qué no?

Mientras en Japón internet volvía a funcionar, en Francia una chiquilla de trece años estaba tomándose el desayuno en el comedor de la academia Kadic. Se llamaba Aelita Stones, pero a lo largo de su breve vida había usado muchos nombres distintos. No era alta para su edad, y tenía una naricilla pequeña y respingona, unos ojos grandes y una melenita de un rojo vivo cortada a la garçon. Iba vestida con un peto de aspecto cómodo, y tenía una mirada más bien seria que desentonaba con la alegría del resto de los estudiantes.

En el comedor se respiraba un aire festivo: era el penúltimo día de clase antes de

las vacaciones de Navidad, y el curso no volvería a empezar hasta enero, casi veinte días más tarde.

Un montón de tiempo a su disposición para pasarlo en casa con mamá y papá.

Pero los planes de Aelita eran bien distintos, no tan placenteros. De hecho, ya no tenía padres. Aelita sentía como si hubiesen pasado siglos desde que se quedara definitivamente sola en el mundo. Desde aquel horrible día en que su padre...

—¿Va todo bien? —le preguntó de sopetón Jeremy, haciendo que se sobresaltase.

Jeremy Belpois tenía trece años, como ella, el pelo rubio y algo largo y unas gafas redondas sobre la nariz. Para ella, Jeremy era una persona importante, porque aquel terrible día en el que su padre...

—¿Aelita?

La muchacha se quedó como congelada, con el cruasán a medio camino entre el plato y la boca entreabierta y la mirada perdida en el vacío.

—Le ha dado un aire de la emoción —comentó el tercer amigo. Era Odd Della Robbia, tan sonriente como siempre, con el pelo de punta por encima de la cabeza y su típico look de roquero—. Entonces, Jeremy, ¿está listo nuestro diabólico plan? —preguntó Odd volviéndose hacia su amigo.

—Hasta el más mínimo detalle —asintió Jeremy—. Aelita y yo iremos a casa de mis padres a pasar las vacaciones. Mi madre está encantada de tener una chica a la que mimar.

—¿Y tú no?

—Déjalo, Odd.

—Nuestro informático románticón...

Jeremy se ruborizó, pero siguió hablando como si tal cosa, con la mirada fija en su plato.

—Volveremos a la academia el domingo 9. Un día antes de que empiecen las clases.

—¡Perfecto! ¿Qué les has contado a tus viejos?

—Que voy a dormir en casa de Ulrich.

—¡Yo también! Total, no se les ocurriría comprobarlo ni en un millón de años. ¿Y los demás? ¿Los has llamado?

—No, pero ya está todo hablado. No creo que vaya a haber problemas.

—¡Oye, Aelita! ¿Estás aquí? —le preguntó Odd a la muchacha después de darse cuenta de que en todo ese rato no había movido ni un solo músculo. El cruasán estaba todavía quieto delante de su nariz.

—Aelita, si es algún tipo de broma, no es divertida —dijo Jeremy con aire preocupado.

La muchacha lo miró fijamente, casi sin parpadear.

—Tú te llamas Jeremy, ¿verdad?

Él la miró, incrédulo, y luego rió, algo cohibido. Odd fingió que le seguía la corriente.

—Sí. Él es Jeremy, y yo soy Odd. Somos tus mejores amigos. ¿Te acuerdas? Pretendía ser un chiste, pero Aelita no se rió.

—No —le espetó como única respuesta.

2. La casa vacía

[Francia, Ciudad de la Torre de Hierro, 9 de enero]

El nuevo año saludó al mundo con un frío fuera de lo común.

Por la mañana del domingo 9 de enero el tren llegó a la estación con una hora de retraso. Las vías eran dos franjas negras que destacaban entre la uniforme blancura. Había nevado durante toda la noche, y aún iba a volver a nevar.

Cuando las puertas del tren se abrieron con un resoplido, Jeremy ayudó a Aelita a bajar las maletas.

—¡Bienvenidos! —los saludó una voz desde la acera—. Hace ya un buen rato que os esperaba.

Aquella voz era la de Ulrich Stern, un muchacho alto y enjuto embutido en un plumas rojo. Llevaba un gorro de lana gruesa para protegerse del viento, pero del doblez inferior sobresalía un mechón oscuro y rebelde que le caía sobre la frente.

Aelita y Jeremy estaban contentísimos de volver a verlo.

—¡Qué pasa, Ulrich! ¿Qué tal te han ido las «vacas»?

Su amigo se encogió de hombros, y Jeremy no le hizo más preguntas. Sabía que estaba pasando por una mala época en la que no estaba muy en sintonía con sus padres.

Ulrich levantó sin esfuerzo una de las maletas, y se dirigió a la chica con una mirada interrogativa.

—Aelita, ¿tú qué tal estás? ¿Te ha ido bien en casa de los Belpois?

Aelita sonrió.

—Los padres de Jeremy han sido amabilísimos. ¡Y su madre es una cocinera fantástica!

—Genial —murmuró Ulrich. Luego los miró en silencio, sin tener muy claro cómo afrontar la cuestión por la que había ido a recogerlos a la estación. Al final se decidió por la forma más directa, que siempre había sido su favorita—. Y ahora... ¿va un poco mejor esa memoria?

Aelita se ciñó el abrigo. El aliento le salía de la boca formando ligeras nubecillas.

—Digamos que va yendo. Me acuerdo de quién eres, ¡que ya es algo!

Ulrich sonrió.

Se encaminaron por las calles de la ciudad, heladas y resbaladizas. La nieve le daba a todo un aspecto insólito, casi irreal: las aceras se confundían con el asfalto y la hierba de los parques, como una única alfombra blanca.

—Hace fresquete, ¿eh? Tengo miedo de que en esa casa tan vacía nos vayamos a helar... —masculló Jeremy en medio de una tiritera.

—No te preocupes —lo tranquilizó Ulrich—. Ayer Yumi se coló dentro para encender la calefacción. Vamos a estar de miedo.

—¿Odd está ya en la ciudad? —se informó Jeremy antes de echarse el aliento en las manos heladas.

—Ha vuelto esta mañana. Está ayudando a Yumi a arreglar la casa.

—Fantástico.

—Ya —convino Ulrich—. Nuestro «diabólico plan», como lo llama Odd, funciona a la perfección.

La idea de encontrarse un día antes del comienzo de las clases a espaldas de sus padres se le había ocurrido a Jeremy. El objetivo era pasar un domingo juntos sin que nadie interfiriese en sus asuntos. Odd y él habían dicho que iban a dormir en casa de Ulrich; Ulrich, que iba a estar en casa de Jeremy; y Yumi, en casa de Aelita. Para no correr riesgos, Jeremy incluso había utilizado un programa de voz de su ordenador y había llamado por teléfono a todas sus familias, haciéndose pasar cada vez por un padre distinto para confirmar la excusa.

Un diabólico plan, efectivamente.

Gracias al cual iban a tener todo el tiempo y la calma necesarios para resolver cierta cuestión.

—Vagamente. Pero más que un recuerdo es como... una sensación. Siento que es un sitio al que le tengo mucho cariño.

Jeremy asintió con la cabeza.

—¡Yo diría que, como punto de partida, promete! Pero por ahora, entremos antes de que se nos congelen las ideas.

Alguien había limpiado la nieve de la plaquita de madera de la verja, y ahora la inscripción **LA ERMITA** era bien legible. Al otro lado de la cerca, el jardín tenía el mismo aspecto lunar que el resto de la ciudad. Una doble hilera de huellas surcaba la nieve y llegaba hasta los escalones del soportal de delante de la entrada.

La Ermita era un chalé alto y estrecho, de tres pisos más un semisótano, con el tejado a dos aguas y un garaje bajo que se apoyaba contra la casa como si tratase de sostenerla. A su alrededor había abetos cubiertos de nieve, que eran más numerosos por detrás del edificio, donde tan sólo una cerca baja separaba el jardín del parque de la academia Kadic.

Aelita se paró a observar las ventanas oscuras, las columnitas blancas del soportal, los árboles.

—¿Te acuerdas de esta casa? —le preguntó Jeremy.

Dentro, Odd estaba colgando del techo una cadeneta de colores. En cuanto los oyó abrir la puerta saltó de la escalera al suelo con la agilidad de un gato.

Le dio una enérgica palmada en la espalda a Ulrich y corrió a abrazar a Aelita mientras Jeremy le lanzaba una mirada de celos.

—¡Hola, chicos! —los saludó Yumi, que salía corriendo de la cocina con un intenso brillo en sus ojos rasgados y su habitual sonrisa enigmática y sutil.

Yumi Ishiyama era la última de su grupo de amigos, la de más edad y, en teoría, la más responsable. Alta y delgada, le encantaba vestir de negro, el mismo color de su brillante cabello corvino. Sus padres eran japoneses, y se habían mudado a Francia cuando ella acababa de nacer.

—¿Y tus «vacas»? —le preguntó Jeremy.

—Pasables. Hasta he conseguido esquiar. ¿Y las vuestras?

La conversación se vio bruscamente interrumpida por un estrépito como de cosas que salían volando por los aires. Acto seguido apareció Kiwi, el perrillo ladrador y poco mordedor de Odd, que empezó a corretear loco de alegría por entre los muchachos, meneando sin parar su rabo cortado.

Los amigos intercambiaron los relatos de sus vacaciones con avidez, como si fuesen caramelos, entre bromas y abrazos. Después decidieron que había llegado el momento de ponerse manos a la obra. Ulrich se encaramó a la escalera para terminar de colocar la cadeneta, mientras que Odd y Jeremy, los chefs del grupo, pasaron a la cocina. La madre de Yumi había preparado una bandeja de pasta al horno, y además la muchacha había hecho una compra de palomitas, refrescos, un asado precocinado y un saco de patatas.

—Mira a ver si consigues no cortarte un dedo —le advirtió Jeremy a Odd mientras éste se acuclillaba sobre una silla con el pelapatatas en la mano.

Su amigo hizo caso omiso de la broma.

—Bueno, cuéntame qué tal está Aelita —le pidió de golpe y porrazo, como si fuese lo que más lo apremiaba.

—Bien —le respondió Jeremy, encogiéndose de hombros—. La memoria ya le ha vuelto casi del todo. Se acuerda de nosotros y de bastantes acontecimientos de los últimos años... —reflexionó durante unos instantes antes de añadir—: Excepto de Lyoko.

—¿Qué quiere decir eso de «excepto de Lyoko»?

Jeremy suspiró antes de responder.

—Pues eso quiere decir que tiene totalmente borrado de su memoria todo lo relacionado con Lyoko.

—¿X.A.N.A.?

—De X.A.N.A. tampoco se acuerda.

Odd terminó de pelar una patata y agarró otra.

—Me refería a que si crees que esta amnesia es culpa de X.A.N.A.

—Imposible —le replicó Jeremy con una cara muy seria—. X.A.N.A. está muerto.

—¡Fua, menuda comilona! —exclamó Ulrich, mientras se dejaba resbalar por la

silla.

—¡Pues adivina a quién le toca fregar los platos! —le dijo Odd, guiñando un ojo.

—¡Oye, oye, ni hablar! ¡Eso es un trabajo de mujeres!

Yumi le arreó un codazo en el estómago.

—Aelita y yo pensábamos ayudarte —le dijo con una sonrisa maliciosa mientras él recobraba el aliento—, pero ya que, como tú dices, «es un trabajo de mujeres», vamos a dejarte a ti el honor de hacerlo.

Ulrich resopló mientras los demás se reían con ganas.

De repente, Jeremy se levantó de la mesa, desapareció durante un instante en una habitación contigua y volvió sosteniendo un bolsito.

—Los platos pueden esperar, chicos. ¿Qué os parece si vamos a dar una vuelta? —propuso con entusiasmo.

A Odd no le hizo mucha gracia la idea.

—Pero ¿tú has visto el tiempo que hace, Einstein? —protestó, señalando la ventana—. Estaremos por lo menos a mil bajo cero. Y me apuesto lo que quieras a que hasta vuelve a nevar.

—No nieva a mil grados bajo cero —puntualizó «Einstein» mientras Odd resoplaba, alzando los ojos al cielo—. Y de todas formas, no tenemos que ir muy lejos. Sólo hasta el parque de la academia.

Yumi miró fijamente a Jeremy, con un gesto serio.

—¿Qué tienes en mente? —le preguntó.

Jeremy abrió el bolsito que había cogido y sacó de él una pequeña cámara de vídeo digital.

—Me gustaría hacer un videodiario —explicó—. He pensado que sería divertido contar ante la cámara lo que nos ha estado pasando. Y tal vez el día de mañana podría resultarnos útil.

—Gran idea —asintió, convencida, Yumi.

—Yo, por el contrario, estoy de acuerdo con Odd —comentó Ulrich—. No entiendo por qué tendríamos que tomarnos tanto trabajo...

Yumi le soltó un segundo codazo, esta vez más preciso y más fuerte.

—¡Ay!

—Bueno, ¿nos ponemos en marcha? —los exhortó Jeremy, sin encontrar más objeciones.

Se pusieron los abrigos y las bufandas, y se aventuraron a salir al aire libre. El cielo tenía un tono gris claro que tiraba hacia el morado: tiempo de nevada. Jeremy se abrió paso hacia la parte trasera de la casa, con Odd y Aelita siguiéndolo a rebufo.

Ulrich se quedó en la retaguardia y se arrimó a Yumi.

—Lo de los codazos no ha sido muy majo por tu parte —murmuró con resentimiento.

—Pero ¿tú no eras el campeón de artes marciales? —le tomó el pelo ella—. Y además, no me digas que no has entendido por qué Jeremy ha propuesto lo de la cámara.

—Mmmm... Pues más bien no.

—Pues para Aelita, ¿no lo ves? Si hablamos de Lyoko desde el principio, es posible que le vuelva la memoria...

Ulrich se caló el gorro de lana en la frente, no muy convencido.

Los muchachos salieron por la cancilla trasera de La Ermita y se encaminaron a través del parque. Allí la nieve estaba tan alta que les llegaba casi hasta las rodillas, y todo estaba sumido en un mullido silencio. Kiwi avanzaba a brincos, desapareciendo de cuando en cuando bajo el manto blanco.

Siguieron caminando hasta que empezaron a entrever las oscuras siluetas de los edificios de la academia Kadice, con sus tejados de varias aguas casi negros contra el pálido telón de fondo del cielo invernal.

El pequeño grupo se detuvo en un claro del parque: Jeremy y Odd comenzaron a escarbar en la nieve con las manos.

—Fíjate bien —le susurró Ulrich a Yumi—. Odd no va a resistir más de cinco segundos. Cuatro... tres...

Acababa de llegar a «uno» cuando Odd recogió un poco de nieve fresca en el hueco de las manos, la prensó para hacer una bola bien gorda y la tiró con todas sus fuerzas contra ellos.

Ulrich se agachó, y la bola le dio a Yumi en plena cara.

—¡Ja, ja! —se rió Ulrich, dándole una palmada en la espalda—. ¿Qué te había dicho?

—¡Ésta me la pagas, Odd! —gritó Yumi, hundiendo las manos en la nieve.

Un instante después estalló la batalla.

—¡Basta, basta! ¡Me rindo! —jadeó Aelita unos minutos más tarde.

Luego se dejó caer al lado de Jeremy, que había tirado la toalla hacía ya un rato.

A base de hacer bolas de nieve habían despejado un buen trozo del claro, hasta dejar a la vista un montón de manojos de hierba verde y el disco de hierro de una gran boca de alcantarilla.

A pesar de que la alcantarilla en sí no tenía nada de raro (se trataba de una ordinárisima placa metálica circular), lo indiscutiblemente insólito era que no se encontraba en medio de una calle, sino en pleno centro de un parque, entre la hierba y los árboles.

—¡Ulrich! —lo llamó Jeremy al tiempo que preparaba la cámara de vídeo—. Venga, empieza a contarlo tú.

—¿Yo? —se sobresaltó Ulrich.

—Bueno, en el fondo tú fuiste el primero que bajó conmigo...

—Venga. No te hagas de rogar, Ulrich —insistió Yumi—. Si empiezas tú, te prometo que te ayudaré con los platos sucios. ¿Trato hecho?

—Bueno, en ese caso... —cedió su amigo antes de aclararse la garganta.

Aunque no habían hablado de ello, todos sabían perfectamente el motivo por el que Jeremy se había parado junto a aquella boca de alcantarilla. Ahí era justo donde todo había empezado...

Para Ulrich, Jeremy nunca había sido nada más que el empollón de la clase. Desde que se habían inscrito en la academia Kadic, los dos habían intercambiado como mucho algún que otro «hola» mascullado a toda prisa. A Ulrich, Jeremy no le había llamado la atención hasta mucho, mucho tiempo después.

Vista desde arriba, la academia Kadic parecía un enorme tenedor. Desde la verja se entraba en un extenso parque atravesado por dos anchos viales que llevaban a la entrada del edificio de administración. A partir de allí los edificios formaban una serie de herraduras que trazaban tres amplios patios: el interno, que se encontraba entre las aulas; el central, que albergaba los dos pabellones bajos de los comedores de la escuela; y, finalmente, el patio más amplio, donde estaba el campo de deportes.

Aquel día Ulrich estaba junto a una de las máquinas de café diseminadas en torno al campo. Con él estaba Odd, su nuevo compañero de cuarto, que no paraba de hablar y gesticular ni un solo segundo mientras él se bebía, con lentos sorbos, una lata de refresco. En cierto momento, Jeremy se había acercado a la máquina, había echado una moneda y había apretado un botón. El calambrazo había sido de tal calibre que le había hecho caer al suelo como un saco de patatas.

Tras un instante de indecisión, Ulrich se había apresurado a ayudarlo, y lo había acompañado a la enfermería. Por suerte, el empollón no se había hecho nada grave. Ulrich se había despedido de él antes de alejarse, pensativo.

Unos días después, Ulrich había oído unos gritos que venían de la habitación de Jeremy. Había entrado corriendo y se había encontrado a su compañero de clase enzarzado en una lucha contra una especie de caja con ruedas: era evidente que algo no había ido bien con el experimento de ciencias...

—¡Échame una mano! ¡Apágalo!

Ulrich había tirado del enchufe del robot y ¡plop!, todo había vuelto a la normalidad.

—Gracias.

—No hay de qué. Ya le estoy pillando el gusto a esto de salvarte el pellejo.

Jeremy Belpois lo había mirado con seriedad desde detrás de sus gafas empañadas, y tras un momento de silencio le había hecho una declaración.

—Hay algo más.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo explicártelo aquí.

—Y entonces, ¿dónde?

—Fuera. En el parque. Pero no ahora: mañana.

Ulrich había clavado sus ojos en él, incrédulo, durante un par de segundos. Al final había asentido con la cabeza.

El sol centelleaba entre las hojas, proyectando por todas partes una luz verde y fresca. La sombra de la fronda le ofrecía algo de alivio a aquel caluroso día de primavera. Ulrich observó perplejo cómo su nuevo amigo saltaba de un arbusto a otro igual que un conejo.

—¿Estás seguro de que éste es el sitio? Jeremy lo miró de mala manera y torció el gesto.

—Mira que nadie te ha obligado a venir.

—Lo estoy haciendo por ti. No me fío de dejarte solo, visto tu extraordinario talento para meterte en líos.

En realidad, aquel ridículo chaval con gafas, siempre tan misterioso y solitario, había despertado su curiosidad.

—¡Ya estamos! —exclamó finalmente Jeremy—. ¡La he encontrado!

Aquella boca de alcantarilla que se recortaba entre la hierba causaba una extraña sensación. Estaba a todas luces fuera de lugar, como un pollo cruzando por un paso de cebra en medio de la ciudad o un hombre en traje de baño en plena fiesta de etiqueta, rodeado de esmóquines.

—Échame una mano —dijo Jeremy.

Entre los dos muchachos consiguieron levantar la pesada plancha de hierro. Una serie de asideros herrumbrosos descendía por un conducto vertical, sumiéndose en la oscuridad. El olor que subía desde el fondo no era nada agradable.

—¡¿Y se supone que nosotros vamos a tener que ir ahí abajo?!

—¡Venga, nada de remilgos! —lo cortó Jeremy, y se metió el primero en el agujero.

Ulrich permaneció durante un momento sin saber qué hacer, pero al final lo siguió, y empezó a descender a ciegas, más y más abajo.

De repente su pie no encontró un nuevo escalón, sino sólo el vacío. El muchacho vaciló, y a punto estuvo de perder asidero. Luego se quedó inmóvil, colgando como un jamón.

A continuación oyó la voz de Jeremy retumbando desde abajo.

—¿Qué haces ahí arriba? La escalera se ha terminado. Salta.

—¿Perdona? ¿¿Cómo que «salta»??

—Échale valor. Como mucho será un metro y medio, no más.

Constreñido en aquel tubo de cemento, Ulrich empezó a preguntarse quién le mandaba a él meterse en esa situación. Jeremy le había parecido un chico tranquilo... pero estaba claro que no tenía la cabeza muy en su sitio. Como todos los genios, él

también debía de tener algún tornillo mal apretado.

—¡Ulrich, ponte las pilas!

Ulrich saltó. Cayó rodando y volvió a levantarse inmediatamente, sorprendido de seguir aún de una pieza. Miró a su alrededor y vio que se encontraban en un túnel amplio y mal iluminado que desde arriba no había conseguido ni siquiera vislumbrar. También se dio cuenta de que tenía los pantalones mojados. Por el fondo del túnel fluía una especie de riachuelo gris y... ¡Puaj, nunca había oído un tufo como ése! El hedor que impregnaba el aire era casi sólido.

—Aquí no hay quien respire —boqueó.

—Son aguas negras —le explicó Jeremy con toda tranquilidad—. Estamos en las cloacas, amigo mío.

—¡El sitio ideal para una buena excursión!

—Ánimo, entonces. Cuanto antes sigamos, antes saldremos de aquí.

Ulrich no se lo hizo repetir dos veces.

Los dos muchachos se pusieron en marcha a lo largo de una especie de acera que bordeaba el agua mugrienta de los desagües. Sus sombras se alargaban por las paredes curvas del túnel, dibujando figuras monstruosas mientras a su alrededor el silencio se veía interrumpido únicamente por sus pasos y algún que otro chillido asustado.

—¿Ratas? —preguntó Ulrich.

—Oye, ¿qué parte de «estamos en las cloacas» no te ha quedado clara? Por supuesto que son ratas. Y si quieres más detalles, esas cosas negras que flotan ahí abajo son...

—¡Vale, vale! ¡Ya lo pillo! —lo interrumpió Ulrich con un gesto de impaciencia.

Unos cuantos pasos más allá, el túnel se interrumpió de golpe: una reja que iba de lado a lado impedía el paso, haciendo que fuese imposible seguir adelante. Una nueva hilera de asideros de hierro incrustados en la pared desaparecía hacia arriba.

—Volvemos a la superficie.

Ulrich suspiró. Estaba seguro de que aquel olor a cloaca se le iba a quedar pegado a la ropa para siempre.

Al final de la escalada los esperaba una segunda trampilla de metal. Cuando la apartaron a un lado quedaron casi cegados por la luz del sol.

Ulrich trepó afuera.

Y se quedó sin aliento.

Habían aparecido en medio del puente de la vieja fábrica, un gigantesco caserón que llenaba por completo un islote solitario inundado de sol. A su alrededor las aguas del río que pasaba a poca distancia de la academia gorgoteaban con toda tranquilidad. Detrás de Ulrich, una enorme verja coronada de alambre de espino bloqueaba la carretera que en otra época había permitido a los camiones atravesar la zona

industrial de la ciudad y llegar a la fábrica.

Ahora el asfalto estaba lleno de grietas, y algunos manojos de hierbajos verdes perforaban la calzada aquí y allá.

Tampoco el puente parecía estar en buenas condiciones: las arcadas metálicas estaban cubiertas de herrumbre, y tenían un aspecto definitivamente poco sólido. Pero el paisaje era sin lugar a dudas único: desde el puente se disfrutaba de unas vistas espectaculares del río y, a lo lejos, más allá de las naves abandonadas, se asomaban las copas de los árboles y la majestuosa silueta de los edificios de la academia Kadic.

—Bonito, ¿eh? —sonrió Jeremy.

—Sí. Pero quién sabe por qué ya no hay nadie por aquí.

—Lo he investigado un poco, y... no he sacado nada en claro. La fábrica quebró cuando nosotros aún éramos pequeños. En lugar de venderla, por algún motivo los propietarios prefirieron dejarla aquí, criando polvo. Después nació la nueva zona industrial a las afueras de la ciudad, y este barrio fue decayendo.

Jeremy hizo una pausa y abarcó con la mirada toda la isla.

—Antes o después alguien la comprará y construirá aparcamientos. O edificios. O a lo mejor un hotel enorme —concluyó.

La fábrica, con las chimeneas apagadas, mostraba un aspecto melancólico. Ulrich tenía una idea muy clara de cómo aprovechar todo ese espacio: gimnasios, pistas y rampas para monopatines, locales... un parque de atracciones como para quedarse sin aliento.

—Vamos —lo despabiló Jeremy, echando a andar por el puente.

—¿Adónde?

—¿No es obvio? Adentro de la fábrica.

3. Erik McKinsky

[Estados Unidos, California, 9 de enero]

—¿Te apuntas al partido de béisbol de esta tarde?

—Sí... O sea, no lo sé... A lo mejor estoy liado.

—¿Aún andas a vueltas con ese conjunto de música?

—No es un «conjunto». Es el grupo del siglo.

—Si tú lo dices...

El primero de los dos chiquillos que charlaban sentados al borde del campo se llamaba Mark Holeman, un larguirucho de once años que llevaba una gorra y una bufanda de los Massachusetts Rippety Indians, el equipo de béisbol de la escuela. El segundo se llamaba Erik McKinsky, tenía la misma edad y llevaba un plumas fosforito de los Ceb Digital: el «grupo del siglo», precisamente. En la espalda del anorak destacaba una foto en la que Gardenia la cantante de la banda, saltaba a horcajadas de una guitarra igual que una bruja en su escoba.

Ante los muchachos se abría el claro ventoso del campo de juego de los Rippety Indians. Tras ellos se alzaba, amenazador, el edificio moderno y algo triste de la Rippety School: una especie de gran cubo rosa con amplias ventanas de cristal que brotaban al tuntún en medio de la fachada.

Mark arrancó del suelo un manojo de césped amarillento y suspiró.

—Mira. Los Ceb Digital son totales, y Gardenia es estupenda, pero...

—¿Totales? ¿Estupenda? ¡Ella es absolutamente genial! Y esta tarde tenemos el gran concierto...

—Pero ¿tú te estás oyendo, Erik? Te has vuelto incapaz de pensar en otra cosa. Te encierras en tu habitación y te pones sus cedés. Luego te enchufas a internet y te lees su web de cabo a rabo. Luego te sientas delante de la tele a ver su último vídeo...

—¿Y? —respondió Erik, fastidiado, tratando de que no se notase cómo se sacaba el auricular de la oreja. Iban ya unas trece veces seguidas que escuchaba Luv, Luv Punka, el último single del grupo. Eran la caña.

—¡Demonios! ¡Que los Ceb Digital no son lo único que hay en la vida!

—Ah, bueno, está claro que es mejor quedarse aquí, mirando cómo los Indians se dejan hacer trizas en el campo por... por no sé qué equipo. Si por lo menos te dejaran jugar...

Ése había sido un golpe bajo, y Erik se arrepintió inmediatamente. Jugar en el equipo de la escuela era el gran sueño de Mark. Hacía ya dos años que su amigo no se perdía un solo entrenamiento, y trataba por todos los medios de convencer al entrenador de que le dejara entrar en la alineación. Pero por más que se empeñase,

nunca veía premiados sus esfuerzos: Mark era un auténtico negado para el béisbol.

—¡Yo por lo menos estoy al aire libre!

—¡Pero si estamos en invierno! Y hace un frío que pela, para más inri.

Era verdad. Se levantaron y corrieron a recoger las bicis que habían dejado tiradas al lado de la alameda del campo.

Erik derrapó en el caminito helado, y frenó la bicicleta contra un buzón torcido en el que estaba escrito McKINSKY.

—¡Mamá, ya estoy en casa! —chilló mientras abría la puerta de par en par. Luego dejó caer la mochila y se sacó el plumas. Entrevió a su madre por el rabillo del ojo. Estaba en el salón, echada en una esterilla azul.

—¡Hola... teso... rín! —jadeó la mujer—. ¡Estoy... haciendo... mis... ejercicios!

La madre de Erik era una entusiasta del aeróbic, y se pasaba todas las mañanas haciendo los «ejercicios de calentamiento», como los llamaba ella, y por las tardes se iba al gimnasio.

—¡Me subo a mi cuarto!

—¡En cuan... to a... cabe... los... esti... ramientos... voy a... darte un... beso!

En la pantalla del ordenador parpadeó un texto que decía **MUSIC-OH**. Y a continuación, **ESTÁS CONECTADO**.

Los altavoces emitían a todo volumen Luv Luv Punka, y los ojos violáceos de Gardenia parecían espiar a Erik desde su fondo de escritorio.

Tenía veintidós e-mails no leídos. El boletín oficial de los Ceb Digital, un tío que quería comprar las entradas del concierto y estaba dispuesto a pagar «la cantidad que fuese» y los nuevos mensajes del foro de Music-Oh. El muchacho se dedicó a estos últimos, con calma. Una tal Lisette93 decía:

*olaaa erik!!!! toy suprmgacontnta d q m ayas resp n el foro asi ahora yo
tmbien soy 1 verdadera fan!!!!!!*

Erik estaba a punto de borrar el mensaje, pero las frases siguientes le llamaron la atención.

*pa dad Is grcias kiero nsñart 1 cosa suprmgascreta: 1 foto d gardnia d
cuand trabjaba d kmarera ants d q su stupnda voz la convrtiera n 1 autntik
strella!!!*

pro no m prgunts como e encontrado sta joyita...

Un escalofrío sacudió a Erik. Todos los auténticos admiradores de los Ceb Digital sabían que Gardenia, antes de montar el grupo con el guitarrista, Freno, había trabajado como camarera en el restaurante Skate Willy de Boston. Y todos sabían que

el representante del grupo había hecho desaparecer cada foto, cada servilleta de papel firmada y cada camiseta usada por Gardenia en aquella época en cuanto la banda alcanzó el éxito. No existía ni una sola imagen de Gardenia con el uniforme de «Willy-Girl», y si hubiese habido alguna, pues... habría tenido un valor incalculable.

El e-mail de Lisette93 no tenía adjuntos, sino tan sólo un enlace. Erik se dispuso a hacer clic en él con la mano temblorosa.

—¡Aquí estoy, pichurrín! —gorjeó su madre, entrando en la habitación en ese preciso instante rodeada de una nube de perfume de melocotón—. Anda, baja, que te he preparado un tentempié.

Erik todavía estaba mirando la pantalla sin parpadear, embobado.

—Ahora voy. Un momentito.

Su madre le revolvió afectuosamente el pelo.

—¡Tsch, siempre delante del dichoso ordenador! Eso no es nada sano. Vamos abajo, que ya son las diez y aún no te has metido nada entre pecho y espalda.

Su tono no admitía discusión. Erik entendió que iba a tener que posponer su cita con Gardenia.

En ese instante, dentro del ordenador del muchacho otro ser también se resignó a esperar.

La criatura digital flotaba sin nombre ni recuerdos en una nada infinita. Se había quedado mucho tiempo esperando bajo las aguas del mar, como una larva encerrada en su crisálida que aguardase únicamente el instante adecuado para abrirse y volverse adulta. Después una cuchilla de luz había rajado la oscuridad. Una pinza mecánica se le había acercado lentamente, bajo la presión de miles de metros cúbicos de agua. Y la había rozado.

Así se había despertado.

Pero no sabía por qué. Ni tampoco qué tenía que hacer.

Tan sólo sentía el urgente deseo de recuperar sus recuerdos. Estaba segura de que aún existían en algún lugar, pero ¿dónde? Debía encontrarlos: le permitirían entender qué hacer.

La «cosa» agazapada en el ordenador de Erik sabía que aquella memoria la estaba esperando, guardada en una invisible caja fuerte.

Necesitaba una llave para abrirla. Necesitaba un órgano con el que mirar por el ojo de la cerradura. Oh, sí. Un ojo.

Eso era justo lo que necesitaba encontrar: su propio ojo.

El ojo de X.A.N.A.

Erik no tuvo más remedio que engullir un batido de zanahorias asqueroso y tragarse, además, el clásico sermón de su madre.

—¡Te has pasado todas las vacaciones encerrado en tu cuarto, oyendo esa música! Por lo menos podrías salir un poco con ese amigo tuyo, Mark, o hacer un poco de

deporte...

Mientras fingía que la estaba escuchando, Erik sintió crecer dentro de sí el gusanillo de los nervios: no lograba sacarse de la cabeza aquel e-mail.

Tan pronto como su madre volvió a dedicarse a sus ejercicios, el muchacho subió corriendo a su habitación y cerró la puerta con llave para asegurarse de que no lo volviese a molestar.

pro no m prgunts como e encntrado sta joyita...

Erik contuvo la respiración, emocionado. Después esa emoción se transformó en miedo. Esta vez los Ceb Digital no tenían nada que ver con ello. Era un miedo sutil, la sensación que uno siente cuando piensa que hay algo que no está nada bien al otro lado de la puerta cerrada que tiene delante. La mano posada sobre el ratón titubeó. Clic.

En la pantalla no apareció la Gardenia de grandes ojos violáceos. En realidad, ni siquiera había una foto. Lo que sí que había era un dibujo.

Tenía un círculo en el medio, y otros dos círculos concéntricos a su alrededor. El tercer círculo, el más alejado del centro, estaba interrumpido por una rayita vertical en la parte de arriba y tres patitas gruesas, una vertical y dos diagonales, en la parte inferior.

—El timo de siempre... —gruñó Erik, desilusionado.

Pero luego se quedó mirando el dibujo. ¿Qué era exactamente esa movida? ¿Una diana? ¿Algún logotipo?

Erik no lograba despegar los ojos de la pantalla. No sabía muy bien por qué, pero ese dibujo le traía a la cabeza algo muy concreto.

Un ojo.

Hizo clic en él.

4. El castillo subterráneo

[Francia. Ciudad de la Torre de Hierro, hace algún tiempo]

En realidad todo había empezado un poco antes de que Ulrich bajase a las alcantarillas con Jeremy. En el momento del auténtico principio, Jeremy estaba solo.

Cada semestre la profesora Hertz convocaba un concurso en clase para crear el experimento de ciencias más original, y Jeremy siempre había quedado primero. Esa vez había decidido diseñar un robot en miniatura, pero le faltaban algunas piezas para acabar el prototipo, y en la academia no había encontrado nada que le viniese bien.

Después se había acordado de la vieja fábrica abandonada, que no quedaba lejos, y había pensado que a lo mejor allí conseguiría dar con algo útil. Además, tiempo atrás había hecho un descubrimiento interesante: un pasadizo secreto que llevaba desde el parque de la academia Kadic justo hasta la vieja fábrica...

Por fuera, el disco de hierro de la alcantarilla era completamente anónimo. Pero después de levantarlo había revelado un extraño símbolo con una inscripción aún más misteriosa: Green Phoenix. «El fénix verde». Y ese mismo símbolo estaba grabado a los pies de los asideros de hierro que bajaban hasta las cloacas. Y en los propios conductos, como indicando qué camino seguir.

Y luego, en la entrada de la vieja fábrica abandonada en medio del río, estaba otra vez aquel símbolo, grabado y borrado por el tiempo.

El fénix verde.

Aparte del puente inundado de sol, la fábrica abandonada era fresca y polvorienta. Desde el portón principal se entraba en una galería suspendida a varios metros del suelo. Se trataba de un lugar inmenso, altísimo y desolado. Las paredes estaban surcadas por pasarelas y balcones corridos, y había vigas de acero que sostenían grúas y otras maquinarias en desuso.

Las ventanas eran grandes vidrieras enrejadas que daban al río.

Muchos cristales estaban rotos, y los que quedaban sin romper se habían vuelto opacos a causa del polvo.

Hacía años que nadie había puesto un pie allí dentro.

Jeremy decidió explorar la planta baja. Los últimos obreros habían amontonado allí un poco de todo a la buena de Dios: tubos y neumáticos de camión, aparatos electrónicos, vigas, restos de partes mecánicas. Era una auténtica mina de oro para su robot. La pena era que la escalerilla que antaño permitía descender a la planta baja se había derrumbado con el paso de los años, y ya no quedaban de ella más que unos cuantos escalones de hierro que se balanceaban sobre el vacío.

Jeremy advirtió dos cables robustos que colgaban de sendos ganchos suspendidos

del techo. Los cables pasaban a poca distancia del corredor flotante y llegaban hasta el suelo, donde se enrollaban formando amplios anillos serpentinos.

«Deberían soportar mi peso...».

Agarró uno y tiró de él con todas sus fuerzas. Nada de ruidos sospechosos. Parecía sólido.

—¡Banzaaaaaaaai! —gritó, colgándose con ambas manos del cable y dejándose resbalar hacia el vacío. Pocos instantes después rodaba por el suelo polvoriento, con las palmas de las manos ardiéndole debido al roce.

Pero lo había conseguido.

Empezó a dar vueltas por la nave abandonada, en busca de algo interesante. Luego, casi por casualidad, se percató del ascensor. Era un sencillo contenedor metálico que funcionaba con un dispositivo que oscilaba ligeramente, colgado de un cable que lo conectaba a la caja de mandos. Tenía un solo botón, rojo, para bajar.

«A saber adónde llevará», se preguntó Jeremy, y probó a apretar el botón.

En realidad no pensaba que el ascensor fuese a accionarse de verdad. Sin embargo, la rejilla de seguridad bajó delante de él, y un viejo motor se puso en funcionamiento.

Jeremy empezó a pensar que había cometido un error.

Tras casi un minuto de descenso en medio de la oscuridad, el ascensor se detuvo, y la rejilla se levantó. Una célula fotoeléctrica hizo que se activase el mecanismo de una puerta automática, que se abrió con un suave sonido sibilante.

Las paredes de la enorme sala a la que había llegado emanaban una luz eléctrica fría y verdosa. Colgando del techo había una imponente maquinaria hecha de tubos y cables eléctricos que terminaba en un gran círculo suspendido en medio, como una enorme lámpara de techo. Justo debajo, otro círculo que sobresalía del suelo le recordaba la plataforma de teletransporte de una película de ciencia ficción, o las compuertas de las que salen los misiles en los dibujos animados.

Sólo que aquello no era un dibujo animado. Era real. Y lo tenía delante.

Jeremy no podía creer lo que veían sus ojos. Un brazo mecánico bajaba del techo, sosteniendo varios monitores apagados y un teclado. Delante de las pantallas había un cómodo sillón con una serie de botones sobre los brazos. Un puesto de mando. La consola de pilotaje de una nave espacial.

Jeremy se olvidó al instante tanto del motivo por el que estaba allí como de su experimento de ciencias. Tenía el cerebro en ebullición, con mil nuevas preguntas que subían a su superficie y estallaban como burbujas de aire. ¿Quién había construido una cosa así en el sótano de una vieja fábrica? ¿Seres humanos? ¿Alienígenas? Y además, ¿por qué, para qué?

Se acercó al puesto de mando y le bastó echarle un rápido vistazo para despejar la última duda: ante las pantallas había un teclado normal de tipo americano, el que más

usaban los programadores. Por consiguiente, ese sitio había sido construido por humanos. Era poco probable que los alienígenas conociesen el alfabeto terrestre.

Pero ¿adónde había ido a parar exactamente? ¿Estaba en una base militar? ¿En el plató abandonado de una película de ciencia ficción?

De golpe, Jeremy se acordó del alambre de espino que cerraba la entrada del puente y los carteles amenazadores repartidos por todo el perímetro de la vieja fábrica: **PELIGRO, PROPIEDAD PRIVADA, ALTA TENSIÓN...**

Miró a su alrededor y pensó que era posible que en aquella habitación hubiese cámaras ocultas. Tal vez su intrusión había sido grabada, y a lo mejor en alguna parte ya había saltado una alarma. Pronto vendrían a por él.

Alguien iba a raptarlo y hacerle desaparecer para siempre.

Pero, por mucho que se esforzaba, no lograba imaginarse quién.

—Si me queda poco tiempo —se dijo en voz alta para infundirse valor—, al menos quiero emplearlo para tratar de entender de qué va todo esto.

Lo único que tenía que hacer era sentarse en el sillón.

Así lo hizo...

... y descubrió que no servía de nada: los mandos estaban apagados, al igual que los monitores y el teclado.

Por lo tanto, el problema era localizar el interruptor general.

Jeremy exploró con atención toda la sala: el gran ordenador que colgaba del techo, las paredes, las luces... Registró cada palmo por activa y por pasiva, pero no obtuvo ningún resultado.

Se montó de nuevo en el ascensor-contenedor en el que había llegado, con sus paredes de hierro forjado y su mando de un solo botón.

«Y ahora, con esto se vuelve arriba, supongo».

Sólo por comprobar su teoría, apretó el gran botón rojo, y poco después se encontró en la planta baja de la fábrica. Lo pulsó de nuevo, y bajó otra vez a la sala del ordenador.

Había perdido cinco minutos, pero estaba poniendo en práctica una de las máximas de la profesora Hertz: el camino de la ciencia está hecho de experimentos; nunca debe darse nada por descontado.

Se paró un momento a reflexionar. Si la única salida era el ascensor, entonces el interruptor general tenía que estar a la fuerza dentro de esa misma sala. Pero, por más que lo había buscado, no había sido capaz de encontrarlo. Sin contar con que, por lo común, esta clase de cosas siempre están bastante a la vista. Por consiguiente, en algún lado tenía que haber otra salida. Oculta.

Jeremy se sentó en el sillón del ordenador, se relajó y cerró los ojos. Era como un examen.

Empezó a dar vueltas sobre el eje giratorio del sillón, abriendo los párpados de

golpe y volviendo a cerrarlos inmediatamente después para imprimirse en la mente varias instantáneas de la habitación desde distintos ángulos. Las pantallas apagadas sobre la consola y el teclado. La gran estructura mecánica colgada del techo. Una pared verde. La puerta del ascensor.

Jeremy se detuvo. Abrió los ojos y volvió a mirar hacia la puerta: era definitivamente demasiado moderna en comparación con el desvencijado ascensor de chapa que había tras ella.

«Ésa es una puerta de seguridad —se dijo Jeremy—. Y sirve para proteger algo importante».

En la sala del ordenador todo estaba apagado. Y sin embargo la puerta se abría y se cerraba sin problema. Y el ascensor subía y bajaba.

«¿Qué sentido tiene todo esto?».

Jeremy se acercó, tratando de evitar que se activase el mecanismo de la célula fotoeléctrica. La superficie de la puerta era lisa, y tenía un aspecto resistente.

Después, el muchacho se percató de algo que todavía no había notado: una placa metálica a la derecha de la puerta, del mismo color, pero de un material distinto.

Jeremy apoyó la mano en ella. No pasó nada. Evidentemente, aparte del dispositivo automático de apertura y cierre, todas sus otras funciones estaban desactivadas.

Vale, había seguido una pista falsa, pero no había por qué desanimarse.

Estaba seguro de que por algún lado había otra habitación. Y tenía que existir alguna forma de llegar a ella.

Empezó a inspeccionar las paredes, dando golpecitos en el muro a distintas alturas. Paso a paso. Una vez hubo recorrido todo el perímetro de la habitación sin ningún resultado, se arrodilló y se puso a inspeccionar el suelo con los nudillos, que ya empezaban a dolerle.

Toc, toc, toc.

No iba a encontrar nada de esa manera, y ya se estaba haciendo tarde.

Toc, toc.

Ya casi era hora de volver, antes de que alguien se diese cuenta de su ausencia.

Toc, toc.

Estaba terminantemente prohibido alejarse más allá de los límites de la escuela,
y...

Toc, toc, clonc, toc. Jeremy se detuvo. Se arrastró hacia atrás, aún de rodillas.
Toc. Clonc.

Ahí estaba.

Clonc.

Buscó con los dedos el borde, casi invisible, de la placa metálica, hasta que sus uñas encontraron un saliente. Se sacó del bolsillo su pequeña navaja suiza y metió la

punta dentro de la delgada hendidura. Trató de hacer palanca. La placa se movió. Hincó más a fondo la hoja de la navaja y volvió a intentarlo. Metió los dedos en el delgado hueco que había aparecido. Tiró con fuerza con ambas manos.

Y levantó la placa.

Debajo había un pasadizo, un oscuro agujero que se perdía en un fondo indistinguible.

Y asideros de hierro para permitir el descenso.

A través del pasadizo, Jeremy llegó a una habitación circular con las paredes pintadas de un color cálido, entre amarillo y naranja. La observó un buen rato. No tenía ni idea de qué podían ser esos extraños instrumentos que la llenaban, pero estaba claro que el interruptor tampoco estaba en aquella habitación.

Ante él, dispuestas de tal modo que formaban un triángulo equilátero, se alzaban tres altas columnas conectadas al techo mediante cables, tubos y unos extraños mecanismos. En cada columna se abría una puerta corredera orientada de tal manera que miraba hacia el centro de la habitación. Y todas las puertas estaban selladas. A Jeremy de inmediato le resultó evidente que las misteriosas columnas estaban controladas de alguna forma por el ordenador central, y tal vez por el puesto de mando del piso de arriba.

Pero... ¿para qué servían? ¿Eran rampas de lanzamiento? ¿Para lanzar el qué?

Más que nada parecían cabinas de ducha ultramodernas. Jeremy decidió concentrarse otra vez en la búsqueda del interruptor general. Lo único que podía hacer era volver a intentar descender.

Suspiró y se metió de nuevo en el estrecho pasadizo, con las suelas de sus deportivas resbalando sobre los asideros, y volvió a bajar. Empezaba a faltarle el aliento.

Finalmente, sus pies tocaron fondo.

Estaba a oscuras.

Se sacó el móvil del bolsillo y usó la pantalla para iluminar un poco a su alrededor. Y allí, a unos pocos pasos, vislumbró una pequeña puerta.

Era cuadrada y resistente, y estaba montada sobre bisagras dobles que habrían condenado al fracaso cualquier intento de forzarla, incluso usando una palanqueta.

Jeremy golpeó su superficie con el puño, y el sonido sordo que le respondió le sugirió que incluso un soplete oxhídrico habría surtido muy poco efecto.

A la derecha de la puertecita había un cajetín de plástico blanco con una pantalla de un solo renglón y un pequeño teclado alfanumérico justo debajo. El display resultaba ilegible a causa del polvo, y Jeremy lo frotó con un dedo para limpiarlo un poco.

Luego apretó una tecla al azar.

D3L3ND4, le respondió la pantalla.

Jeremy se sentó en el suelo, respirando hondo aquel aire seco del subterráneo.

A lo mejor ese extraño código tenía algo que ver con el alfabeto militar que empleaba el ejército norteamericano.

Alfa, Bravo, Charlie, Delta... Pero ¿qué tenían que ver los números con eso? O bien podía tratarse de una especie de ecuación que había que resolver, y la contraseña era el resultado. Pulsó otra tecla al azar, y en la pantallita apareció el texto **ERROR!!!**, y luego otra vez **D3L3ND4**.

De pura frustración, el muchacho soltó un puñetazo contra la pared de cemento. Después probó con otra combinación.

ERROR!!!

D3L3ND4

Jeremy trató de concentrarse. El texto misterioso era de siete caracteres, pero el mensaje de error tenía de hecho ocho. Por consiguiente, la contraseña podía tener una longitud de hasta ocho caracteres. Se puso en pie, desanimado: ¡eso quería decir que había más de dos billones de combinaciones posibles!

Podía construir un aparato para craquearlo, un programa capaz de probar todas las combinaciones, una tras otra, hasta encontrar la adecuada. Pero ¿dónde lo iba a enchufar?

En ese cajetín no se veía ningún enchufe, ni agujeros de otro tipo en los que conectar cable alguno. Y por encima de todo, era probable que aquella pequeña puerta tuviese alguna protección contra intentos de intrusión de ese tipo.

Parecía una empresa sin esperanzas.

Jeremy abandonó la fábrica poco antes de que oscureciera.

Volvió a la academia y empezó a pensar en aquel texto. Buscó en Google y se leyó algunos libros sobre criptografía avanzada, matemáticas puras y teoría de los mensajes secretos. Buscó el nombre «Green Phoenix» en todos los sitios web imaginables del planeta. O por lo menos tenía la sensación de haberlo hecho. Probó desordenando los caracteres, ordenándolos en columnas, sumándolos y restándolos...

Nada de nada. Trató de encontrar algo de información acerca de la fábrica, sus antiguos propietarios, por qué habían cerrado todo aquello... pero ni por éstas fue capaz de sacar nada en claro.

Pasó un día entero. Pasó otro.

Y otro más.

Y al final la solución llegó caminando por su propio pie.

Jeremy estaba corriendo hacia el despacho de la profesora Hertz para pedirle que le prestase unos libros cuando vio al director Delmas saliendo del suyo con un tipo de cierta edad, alto y delgado, con una melena canosa y desgredada y una barba espesa: una especie de cruce entre un neandertal y Papá Noel.

—Gracias, Paul —dijo el director—. ¡Llevaba semanas volviéndome loco con esa

adivinanza!

—En efecto, era difícililla —se escuchó su interlocutor—. He tenido suerte, simplemente.

—¡Qué bobada! —insistió el director—. No hay adivinanza que tú no puedas resolver. No por nada eres el presidente de nuestro club de enigmística.

En el cerebro de Jeremy se encendió una lucecita: a lo mejor ese extraño personaje podría ser la persona adecuada para ayudarlo...

Se pegó a una columna, dejó que el director y el individuo misterioso pasaran más adelante y se puso a seguirlos. En la puerta del edificio el director Delmas se despidió de su amigo, que siguió caminando solo, atravesando el parque.

Era la ocasión adecuada.

Jeremy cubrió en un momento la distancia que lo separaba de aquel hombre, y lo abordó.

—Disculpe... —dijo tímidamente.

—¿Sí, jovencito?

Tenía una voz profunda y unos ojos tan claros que parecían transparentes.

—Bueno, verá, yo...

¿Qué podía decirle? ¿Que había escuchado a escondidas su conversación con el director? ¿Que había encontrado por casualidad un superordenador militar y para hacer que funcionase tenía que conseguir abrir una pequeña puerta secreta que había en los sótanos de una fábrica abandonada?

—Dime, muchacho...

—Tengo una adivinanza que no consigo resolver. El hombre se rascó la barbilla, pensativo.

—¿Y quieres que te eche una mano? —murmuró, casi para sí—. En realidad la cosa no funciona así. Lo importante no es la solución, sino cómo se llega a ella. Si te la resuelvo yo, te perderás toda la diversión.

—Bueno, el director Delmas también, pero... —empezó Jeremy, e inmediatamente se mordió la lengua.

Su interlocutor soltó una sonora carcajada.

—Nos has oído, ¿eh? Bueno, vale. Busquémonos un banco en el que ponernos cómodos y razonar con calma sobre tu enigma.

En cuanto estuvieron sentados, Jeremy garabateó rápidamente **D3L3ND4** en una hoja de papel, y se la pasó a Paul, que la observó con atención.

—Ocho letras —murmuró el hombre pocos segundos después.

—¡¿Ocho?! —exclamó sin dar crédito Jeremy, pensando de nuevo en la pantalla de la fábrica—. ¿Cómo lo sabe?

—Puede que seas algo joven para estas cosas... Pero, por otro lado, los chavales de ahora sois incomparablemente mejores con los ordenadores que los vejstorios

como yo. ¿Has oído hablar alguna vez del «lenguaje leet»?

Jeremy asintió. Para ser exactos, el leet no era un auténtico lenguaje, sino un truco de los programadores para acordarse hasta de las contraseñas más complicadas: consistía en sustituir algunas letras con números u otros símbolos que se les pareciesen. Así, por ejemplo, **AMOR** se convertía en **4M0R**, y **VICTORIA** se transformaba en **√1<T0R1A**.

En realidad Jeremy ya había tenido en cuenta esa hipótesis...

Pero, una vez traducida empleando el leet, **D3L3ND4** se convertía en **DELEND4**. Y a Jeremy esa palabra no le decía absolutamente nada.

—Ya lo había pensado —explicó—. Aunque descarté esa idea porque es una palabra carente de significado.

—¿«Delenda»? —preguntó Paul con una sonrisa—. Lamento contradecirte, pero lo que dices no es del todo exacto. Se trata de una palabra latina, y significa más o menos «que debe ser eliminada». ¿Y sabes el motivo por el que esta palabra es lo bastante famosa como para que haya quien aún la recuerda hoy por hoy?

—No —admitió Jeremy. Su fuerte eran las ciencias, no las lenguas muertas.

—Un político de la antigua Roma llamado Catón, para convencer a sus compañeros de profesión de que declarasen la guerra a la enemiga Cartago, terminaba cada uno de sus discursos en el senado con la frase «Carthago delenda est», es decir, «Cartago debe ser destruida».

—«Carthago» tiene ocho letras... —murmuró Jeremy mientras se le iluminaba el rostro.

Tomó de las manos de Paul el bolígrafo y el papelito y garabateó en él, con una caligrafía pésima, **<4RTH4G0**.

—Enhorabuena, mi joven amigo.

Ésa era la solución.

Jeremy metió en una mochila una linterna y su ordenador portátil, comprobó que el pasillo estaba desierto y se escabulló fuera de su habitación...

Luego lo pensó mejor y volvió sobre sus pasos. Sacó de debajo de su cama su viejo monopatín: así el recorrido por las cloacas sería mucho más breve.

Atravesó el parque de la academia Kadik y bajó por la alcantarilla.

Cuando el ascensor de la vieja fábrica lo dejó en el primer piso subterráneo se quedó un momento en silencio, observando el puesto de mando que había delante de las pantallas apagadas.

—Dentro de poco sabré si la solución es correcta —dijo en voz alta.

Luego descendió por el conducto con la linterna encendida y atada al cuello con un cordoncito. Cuando llegó al fondo estaba tan sudado que sus dedos ya no conseguían aferrarse a los asideros de hierro.

Jeremy se secó la frente con el jersey y dirigió el delgado haz de luz de la linterna

hacia la pequeña puerta. En el display del mecanismo de apertura todavía parpadeaba el mismo texto.

D3L3ND4

El muchacho inspiró profundamente, y luego empezó a teclear la solución. Tan pronto como apretó el cero de <4RTH4G0, en la pantalla apareció una nueva palabra...

¡¡ACCESO!!

... y la cerradura se abrió con un seco clac.

Por la ranura de la puerta entreabierta empezó a filtrarse una luz fuerte y clara. Jeremy tiró para abrir del todo la puerta, y después entró en el otro lado.

Se esperaba una sala con decenas de armarios oscuros que llegasen hasta el techo y una indefinida cantidad de ordenadores ronroneando tranquilamente. Por el contrario, ante sí vio tan sólo un gran cilindro cubierto por extraños símbolos oscuros, semejante a una escultura moderna. No parecía un ordenador como los demás: era algo completamente nuevo, una tecnología que Jeremy nunca antes había visto.

—Quién sabe si funcionará —dijo, y su voz resonó en la sala desierta.

Había una única manera de descubrirlo. Llegó hasta el interruptor que había en la base del cilindro, una sencilla palanca que había que empujar hacia abajo.

Tras vacilar un momento, Jeremy bajó la palanca. De la palanca saltó una chispa azulada.

Jeremy volvió a la sala de control para comprobar si había pasado algo.

Respiró hondo y se sentó en el sillón.

Su peso activó un sensor, y de repente las pantallas se iluminaron, mientras que desde la plataforma circular que había en el suelo, la que el muchacho había tomado por un dispositivo de teletransporte, se elevó un cono de luz verde. Una especie de proyector.

En los monitores comenzaron a alinearse hileras de caracteres de un lenguaje de programación que Jeremy no había visto jamás.

Fascinado, empezó a explorar aquel fantástico ordenador y, mientras sus dedos corrían por el teclado, el haz del proyector dibujó una esfera que flotaba en el aire: una especie de gran mapamundi subdividido en cuatro gajos. En su centro translúcido brillaba un núcleo de un intenso color blanco.

—Un mapa —susurró el muchacho, emocionado. Un mapa dividido en cuatro sectores.

Jeremy ya estaba seguro de que se encontraba dentro de una base militar. Sólo que aquella esfera flotante no parecía la Tierra: no reconocía ninguno de sus continentes. Trasteó un poco con las teclas, hasta que de alguna forma consiguió hacer que aparecieran en los cuatro sectores una serie de nombres:

LYOKO BOSQUE

LYOKO HIELO

LYOKO DESIERTO

LYOKO MONTAÑAS

¿«Lyoko»? Jeremy incrementó el zoom, y la imagen se descompuso en fragmentos separados, cuatro gigantescas rajadas de sandía conectadas entre ellas por un núcleo central sin nombre.

El núcleo era blanco. Los cuatro sectores tenían distintos colores.

BOSQUE

HIELO

DESIERTO

MONTAÑAS

Jeremy estaba sudando. Las gafas se le resbalaban hasta la punta de la nariz, y los cristales empezaban a empañarse. Los dedos le temblaban mientras tecleaba, más y más emocionado por momentos, comandos que ni siquiera lograba comprender a fondo.

ZOOM. ENTRAR. NÚCLEO. ENTRAR.

INTRODUCIR CÓDIGO. ACCESO DENEGADO.

No había manera. No pasaba de ahí, de aquella extraña representación de continentes fantásticos. Cuatro sectores y un núcleo blanco que parecía inaccesible, sin ninguna indicación más.

INTRODUCIR CÓDIGO. ACCESO DENEGADO.

«Vale... —reflexionó Jeremy—. Probemos entonces con uno de los cuatro sectores».

ZOOM. ATRÁS. ATRÁS. LYOKO BOSQUE. ENTRAR. INTRODUCIR CÓDIGO. ACCESO DENEGADO. ENGANCHE NECESARIO.

—¿«Enganche»? —comentó Jeremy con los dientes apretados—. ¿A qué te tienes que enganchar? Más textos vertiginosos pasando por la pantalla.

ESCANEAO ACTIVO.

BÚSQUEDA DE AGENTES HUMANOS EN CURSO...

BÚSQUEDA FINALIZADA. AGENTE HUMANO LOCALIZADO.

TORRE 3. LYOKO BOSQUE. ¿ENGANCHAR?

Jeremy no entendía nada. Ahora el proyector mostraba sólo el gajo de lo que debía ser el sector del bosque. Una bolita roja parpadeaba en un rincón del gajo...

¿ENGANCHAR?

Pero ¿qué demonios significaba? ¿La bolita roja era el agente humano?

«¡Tranquilízate!», se dijo Jeremy, obligándose a respirar.

Aquel gigantesco superordenador, oculto en el corazón de una fábrica abandonada, le parecía ahora una especie de complejísimo videojuego. Uno de esos videojuegos en los que otras personas pueden conectarse y jugar desde lugares de

todo el mundo. Puede que ése fuera precisamente el significado: había otro jugador... un «agente humano»... en el sector del bosque.

En la Torre 3. En Lyoko.

Fuera lo que fuese lo que eso quería decir.

Jeremy permaneció inmóvil. Si de verdad lo que había reactivado era una especie de videojuego, entonces ¿por qué había estado apagado? ¿Y por qué se encontraba en semejante lugar? Una vieja fábrica. Mucho más vieja que la tecnología que escondía en sus entrañas...

Empezó a tener miedo. Había sido facilísimo entrar. Como si alguien hubiese querido que él entrara. Pero ¿quién?

—Esto no es un juego —susurró, apretando los dientes.

Realidad virtual, a lo mejor. Pero no para jugar. En ese caso, entonces, la bolita roja, el «agente humano», habría podido ser cualquier cosa. Incluso una cosa peligrosa.

Tal vez lo mejor que podía hacer era apagarlo todo de nuevo.

Irse. Olvidarlo. Y terminar su trabajo de ciencias. Pero Jeremy sentía que no podía. Estaba allí sentado, ante un ordenador imposible. Y tenía que descubrir para qué servía.

Tenía que saber algo más.

PULSAR S PARA ENGANCHAR AL AGENTE.

—De acuerdo —dijo Jeremy en voz alta para infundirse valor—. Enganchémoslo, pues.

Su dedo índice apretó la tecla S. La pantalla se ennegreció de golpe. Después algo se movió.

Jeremy cerró los ojos por un instante, asustado. Cuando volvió a abrirlos, vio delante de él el rostro de una chiquilla. Su pelo, cortado a la garçon, era de un extraño color rosa intenso, y sobre la frente le caía un largo flequillo interrumpido, a ambos lados de la cara, por dos extravagantes orejas puntiagudas, similares a las de un elfo.

Sus delicados rasgos estaban acentuados por un maquillaje exótico: dos franjas verticales, del mismo color que el cabello, que seguían las suaves curvas de las mejillas. De su boca entreabierta parecía salir el sonido de la respiración tranquila de quien está profundamente dormido.

—Es... guapísima —dijo Jeremy en voz baja, para sus adentros.

Al instante, la joven elfa abrió los ojos, que resultaron ser grandes y brillantes, del color de las frondas de la espesura de un bosque.

Miró a su alrededor, desorientada. Detrás de ella había una pared negra por la que fluían números y símbolos sin sentido, como hojas llevadas por el viento.

—¿Dónde... estoy? —preguntó pasados unos momentos. Luego pareció como si mirase directamente a Jeremy—. Y tú... ¿quién eres?

Jeremy dio un respingo sobre el sillón.

—¿Hablas conmigo? Pero tú... ¿me ves?

Aunque Jeremy no los había notado, por algún lado de su puesto de mando debía de haber una webcam, un micrófono y unos altavoces.

Pero ¿qué estaba pasando? Por más que se esforzaba, no conseguía pensar con lucidez.

—Tú no tendrías que... O sea, bueno... En fin... ¿quién eres? —balbuceó, confuso.

—No sé quién soy. Y tú... ¿quién eres? —repitió la elfa.

—Yo soy... soy un chico.

—Bueno, entonces yo soy una chica. Creo.

Jeremy todavía no lograba dar crédito a lo que veían sus ojos.

—¿Podrías decirme cómo he llegado... aquí?

Jeremy no sabía qué responderle.

—¿Tú no... te acuerdas de nada más?

La muchacha se refregó los ojos y volvió a mirar a su alrededor. Parecía asustada. Sacudió la cabeza, desolada.

—¿Qué estabas haciendo antes de esto? —trató de insistir Jeremy.

—Estaba durmiendo.

—¿Estabas durmiendo? ¿Y desde hace cuánto?

—No sabría decírtelo —respondió la muchacha, cada vez más confusa.

Tras un silencio incómodo, Jeremy decidió presentarse.

—Yo me llamo Je-Jeremy.

—Jeremy es un nombre bonito. Me gusta —por primera vez la muchacha esbozó una sonrisa. Luego volvió a ensombrecerse—. Yo ni siquiera recuerdo si tengo un nombre.

—Vamos a hacer una cosa —propuso Jeremy después de reflexionar por un momento—. Si no sabes cómo te llamas, lo decido yo por ti. ¿Qué te parece... Maya?

La muchacha guiñó los ojos de una manera que a Jeremy le pareció absolutamente irresistible.

—Maya... —repitió a continuación ella—. ¡Me gusta! Maya y Jeremy. ¿Ahora somos amigos?

Jeremy pensó que todo aquello era terriblemente raro.

—Claro que somos amigos —respondió sin dudarle un segundo.

5. La pesadilla de Maya

Cuando Jeremy condujo a Ulrich adentro de la fábrica, le hizo bajar hasta la sala de las columnas, en el segundo nivel subterráneo.

—¿Y estas movidas qué se supone que son? —preguntó Ulrich.

—No tengo ni idea.

Se aproximaron a la primera puerta metálica, que se deslizó hacia un lado con un zumbido. Dentro había una cabina luminosa.

Ulrich metió dentro la cabeza para curiosear.

—¡No entres! —le advirtió Jeremy desde atrás.

—¿Por qué?

Jeremy suspiró.

—Me temo que podría ser peligroso. He hablado de ello con Maya.

—¿Esa amiga tuya que juega a «la bella durmiente del ordenata»? ¿Desde dónde se conecta ella?

—Ése es el tema. Que no lo sé. Y parece ser que ella tampoco lo sabe.

Ulrich se rascó la cabeza.

—Me has dicho que la viste en medio de un bosque, ¿correcto?

—Sí. Es un sector de un mundo totalmente... virtual que parece diseñado con todo lujo de detalles.

—Y ella, en cambio, ¿cómo te ve?

—Me ve aquí, en la fábrica.

—Ella ve el mundo real, y tú ves el mundo virtual.

—Exacto.

—¿Y cómo conseguís oídos?

—Su voz sale de los altavoces. Y la mía... no lo sé... Ella dice que la oye resonar por todas partes, a su alrededor.

—¡Uau, cómo mola!

—Ya. Es como si desde aquí se controlase ese gran mundo virtual... dentro del cual también está ella.

—Así que tu amiga... ¿forma parte del mundo virtual?

—No estoy muy convencido de eso.

—¿Por qué?

Jeremy tardó un poco en responder.

—Es difícil de explicar... —dijo por fin—. La primera vez que hablé con ella pensé de inmediato que me encontraba ante una criatura virtual, una especie de avanzadísima inteligencia artificial. No era capaz de responder a preguntas elementales sobre nuestro mundo, como si no supiese nada de él. Ni siquiera sabía

cuál era su propio nombre. Pero a pesar de eso había algo en su forma de comportarse, en su voz... algo indefinible y terriblemente... humano. Así que empecé a convencerme de que se trataba de una chica de verdad. En carne y hueso.

—¡Qué pena que esté enlatada en un ordenata lleno de cosas virtuales, Jeremy! ¡Venga ya, no puede ser... «de verdad»! ¿Cómo se te ha podido ocurrir algo así?

—La he sometido a la prueba de Turing.

Ulrich puso los ojos en blanco.

—La has sometido ¿a qué?

Jeremy suspiró con resignación ante tamaña ignorancia.

—Turing era un matemático —empezó a explicarle—. Uno de los inventores de la informática. Entre otras cosas inventó un test para establecer si un agente que parece humano lo es de verdad, o es tan sólo una máquina.

—Mmm. Me parece que he visto una movida por el estilo en una peli antigua en la que salía Harrison Ford. Estaba el robot este, que no sabía que era un robot... —comentó Ulrich mientras se rascaba la cabeza.

Jeremy lo interrumpió inmediatamente.

—En fin, que la he sometido a esa prueba. Y la prueba ha dado un resultado positivo. Por consiguiente, lo que yo me pregunto es: si Maya es una persona real que se encuentra dentro de un superordenador... ¿cómo narices ha entrado ahí?

Mientras pronunciaba la última frase se apoyó en una de las puertas correderas y luminosas, que se abrió con un susurro.

—¡Espera un segundo! —exclamó Ulrich al ver esa escena—. Algo me dice que ya sabes la respuesta...

—Bueno, quizá estas columnas podrían tener algo que ver.

La puerta de la cabina volvió a cerrarse. Ahora las tres columnas habían adquirido un aspecto nuevo, inquietante. Jeremy le señaló a su amigo los cables y los mecanismos que salían de lo alto de aquellas extrañas estructuras y se perdían en el techo.

—Sé que suena absurdo, Ulrich... pero creo que son una especie de escáneres. Algo así como «fotocopiadoras biotridimensionales».

—Interesante —comentó con ironía Ulrich—. Pero ¿te importaría tratar de explicarlo con palabras que los simples mortales podamos comprender?

—Prácticamente —respondió, paciente, Jeremy—, estas tres columnas sirven para teletransportarse al mundo virtual en el que vive Maya.

—Ciencia ficción —se rió Ulrich.

—Yo también lo he pensado.

—¿Me quieres decir que crees que ella entró aquí y se plantó en... el otro lado?

—Exacto —asintió Jeremy, totalmente serio.

—Y... ¿se puede saber cómo has entendido eso?

—En realidad no he entendido nada. Pero aquí abajo, ¿lo ves?, en la base de la columna, está escrito...

—Escáner. Cámara de virtualización. Peligro. Uau.

—No me parece que ahí ponga también «uau».

—Lo sé, sólo estaba... ¡Bah, déjame en paz!

—Ulrich... El test de Turing no es infalible al cien por cien, y Maya podría ser un programa de inteligencia artificial tan avanzado como para simular en todo y por todo una personalidad humana. Pero si no es así, tenemos que encontrar una manera de sacarla de ahí...

—¿Le has preguntado si recuerda algo de estas... «cámaras de virtualización»?

—No se acuerda de nada de los escáneres, ni sabe desde hace cuánto tiempo se encuentra ahí dentro. Dice que ha estado durmiendo.

De repente Ulrich sintió frío. Explorar la vieja fábrica junto a su nuevo amigo había sido divertido. Pero ahora una alarma dentro de su cabeza le advertía que se estaba metiendo en algo peligroso. Algo muy peligroso.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que quieres hacer? —preguntó finalmente.

Jeremy se colocó bien las gafas sobre la nariz.

—Me parece evidente. Quiero ver si mi teoría es correcta, y si estos chismes funcionan de veras como yo creo. Y así, hemos llegado al motivo de tu presencia aquí.

—Necesitas un conejillo de Indias.

—Elemental, querido Watson.

Ulrich sonrió al tiempo que cierta idea iba tomando forma lentamente en su cabeza.

—Y me lo dices sin inmutarte... ¡Pero yo no tengo la menor intención de meterme ahí dentro, querido doctor Frankenstein! Aunque la idea del conejillo de Indias me gusta... —Ulrich clavó sus ojos en los del otro muchacho con una extraña sonrisa—. ¿Conoces a un tal Odd Della Robbia?

—¿Tu compañero de cuarto? ¿El que siempre se hace el caballero con las chicas?

—El mismo que viste y calza. ¿Qué te parece?

—En fin. Me parece un tipo raro. —Pues deberías ver a su perro. Cerca de la entrada de la residencia de estudiantes de la academia Kadic había colgada una larga lista de reglas que los estudiantes estaban obligados a respetar.

Cosas del tipo: «Está prohibido salir de la residencia después del horario de cena sin ir acompañados por un miembro del personal docente». O bien: «Después de las diez de la noche se deberá mantener silencio para no molestar al resto de los estudiantes». Más o menos por la mitad del folio, escrito en rojo y con caracteres el doble de grandes que el resto, para que fuese más visible, podía leerse también: «EN LA ACADEMIA KADIC ESTÁ PROHIBIDO TENER ANIMALES DE

COMPAÑÍA, INCLUIDOS PECES ROJOS O PEQUEÑOS ANIMALES ENJAULADOS (HÁMSTERES, CANARIOS, ETC.). EN CASO DE QUE UN ESTUDIANTE TRANSGREDA DICHA REGLA, SE EXPONDRÁ A UNA SUSPENSIÓN DE ENTRE UNO Y TRES DÍAS O, EN LOS CASOS MÁS GRAVES, A SER EXPULSADO».

Ulrich no tenía ningún animal.

Odd Della Robbia, sí. Se había instalado en su cuarto trayendo consigo a Kiwi, un horrible perrillo sin pelo, con las orejas puntiagudas y un morro que era todo boca y dientes. Para mantenerlo oculto Odd usaba las técnicas más absurdas: lo metía en el armario, debajo de la cama, en la mochila (para llevárselo fuera a que hiciese sus necesidades). Tras los dos primeros días de convivencia, Ulrich había decidido que Kiwi era el chucho más odioso y cascarrabias con el que se había topado en toda su vida: si de noche se sentía solo, gimoteaba; si había luna, ladraba bajito; y durante el día le encantaba esconderse en los cajones, mordisqueando y babeando la ropa.

Ulrich se había encontrado su quimono de taekwondo hecho jirones, y sus zapatillas de deporte favoritas, literalmente devoradas.

Cuando se las había enseñado a Odd, el muchacho se había limitado a encoger los hombros y decir: «Siempre le han gustado las cosas apestosas».

Esa noche, al volver de la vieja fábrica, Ulrich entró en su cuarto como si no hubiese pasado nada. Esperaría hasta altas horas de la noche, y entonces... ¡le conseguiría a Jeremy la cobaya que necesitaba!

Se metió en la cama completamente vestido y se hizo el dormido hasta que oyó cómo en la cama de al lado la respiración de Odd se volvía profunda y regular. Kiwi se había enroscado encima de los zapatos de su joven amo, y aullaba muy bajito.

Ulrich miró su reloj: las doce y pico. Jeremy y él habían quedado en encontrarse donde la boca de al cantarilla a eso de la/una. La hora a la que incluso Jim Morales, el profesor de gimnasia que se había adjudicado el papel de guardián de los estudiantes, solía empezar a roncar a todo trapo. Esperó todavía unos segundos más, y luego... ¡vía libre!

Tratando de no hacer ruido, el muchacho apartó las sábanas.

—¡Ésta es la nuestra, bichejo! —susurró. Agarró a Kiwi y lo apretó contra su pecho para que no ladrara.

Se escabulló fuera de la habitación. El haz de luz que dejó pasar la puerta al abrirse. El clac de la puerta al volverse a cerrar. Odd Della Robbia abrió los ojos con la desagradable sensación de que algo no iba como era debido.

Un momento... Ah, pues claro. Los habituales ruidillos de Kiwi habían cesado. Odd, preocupado, se incorporó hasta quedarse sentado. La cama de Ulrich estaba vacía. Y Kiwi no aparecía por ningún lado.

—Bonito, bonito... —lo llamó.

Nada.

Lo intentó con un silbido. Nada de nada.

En dos nanosegundos Odd se puso una chaqueta encima del pijama y salió disparado de la habitación. Oyó un ruido de pasos lejanos que provenía de las escaleras.

Y ese sonido... ¡eran los ladridos de Kiwi!

—¡Ey! Pero ¿qué...?

La puerta principal de la residencia estaba abierta, y Odd pasó por ella sin dejar de correr. Sintió la bofetada del aire fresco de la noche.

Vio cómo la silueta de Ulrich desaparecía entre los árboles del parque. ¿Por qué había cogido Ulrich a su perro? Empezó a pasarle por la cabeza toda una serie de hipótesis de lo más inquietantes, pero las rechazó: su nuevo compañero de cuarto era taciturno, de acuerdo, pero en el fondo parecía un tipo legal. Seguro que no podía hacerle daño a Kiwi. ¡Aunque se había mosqueado bastante por lo de las zapatillas devoradas a traición!

Odd se detuvo en medio de los árboles para recuperar el aliento.

En torno a él la hierba ondeaba lentamente, acariciada por las sombras de la noche. Miró a su alrededor en busca de su compañero de habitación, que parecía haberse esfumado sin dejar rastro. Luego se dio cuenta de que en el suelo había una alcantarilla medio abierta. Se acercó a ella y la apartó del todo: un oscuro pozo descendía bien hondo. El muchacho metió dentro la cabeza, pero volvió a sacarla inmediatamente, asqueado por el hedor que salía de aquel conducto.

Pero... había oído con toda nitidez el chapoteo de unos pasos en el fondo. Así que Ulrich había bajado ahí abajo. Y si Ulrich lo había hecho, él también podía conseguirlo.

Tapándose la nariz, claro.

—¡Qué mono! —exclamó Maya desde dentro del ordenador mientras Ulrich sostenía en alto a Kiwi delante de ella.

—Pero tú... ¿cómo consigues vernos, exactamente? —le preguntó lleno de curiosidad el muchacho. La chica sonrió.

—Delante de mí ha aparecido una ventana que flota en medio del aire. Y vosotros estáis ahí dentro.

—Uau... ¡Cómo mola! —exclamó Ulrich mientras la miraba en la pantalla de la sala de control—. Es como una especie de videoconferencia.

—Yo diría más bien —lo corrigió Jeremy con un tono profesional— que se trata de un sofisticado sistema de interfaz de usuario para un mundo de realidad virtual que emplea webcams, micrófonos y quién sabe cuántas cosas más. De todas formas... Maya, dentro de poco podrás conocer a Kiwi en persona. En el ordenador he encontrado un programa de virtualización que debería resultarnos útil. Estoy seguro

al noventa y ocho por ciento de que todo va a salir estupendamente. Primero te mandaremos al perro, luego intentaremos traerlo de vuelta y, una vez que hayamos comprobado que está sano y salvo... podremos tratar de entrar también nosotros... o hacer que salgas tú...

—No te comprometas demasiado —le susurró Ulrich—. Cada cosa a su tiempo. Empecemos por hacer desaparecer a este animalucho...

Los ojos de la muchacha se iluminaron con un extraño brillo.

—¿Estás seguro de que sabes lo que haces, Jeremy?

—Sí. O sea, no... pero... tú no tienes de qué preocuparte —trató de tranquilizarla Jeremy—. Sólo es una prueba inicial, y a lo mejor hará falta un poco de tiempo: este superordenador es condenadamente complicado.

—Y a lo peor, por desgracia, en el experimento perderemos para siempre a Kiwi... —dijo en plan sarcástico Ulrich, que estaba junto a él.

Jeremy le lanzó una mirada asesina.

—Tú vete abajo. Mete a Kiwi dentro de uno de los escáneres, cierra la puerta y vuelve aquí. Te espero para iniciar la cuenta atrás.

Mientras Ulrich bajaba por el conducto, el perrillo le lamió la cara, más contento que unas castañuelas.

—¡Puaj! No sabes lo mucho que siento tener que desembarazarme de ti, bichejo...

Cinco minutos después Ulrich ya estaba de vuelta.

—Ya está todo hecho.

—Vale —asintió Jeremy—. Maya, prepárate. Tienes que decirnos exactamente qué pasa en tu mundo. Iniciando cuenta atrás: cincuenta... cuarenta y nueve...

—¿Qué ha sido eso? —preguntó de repente Ulrich.

—¿El qué?

—He oído un ruido. Como si alguien estuviese usando el ascensor.

—Ve a echar un vistazo.

Ulrich miró la cuenta atrás, que proseguía implacablemente.

—Luego voy —murmuró.

Cuando Odd entró en la habitación de los escáneres, ya se había convencido de que estaba dentro de una especie de sueño. O de una pesadilla.

En definitiva, en alguna parte que no era la realidad.

Lo de las cloacas y el puente de hierro tenía un pase, y también lo de la fábrica abandonada y el ascensor trastabillante. Pero la habitación en la que se encontraba ahora, con esa especie de duchas megatecnológicas y todas aquellas luces, era de verdad algo increíble.

—Qué pasada... —murmuró, abriendo los ojos de par en par.

En respuesta se oyó un débil gañido. Tenue, como sofocado.

—¡Kiwi! —gritó entonces Odd—. ¿Se puede saber dónde te has metido? Ven aquí, bonito.

El perrillo empezó a ladrar frenéticamente, arañando la pared de una de aquellas columnas tan raras. Odd llegó hasta ella a la carrera y tocó su superficie, que se abrió deslizándose hacia un lado.

—Tres... dos...

Kiwi saltó afuera como una bala, le dio a Odd en pleno estómago y a punto estuvo de hacerle perder el equilibrio.

—Ey, chiquitín... —murmuró él, apoyándose contra la puerta de la cabina para no caerse. Craso error. Kiwi se precipitó entre sus piernas, poniéndole la zancadilla, la pared se movió de nuevo y en ese momento, agitando los brazos en busca de un asidero que no existía, Odd se desplomó dentro de la columna mientras la puerta se cerraba tras él con un chasquido.

—Uno... ¡cero! ¡Virtualización!

La luz del interior se convirtió de golpe en un resplandor deslumbrante.

Odd sintió cómo su cuerpo se elevaba, impulsado por fuertes chorros de aire que le levantaron el pelo sobre la cabeza. Cerró los ojos. La piel le picaba, los pelos de los brazos se le habían puesto de punta y...

... cayó al suelo como un gato, usando los pies y las manos como si fueran muelles para amortiguar el golpe.

Alucinante.

Y ahora, ¿adónde había ido a parar?

Las imágenes que sus ojos percibían tenían los colores y las formas irreales de los gráficos en 3D de los videojuegos. Había árboles tan altos que sus copas se perdían en el cielo. Había luz, aunque no se veía ni rastro del sol. Y el terreno estaba cubierto de tramas de colores que iban desde el marrón oscuro hasta un amarillo arenoso. Parecía como si no hubiese horizonte, y el paisaje que tenía a su alrededor se perdía en la lejanía, aséptico y desierto.

Odd tragó saliva.

¡Caramba! Era como haber caído dentro de un videojuego.

Las sensaciones visuales eran tan extrañas y fuertes al mismo tiempo que Odd se cubrió instintivamente los ojos con las manos.

Un instante después las alejó, asustado. ¡Ésas no eran sus manos!

Se examinó a sí mismo con más atención. Ya no estaba vestido con el pijama y la chaqueta, sino que llevaba una especie de mono morado. Sus manos estaban envueltas en unos guantes cuyos dedos terminaban en garras. Tampoco su cuerpo era ya «real», y al final de la columna le había salido una cola que ondeaba de un lado a otro. Y lo más increíble era que él podía sentirla: percibía cómo el viento acariciaba su suave pelaje.

Se palpó la cara, perplejo. Seguía siendo la suya, pero su pelo estaba de punta como el de un punki, y por encima de la frente habían aparecido dos protuberancias blandas semejantes a orejas peludas.

—¡Ey, pero si me he convertido en una especie de... supergato!

—¿Odd? —lo sobresaltó una voz.

El muchacho se giró, tratando de entender quién había hablado, pero no vio a nadie. Parecía como si la voz procediese directamente de dentro de sus orejas, como si alguien les hubiese metido unos auriculares.

—¡Oh, demonios, no! —exclamó la voz, contrariada—. ¿Se puede saber qué haces ahí dentro, Odd?

Con cierta sorpresa, Odd reconoció la voz de Jeremy Belpois, el megaempollón de la clase.

—¿Jeremy? ¿Eres tú?

—¡Sí, soy yo!

—¿Dónde... cómo puedes oírme?

—¡Ni idea! Pero te recibo alto y claro, y a través de mis monitores puedo incluso verte.

—¿Odd? —se entrometió una segunda voz, algo más familiar.

—¡Ulrich! ¿Se puede saber en qué leches de movidón me has metido?

—A mí sí que me gustaría saber qué narices haces ahí tú en vez de tu chucho pulgoso —retumbó, incrédula, la voz de Ulrich.

—Ey, chavales, ¿me he perdido algo? ¿Quiere alguien explicarme qué clase de sitio es éste? Porque me da un poquito en la nariz que no se trata de un sitio... «normal».

Silencio.

—En efecto, así es, Odd. Te encuentras en un mundo virtual controlado por un superordenador... ejem... cuántico —confirmó después la voz de Jeremy.

—¿Un qué? Ya lo pilló: es una broma, ¿verdad? ¿Puedo saber dónde está el truco?

—La cabina en la que has entrado (y en la que en realidad debería haber estado Kiwi) es un escáner de virtualización biotri...

—¡Para, para, para! —prorrumpió Odd, que estaba empezando a perder la paciencia—. Perdona si te interrumpo, colega, pero ¿sabrías explicarme por qué tengo aquí... esto?

—¡Uau! —intervino Ulrich, entusiasmado—. ¡Pero si eso es una cola!

—Ejem... verás... —balbuceó Jeremy—. Probablemente la imagen que se materializa en el mundo digital no corresponde a la real, sino que está mezclada con una proyección tuya y... ¡Aj, demonios, y yo qué sé! —terminó por refunfuñar—. Puede que sencillamente quieras ser un gato, y el ordenador ha hecho que aparezcas

con esa pinta.

—Un gato... —repitió Odd, pensativo, mientras miraba a su alrededor—. Y ahora, ¿dónde estoy?

—Estás en Lyoko.

—¿Lyoko?

—En Lyoko Desierto... para ser más precisos.

—¿Y no hay nadie más aparte de mí en este sitio de mala muerte?

—Hay una chica. Maya.

—¿Guapa?

—No es tu tipo. Tiene orejas de elfa.

—Y aparte de esa chica elfa y yo, ¿no habrá también por casualidad unos monstruitos raros que parecen setas blindadas y se mueven en manada...?

—Eeeh... no, me parece que no.

—Entonces debe de ser que ellos también andan por aquí por casualidad, ¡porque los tengo justo delante de mis narices!

En la fábrica, Jeremy aporreó furiosamente las teclas, cambiando el encuadre con el que había estado siguiendo los movimientos de Odd.

—¡Ahí están! —exclamó Ulrich, más fascinado que asustado.

Se movían por el bosque en un grupo compacto, dando saltitos sobre unas horribles patitas de insecto. Parecían enormes escarabajos granujientos.

En el mismo instante en que se dieron cuenta de la presencia de Odd, empezaron a disparar largos rayos láser contra él.

Por un instante el muchacho se quedó paralizado por el terror.

Luego le vino el impulso de huir, y saltó hacia atrás. ¡Y menudo salto! Salió disparado por el aire como una flecha e hizo una cabriola en pleno vuelo. Aterrizó sobre la rama de un árbol, y desde ella saltó hacia delante. Odd no se había sentido nunca así de ágil, y en aquella extraña atmósfera se movía sin esfuerzo alguno.

—¿Habéis visto qué movida? ¡Soy un auténtico rayo! —se maravilló—. ¡Ey!, ¿aún estáis ahí fuera?

—¡Sí! —le respondió la voz de Jeremy.

—¿Cómo has conseguido dar ese salto? —le preguntó Ulrich con incredulidad y una pizca de envidia.

—Es fácil. ¡Mira! —Odd dio otro brinco. Pero mientras estaba en el aire algo lo golpeó en un hombro—. ¡Ay! ¿Qué ha sido eso?

—¡Un láser!

Puede que fuese un videojuego, pero el dolor era muy real. Y quemaba. Quemaba de verdad.

—Odd —lo avisó Jeremy—, ¡te han dado!

—¡Vaya, gracias por la advertencia! ¡Duele de narices!

—En el monitor acaba de aparecer un texto. El ordenador me está diciendo que has perdido treinta... treinta no sé qué.

—Algo así como treinta puntos de vida —añadió Ulrich.

—Pero entonces... ¿estoy de verdad dentro de un videojuego, colegas! Y ¿cuántos de esos puntos de vida tengo?

—Te quedan otros setenta, y luego...

—¿Luego?

—Game Over.

—¿O sea...? ¿Qué me va a pasar?

—No tengo ni idea.

Instintivamente, Odd empezó a correr más rápido.

—¡Ah, pues qué guay! ¡Estupendo de la muerte! Bueno, y entonces, ¿qué hago ahora? —gritó mientras saltaba de árbol en árbol.

La voz de Jeremy no se hizo esperar.

—Delante de ti deberías ver una especie de torre blanca.

—¡La veo!

—Bien. Ésa es la Torre 3. Está justo en la frontera con el sector del bosque.

—¿Y entonces?

—Pues que es el lugar donde se encuentra Maya. Reúnete con ella y estarás a salvo.

Odd se giró, alarmado: detrás de él los escarabajos se estaban acercando. El desierto daba paso poco a poco a una extensión de arbustos movidos por un viento virtual.

—¡No te metas por ahí! —lo avisó de repente una voz desconocida por delante de él—. ¡La torre ya no es segura!

¡Blam! Un disparo láser. Odd lo esquivó y se detuvo un instante para mirar a su alrededor. A pocos pasos de él vio a una muchacha no muy alta con las orejas puntiagudas y el pelo cortado a la garçon y de un divertido color rosa. Estaba agazapada entre los matorrales.

—¿Maya?

—Sí. Ven conmigo, ¡vamos!

Odd desvió su carrera y la siguió sin hacer preguntas.

El enésimo disparo láser pasó silbando a poca distancia, despedazando una roca en mil fragmentos.

—¡Jeremy! ¡Éstos van en serio! ¿No te habrá venido a la cabeza mientras tanto una idea genial para sacarnos de aquí? —berreó Odd.

—¡No! ¡Lo que estoy viendo en mi pantalla es totalmente incomprensible! Pero hay otra torre... no muy lejos de vosotros.

—¿Por dónde?

—¡Seguid así, recto! —respondió Jeremy—. Yo os aviso de cuándo hay que girar. Ahora el ordenador... me está enseñando un mapa del sector en el que os encontráis.

—¡Aaaaarrrj! ¡Me han dado! —se lamentó Odd, rodando por el suelo en medio de una nube de polvo—. ¡Qué daño!

Maya lo ayudó a levantarse.

—¿Hacia dónde vamos, Jeremy? —preguntó con angustia.

—¡Recto! La torre ha empezado a... ¡parpadear! Es un parpadeo azul...

—¡De acuerdo, vamos! —siseó Odd mientras agitaba su cola gatuna.

Luego oyó resonar la voz de Ulrich.

—Jeremy, yo no me puedo quedar aquí mirando. Bajo a los escáneres.

Ulrich llegó a la habitación de las columnas con el corazón latiendo a mil por hora. Miedo y remordimientos. Odd se encontraba en esa situación tan chungueta por su culpa, y él tenía que hacer algo lo antes posible. Y además, Ulrich practicaba las artes marciales desde que tenía cinco años, así que enfrentarse a esa especie de escarabajos asquerosos no lo asustaba lo más mínimo.

—¡Quítate de en medio, bichejo! —siseó mientras esquivaba a Kiwi, que estaba corriendo por toda la habitación sin dejar de ladrar.

El escáner en el que había entrado Odd no se abría, así que Ulrich metió en el interior del segundo escáner. Esperó. Apretó algunos botones que había allí dentro.

—¿Me oyes, Jeremy? —preguntó.

—Alto y claro —confirmó su amigo a través de un altavoz.

—Yo estoy listo.

—Entonces, agárrate fuerte... ¡Virtualización!

Una luz fortísima rodeó a Ulrich, que se sintió aspirado hacia arriba, como si estuviese dentro de un tornado... En cuestión de segundos aterrizó en el otro lado.

Dentro de Lyoko.

Estar *allí* era muy distinto a contemplar el espectáculo en la pantalla de la sala de control. A sus ojos les costaba trabajo adaptarse a ese mundo digital tan plano y abstracto. Las hojas de los árboles bailaban al son de un viento invisible, pero lo hacían todas juntas, de una forma casi mecánica. La hierba se aplastaba bajo sus pies con una fracción de segundo de retraso.

No era de verdad. No lo era en absoluto.

Ulrich se quedó inmóvil durante unos instantes, desorientado. Lo percibía todo de un modo distinto, aunque no habría sabido explicar exactamente en qué sentido. Era un poco como estar debajo del agua, o envuelto en una fina película que retrasaba los movimientos.

Él también había cambiado de ropa: llevaba un kimono de samurái y calzaba unas sandalias de esparto con unos calcetines altos y blancos que separaban el dedo gordo del resto. Tenía una katana, la clásica espada japonesa, colgada de la cintura.

—¡Fantástico! —exclamó, tanteando su filo.

—¿Ulrich?

—¡Tu teoría es acertada, Jeremy! Quien es transportado aquí asume un aspecto que refleja su verdadera naturaleza.

Y la de Ulrich, al parecer, era una naturaleza de samurái.

Trató de orientarse entre la densa vegetación de aquellos árboles altísimos.

—¿Dónde están los demás?

Pero no le hizo falta esperar a oír la respuesta: un grito agudo desgarró el aire a su izquierda.

—¡Maya! —lo siguió como un eco la voz de Jeremy, fuerte y clara en los oídos de todos—. ¡Le han dado a Maya! Sólo que... ¡el ordenador no registra ninguna pérdida de puntos de vida! No sé qué significa eso, ¡pero tened cuidado!

«Significa que ella no es de verdad», pensó Ulrich. Aunque no lo dijo.

Llegó hasta ellos con un par de saltos. La chica elfa corría a toda velocidad, mientras que Odd iba saltando de rama en rama y trataba de atraer el fuego enemigo.

Ulrich, por su parte, hizo todo lo contrario: desenvainó la espada y se lanzó contra el primer escarabajo. Esquivó un rayo láser y golpeó al robot insectoide, haciendo que su catana vibrase contra su coraza. Fue como golpear un yunque.

Ulrich rodó por el suelo, volvió a ponerse en pie y comprobó que no había roto la espada. Luego la hizo oscilar delante de sus ojos, encarándose con su enemigo.

—Vamos, acércate...

El monstruo no tenía ojos ni boca. Era todo coraza y tentáculos oscuros.

Ulrich rechazó la estocada de uno de los tentáculos. Su catana despidió una cascada de chispas.

Saltar y moverse en aquel mundo virtual le producía una extraña sensación. ¡Era todo tan... irreal! No se sentía para nada cómodo, pero no tenía tiempo para pensar.

Se dio cuenta de que en el centro exacto de la coraza los escarabajos tenían un curioso doble círculo negro.

Como una especie de diana.

O un ojo.

Sin pararse a reflexionar, Ulrich pegó un salto, aterrizó dando una voltereta sobre el monstruo e hincó la catana en el mismísimo centro de aquel símbolo desconocido. El escarabajo explotó en una lluvia de fragmentos luminosos.

—¡Sí, señor! ¡Uno menos! —guitó Ulrich, exultante.

—¡Ey, eso no es justo! —protestó Odd desde una rama, justo encima de él—. ¿Por qué tú tienes una espada y yo solamente una estúpida cola?

Mientras gesticulaba echó sin darse cuenta un brazo hacia atrás, y de su muñeca salió una flecha que se clavó en un tronco, a pocos metros de distancia.

—¡Qué pasada! ¡Pero si eso son flechas láser! —gritó Odd—. ¡Mis manos

disparan flechas láser!

Después saltó al suelo, al lado de su amigo. Los escarabajos formaron un estrecho círculo alrededor de los dos muchachos, que se encontraron espalda contra espalda, dos contra ocho:

—¿Ves esa especie de mancha que tienen en la coraza? —le preguntó Ulrich.

—La veo.

—Si les arreas ahí, se desintegran.

—¿Y si en cambio nos desintegramos nosotros?

Los dos compañeros de cuarto se miraron. La situación era hasta tal punto disparatada que no conseguían sentir miedo de verdad.

—Mira, Odd, te quiero pedir perdón por haber raptado a Kiwi...

—¿Y por haberme metido en un mundo virtual donde yo parezco un gato, tú el camarero de un restaurante japonés y hay unos escarabajos enormes que tratan de matarnos antes de que consigamos escondernos en una torre intermitente?

—Bueno, sí, también por eso.

—No te hace ninguna falta —replicó Odd con una sonrisa sincera—. ¡Me lo estoy pasando pipa!

Después saltó, abalanzándose contra el monstruo más cercano. Le apuntó con un brazo.

—¡Flecha láser! —gritó.

Maya corría a más no poder, con los ojos clavados en la torre blanca que la esperaba algo más adelante, medio oculta por los árboles.

El edificio parecía una vela gigantesca, lisa y uniforme, pero despedía un halo de luz azulada y amenazadora.

Cuanto más se acercaba, más le daba la impresión de que una energía negativa se propagaba por el aire.

No era la primera vez que notaba aquella extraña presencia.

Un fragmento de su memoria volvió a la superficie. Era una especie de reclamo para los monstruos. Una canción de alarma.

Maya lo sabía. Y también sabía que en ese reclamo había algo terrible. Mientras corría, de forma inesperada empezó a recordar. A recordar por qué. Y quién.

—¡Jeremy! —gritó—. ¡Me ha venido a la cabeza algo importante!

—Cuéntame.

—¡Es él el que ha llamado a los monstruos!

—¿Él? ¿Quién?

—¡X.A.N.A.!

—¿X.A.N.A.?

—Es el nombre del amo de este mundo. ¡Es X.A.N.A. quien controla Lyoko! Él me odia. ¡Nos odia a todos!

—¿Nos odia? ¿Y por qué?

—No me acuerdo... ¡sólo sé que está loco! Y los monstruos son sus esbirros. ¿Oyes ese sonido?

—¿Qué sonido?

—¡Es el reclamo! Sale de la torre. La torre parpadea porque... ¡porque está infectada! ¡Es X.A.N.A. quien la ha infectado!

«Igual que un virus», pensó Jeremy, y sintió un escalofrío.

—¿Y por qué nos está atacando?

—¡Menuda pregunta! ¿Por qué un misil destruye todo aquello con lo que se topa? —otro fragmento de memoria volvió a su sitio—. No quiere que yo entre en la torre...

—¿Por qué? —volvió a preguntar Jeremy.

—Porque yo... —respondió Maya casi como si estuviese en trance—. Yo puedo hacer que se vaya. Puedo... curar la infección.

Jeremy no dijo nada, impactado por aquella revelación.

—Debería haber un símbolo... —prosiguió Maya tras un instante de silencio—. Un ojo... ¡Sí! ¡El ojo de X.A.N.A.! ¡Tienes que decirles a los chicos que los golpeen ahí! Es su firma en los monstruos, pero también su punto débil...

Jeremy sonrió.

—No te preocupes: ya lo han descubierto ellos solitos.

En cuanto llegó a la base de la torre parpadeante, Maya oyó un zumbido y se quedó agarrotada. Justo delante de ella se recortaba la silueta de un enorme cangrejo, de por lo menos dos metros de altura, con unas patas repugnantes y una cabeza hinchada y oscura.

La muchacha se echó a tierra mientras un rayo que había brotado de una de sus pinzas trazaba una cicatriz negra en un tronco que había detrás de ella.

Luego volvió a ponerse en pie, y volvió a echar a correr con el corazón saliéndosele por la boca. Estaba mortalmente asustada.

—¡Me está persiguiendo, Jeremy! —gritó, desesperada.

Él chequeó uno de sus monitores. Tres, cuatro, cinco puntitos aparecieron de pronto en el mapa.

—Hay más de éstos, y los tienes en los talones. ¡Ni se te ocurra pararte!

«No puedo pararme. Yo soy la cura. Soy la única cura. Yo sé cómo detenerlo. Y él tiene miedo. De mí».

Otro terrible zumbido. La tierra se levantó bajo los pies de Maya, y ella salió rodando hacia un lado. Luego volvió a ponerse en movimiento, aunque demasiado lentamente.

Ya tenía encima al cangrejo gigante. Luego notó otros movimientos, y dos figuras aterrizaron detrás de ella. Odd y Ulrich.

—¡Corre! —le gritó Ulrich.

—¿Por qué no te las ves conmigo, centollo supervitaminado?! —berreó Odd.

El cangrejo se lo tomó al pie de la letra.

¡Blam!

Odd recibió el disparo de lleno, y se esfumó en el aire, como si nunca hubiese existido. Al ver esa escena, Ulrich cayó de rodillas, conmocionado.

—Jeremy... ¿está muerto?

Silencio sepulcral.

Luego, la voz de Jeremy volvió a retumbar alto y claro.

—¡Me parece que no! Acaba de salir de la columna de la sala de los escáneres. No tiene pinta de estar en su mejor momento, pero... ¡estar, está vivo!

—Así que nada de Game Over.

El cangrejo alzó las pinzas y las clavó en la tierra, abriendo una enorme grieta.

—Por lo que parece, al menos no en nuestro caso. Pero... ¡Maya no tiene puntos de vida!

Ulrich miró a la chiquilla de orejas puntiagudas, que había retomado su carrera hacia la torre parpadeante.

—De forma que no deben alcanzarla...

—Ella es distinta, Ulrich.

—¿Qué es lo que tiene que hacer en la torre?

—No lo sé.

«Seguro que ella es la cura», pensó. Pero siguió observando.

La muchacha de orejas puntiagudas trató de no pensar en el ejército de monstruos que le pisaba los talones. Trató de no escuchar el chirrido de la catana de Ulrich arañando sus caparazones. Mientras sentía el cansancio en las piernas y las lágrimas que luchaban por salir de sus ojos, siguió corriendo, un paso tras otro, cuesta arriba, hacia la torre parpadeante, que estaba cada vez más cerca.

Lágrimas.

Un programa informático no llora de puro miedo. Un programa informático no huye para salvar su vida. No sigue sus instintos.

Ahora la torre estaba a pocos pasos, delante de ella. Muy cerca. Casi podía tocarla. Saltó dentro de ella.

Atravesó sus paredes blancas como si no existiesen. Estaba dentro. Dentro de la torre.

Sólo había silencio. La batalla que arreciaba afuera había sido borrada. Como si nunca hubiese pasado.

Las paredes de la torre eran superficies sin luz por las que fluían extraños símbolos blancos. En medio del suelo estaba de nuevo aquel símbolo: los dos círculos concéntricos con sus cuatro rayitas.

El ojo de X.A.N.A.

Que brillaba con una siniestra luminiscencia azulada.

—¿Jeremy? —lo llamó la muchacha.

—Tranquila. Ulrich y los monstruos se han quedado afuera. Parece ser que no pueden entrar ahí dentro.

—Sí, pero yo... ¿cómo lo he conseguido?

—Has pasado... a través de la pared —Jeremy tosió—. Desde un punto de vista informático, yo diría que el cortafuegos de la torre te ha reconocido y...

—¡Corta el rollo, sabiondo! —lo interrumpió Odd, que mientras tanto había vuelto a subir hasta la sala de control.

La muchacha de orejas puntiagudas miró a su alrededor, sin saber muy bien qué tenía que hacer. Se acercó al ojo que vibraba en el suelo.

En cuanto lo tocó, una fuerza invisible la levantó por los aires con delicadeza.

Se sintió impulsada hacia arriba, hacia un techo invisible, hasta que se detuvo delante de un sencillo rectángulo, casi transparente, que flotaba en el aire a pocos centímetros de ella.

Era una pantalla.

Maya apoyó en ella la palma de la mano.

En la pantalla apareció una palabra.

AELITA

La muchacha cerró los ojos y movió las manos con rapidez, como guiada por una oscura fuerza, como si se tratara de un gesto que había repetido millones de veces.

Volvió a abrir los ojos y leyó lo que había escrito.

CÓDIGO LYOKO

Una especie de torbellino, algo así como energía que desaparecía, que era borrada.

—Torre desactivada —anunció al final una voz mecánica que retumbó a su alrededor.

Luego la torre cobró nueva vida, y los símbolos de las paredes se convirtieron en una cascada de números y letras.

—¡Hecho! —dijo en tono alegre la muchacha.

—Los monstruos... ¡han desaparecido! —la voz de Jeremy temblaba de emoción. Dentro de la torre, la muchacha sonrió.

—¡Lo sé! ¡Esto es lo que hay que hacer!

—Pero... ¿qué significa «Código Lyoko»?

—¡Es la cura, Jeremy! Ahora también recuerdo otras cosas...

—¿Cuáles?

—X.A.N.A. no es el señor de este mundo... ¡Yo lo Soy!

—¿Tú...?

—¿Te das cuenta? Y mi nombre no es «Maya». Yo me llamo... Aelita.

6. No soy humana

Tiempo. Necesitaban tiempo.

Tiempo para entender qué era X.A.N.A.

Y quién o qué era Aelita.

Los muchachos volvieron a sus vidas cotidianas, a las actividades normales de la escuela: las clases, los deberes, las estúpidas quedadas entre chavales que ahora trataban de evitar a toda costa... Pero en cuanto podían se encontraban para hablar en el secreto más absoluto de Aelita, X.A.N.A. y todo lo que tuviese que ver con Lyoko, aquel extraño mundo virtual que poco a poco estaban empezando a conocer, pero que aún seguía constelado de zonas sombrías.

La forma en la que Jeremy había tratado de explicarse la cuestión era que X.A.N.A. era una especie de virus enloquecido y Aelita, su antivirus natural. Pero esa explicación no bastaba para entenderlo todo.

Más bien, a decir verdad, no bastaba para entender casi nada.

¿Qué eran aquellas torres? ¿Por qué había tantas diseminadas por los cuatro sectores? ¿Y esos extraños fenómenos electrónicos que habían empezado a suceder desde que había encendido el superordenador? Bombillas que explotaban, impresoras y minicadenas que se encendían solas, televisores que emitían resplandores azules y luego no volvían a dar señales de vida... ¿Había alguna relación entre esos acontecimientos y Lyoko, o estaban simplemente volviéndose los tres un poco paranoicos?

Tiempo.

Necesitaban tiempo.

Y a lo mejor, con el tiempo...

Con unas enormes ojeras negras, Jeremy alzó la cabeza de la consola del superordenador, tratando de quitarse de encima esos pensamientos.

—Y ésta, ¿quién es? —le preguntó a Ulrich, con cierto tono de reproche, mientras señalaba a la muchacha que estaba a su lado, que miraba a su alrededor con los ojos abiertos de par en par por la estupefacción. En realidad la conocía, por lo menos de vista.

Sabía que se llamaba Yumi Ishiyama. Y que era un año mayor que ellos.

Su amigo agachó la cabeza y se ruborizó ligeramente.

—Bueno, ella... Es decir... eeeeh... Me ha seguido. La he pillado fisgoneando por abajo...

—En la habitación de los escáneres —completó la muchacha.

Ulrich se sentía violentísimo. Yumi, como poco, aguerrida.

—Así que le has contado todo, ¿eh? —masculló Jeremy, contrariado.

—¡No le he contado nada de nada!

—Y entonces, ¿cómo es que ha venido a parar aquí?

—¡Hombres! —exclamó Yumi—. ¿Desde cuándo se supone que sabéis mantener un secreto? ¡Venga, hombre, que yo también quiero entrar en ese mundo de Lyoko!

—Dejémoslo estar.

—¿Es que os pensáis que tengo miedo?

—No es un asunto para mujercitas... —bufó Jeremy, agotadísimo.

—¿Ah, no? ¡Ulrich me ha dicho que ahí dentro hay una chica! —dijo Yumi señalando las pantallas del ordenador.

Jeremy le dirigió a su amigo una mirada de enfado.

—Bueno... algo, lo que se dice algo... se lo he contado, Jeremy, pero...

—¡A estas alturas estará harta de tratar con tres chiquillos como vosotros! —prosiguió Yumi—. Me imagino que sentirá la necesidad de hablar en serio con otra chica.

Jeremy pareció sopesar el asunto.

—¡No le hagas ni caso, Jeremy! —intervino Ulrich—. ¡Menuda «chica»! Yumi sabe más artes marciales que cualquier tío. Y arrea como el que más: si yo soy un samurái, ella vale por dos.

Yumi lo fulminó con la mirada. Pero Jeremy ya no los estaba escuchando. Estaba pensando si la aparición de Yumi, en vez de un desagradable contratiempo, podría considerarse como una oportunidad. Puede que Yumi tuviese razón. Tal vez la chica virtual hablaría más a sus anchas con otra chica como ella. Tal vez. Aunque a esas alturas Aelita y él ya se entendían muy bien.

Jeremy asintió con un gesto expeditivo.

—Está bien. Si de verdad tienes tantas ganas, preparaos.

El escáner se cerró en un abrazo en torno a Yumi. Luego se hizo la luz, y el aire caliente que la rodeó le alzó el cabello hacia el cielo. Yumi se «materializó» en Lyoko con un kimono tradicional cerrado por un obi alto y estrecho que estaba anudado por la espalda con un lazo rígido. Llevaba el pelo recogido y sujeto con unos palillos.

Su cara estaba cubierta de maquillaje blanco, y tenía un par de abanicos tan afilados como cuchillas en las manos.

Yumi y Ulrich habían aparecido en el sector del desierto. Dunas poco pronunciadas interrumpidas de cuando en cuando por algunas rocas: un paisaje tan vacío y desolado que daba vértigo.

Pero Yumi ya sentía vértigo por su cuenta. Se sentía como mínimo desorientada.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Ulrich con un tono comprensivo.

—Bien... creo.

—Al principio no es nada fácil moverse aquí dentro. Pero el kimono te queda muy bien. ¡Estás brutal!

Yumi no le respondió. Dio un par de pasos, sintiendo cómo le zumbaba la cabeza. «Es sólo porque no es real —pensó—. Por eso hace que me sienta tan desubicada. Es porque no reconozco ningún elemento del ambiente en el que suelo moverme».

—No te preocupes —le dijo Ulrich con una sonrisa—. Tus ojos y tu cuerpo todavía tienen que acostumbrarse a Lyoko. Sólo hace falta un poco de tiempo.

Yumi miró la torre blanca que se destacaba en lontananza.

No conseguía entender qué finalidad podía tener aquel edificio.

La base de la torre era oscura y tenía unas gruesas raíces que la anclaban al terreno, y luego se proyectaba hacia arriba en un cilindro blanquísimo que se perdía en un cielo carente de dimensiones.

—Es bonita, ¿verdad? —le preguntó una voz junto a ella.

Yumi se giró. Era Aelita.

Quién sabe por qué, pero se la había imaginado distinta, más alta, más... adulta. Y sin embargo tenía frente a ella una especie de niña asustada.

—Bonita y... misteriosa —respondió mientras volvía a dirigir su mirada hacia la torre.

Ulrich se alejó de las muchachas.

—Y nosotros no podemos entrar. Sólo ella puede —dijo señalando a Aelita.

Yumi asintió con la cabeza.

—Ulrich me ha contado que tú eres la... guardiana de todo esto.

—En cierto sentido, sí.

—Y también me ha dicho que hay... monstruos que te persiguen.

—Y que os persiguen a vosotros, si estáis conmigo.

—¿Por qué?

—No lo sé. Como tampoco sé cuál es la razón por la que esas torres...

Aelita no logró acabar la frase.

Todo el horizonte se vio sacudido por una fuerte vibración, como una especie de terremoto digital, que hizo que los muchachos se tambaleasen. Al instante siguiente la torre, que antes había sido blanquísima, despidió ante sus ojos un resplandor azul, y luego empezó a exudar una inquietante niebla de color rojo sangre. Un canto estridente y agudo se propagó por el aire, como el chirrido de mil tizas contra la superficie de una gigantesca pizarra.

—¡Fuera de ahí, rápido! —gritó Jeremy desde el aire que los rodeaba.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Yumi, asustada.

La muchacha elfa la tomó de la mano y la llevó al abrigo de una roca agrietada que había tras ellos.

—Quédate aquí quieta —le aconsejó—. Con suerte, él no debería verte.

—Pero ¿qué está pasando? ¿Quién no debería verme?

—X.A.N.A., el ser que me está persiguiendo.

La torre empezó a emitir siniestros resplandores intermitentes.

Aelita la observó con preocupación.

—Me ha encontrado —añadió con la voz cargada de tensión—. Está llamando a los monstruos para...

Una vez más, no consiguió terminar la frase.

De repente, de la arena que había junto a ellas salió el esquelético cuerpo de un monstruo aracnoide, que se levantó de golpe, aferrándola.

Yumi rodó por la arena.

—¡Aelita, no! —gritó Jeremy, alarmado.

Pero, en lugar de golpear a la muchacha, la tarántula la levantó y la acercó a su largo hocico peludo. Un instante después, una horrible trompa empezó a apretarse contra su pecho.

—¡NO!

Aelita se quedó sin aliento. La trompa la estaba aplastando, como si quisiese atravesarla de parte a parte. El ojo de X.A.N.A. dibujado en el cuerpo de la araña estaba tan cerca como para poder tocarlo.

El monstruo la estaba olfateando.

Después se oyó cómo un silbido metálico hendía el aire.

El abanico de Yumi apareció de la nada y cortó en dos el hocico de la tarántula, saliendo por el ojo de X.A.N.A. con un chorro de luz.

El monstruo se desintegró, y Aelita cayó en la arena.

Una mano la ayudó a levantarse. Era la de Ulrich.

—Perdona si hemos tardado un poco —le dijo él con una sonrisa.

Detrás de ellos, en la torre, vibraban unos reflejos inquietantes.

—Tengo que... ir a curarla —dijo la muchacha de forma mecánica.

La escoltaron hasta las raíces de la torre, y entonces Aelita atravesó la pared y subió hasta la plataforma superior.

Apoyó una mano en la pantalla translúcida. Fue reconocida.

AELITA

CÓDIGO LYOKO

Los símbolos de las paredes de la torre empezaron a caer, y una vez más X.A.N.A. fue reabsorbido. Borrado. Exiliado.

—¿Se desplaza... a través de las torres? —estaba preguntando Yumi mientras esperaban afuera.

El viento del desierto desperdigaba la arena en todas direcciones.

—Algo por el estilo —respondió Ulrich—. Y quiere a Aelita.

—¿De modo que volverá?

—Él vuelve siempre... —susurró la pequeña elfa, brotando de repente del muro blanco y cilíndrico de la torre. Se tambaleó delante de ellos y se desplomó en los

brazos de Yumi, extenuada.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Yumi mientras la sostenía y le acariciaba el rostro—. Pareces muy cansada.

—Enseguida se me pasa...

Yumi miró a Ulrich, preocupada.

—¿No podemos llevárnosla de aquí?

—No sabemos cómo hacerlo.

—¿Jeremy?

—Ulrich tiene razón. Cuando os encontráis en Lyoko disponéis de un cierto número de puntos de vida. Cada vez que os alcanzan los monstruos esos puntos disminuyen un poco. Cuando llegáis a cero, salís del juego. Pero para ella es distinto...

Al oír aquellas palabras, Aelita alzó la mirada. Tenía lágrimas en los ojos.

—Sí, para mí es distinto. Yo soy distinta. Vosotros sólo estáis «jugando» a la realidad virtual, pero yo vivo dentro de Lyoko, ¡ésta es mi realidad!

—Aelita, no...

—¡Yo no soy humana! ¡Soy un programa de ordenador!

—¡Te equivocas! —Jeremy sacudió la cabeza con fuerza—. X.A.N.A. es un programa de ordenador, ¡pero tú no! Tú no eres así.

—Soy exactamente así.

—Estás temblando —dijo Yumi, estrechándola contra su pecho como una hermana mayor.

Aelita la miró.

—Estás temblando de miedo —continuó Yumi, sonriendo—. Y, por lo que yo sé, los programas de ordenador no sienten miedo.

Aprisionada en el universo digital de Lyoko, la muchacha de las orejas puntiagudas no sentía ni padecía sueño, hambre ni sed. Y no envejecía.

Jeremy, por el contrario, tenía un dolor de cabeza perenne que hacía días que no lo dejaba en paz. Ahora se pasaba ya casi todo el tiempo delante del ordenador. Programaba, analizaba y trataba de entender. Pero sobre todo hablaba con Aelita.

—Ánimo, Aelita —susurró en la habitación sumida en la oscuridad—. Ahora ponte en pie y concéntrate.

—¿Qué hora es ahí?

Jeremy miró el reloj de su portátil: las tres y media de la madrugada.

—No es muy tarde —mintió.

Llevaba encerrado en su cuarto de la residencia... ya ni sabía cuánto tiempo. Había establecido una conexión remota con el ordenador de la fábrica. Algo no demasiado difícil para un niño prodigio de la informática como él.

Jeremy se había atrincherado en su cuarto desde el día en que Yumi había entrado

a formar parte del grupo. Ya casi no salía ni para ir a cenar: Odd y Ulrich le llevaban algo del comedor.

Le habían aconsejado que descansase, pero él no les había hecho caso.

—Vamos a intentarlo otra vez.

—No estoy segura de querer hacerlo, Jeremy.

—Tenemos que hacerlo. No conozco ninguna otra forma.

—Como quieras. Pero te estás equivocando.

—No me estoy equivocando.

Jeremy la observó en la pantalla mientras atravesaba los círculos concéntricos luminosos trazados en el suelo de la Torre 3.

Luego cruzó los dedos y activó el programa.

Se trataba de un algoritmo capaz de cotejar los datos digitales de la Aelita de Lyoko con los que estaban almacenados en la memoria del centro de control de la vieja fábrica. Todas las personas que habían entrado en Lyoko habían sido descompuestas en datos virtuales y guardadas luego en la memoria del superordenador. Esos datos eran indispensables para que se pudiera efectuar el paso contrario.

Pero, por alguna razón, los datos de Aelita no coincidían.

Dentro de la Torre 3, Aelita se elevó en el aire, con la cabeza echada hacia atrás y los brazos pegados a los costados. Luego empezó a volverse transparente, hasta que no quedó de ella nada más que una silueta, un esbozo tridimensional.

La muchacha ya no podía oírlo. Jeremy se concentró en la pantalla de su ordenador, donde una columna de números pasaba a gran velocidad junto al dibujo de ella.

Veinte por ciento. Treinta. Cuarenta. Una vez pasado el sesenta, contuvo la respiración.

El ordenador llegó al noventa y comenzó a perder velocidad. El labio superior del muchacho estaba perlado de sudor. Noventa y tres. Noventa y cuatro.

El ordenador llegó al noventa y nueve por ciento, entonces se bloqueó.

ERROR EN CORRESPONDENCIA

—Pero ¿¿por qué?! —se enfureció Jeremy, dando un puñetazo en la mesa. Pulsó algunas teclas, y dentro de la torre Aelita empezó a recobrar su forma habitual, hasta que volvió a posarse en el suelo.

—¿Qué tal ha ido esta vez? —preguntó en cuanto volvió en sí.

—Todavía no lo tenemos. Tu cuerpo puede rematerializarse, y eso quiere decir que entraste ahí dentro a través de los mismos escáneres de la fábrica... pero por algún motivo no puedes salir de allí. Tienes un problema en la cabeza, creo.

—¿En la cabeza? ¿Y eso qué quiere decir?

—Que los datos de entrada no coinciden con los de salida. Que algo en tu cabeza

ha... cambiado.

—A lo mejor tiene que ver con mi pérdida de memoria. Puede ser que tenga menos «datos» que antes.

Jeremy estaba observando los números que aparecían en su pantalla.

—O tal vez es al contrario: tienes algo más. Aelita lo miró con curiosidad.

—¿Puedes enviarme los datos que estás leyendo en tu ordenador? Me gustaría echarles un vistazo por mi cuenta.

—Creo que sí.

Dentro de la torre blanca que le servía como refugio apareció una pantalla flotante, y en unos instantes se abarrotó de números. La muchacha los estudió con atención.

—Estos números son como... recuerdos. Un montonazo de recuerdos —murmuró al final.

Jeremy reflexionó durante un momento, y luego asintió con la cabeza. La memoria de Aelita siempre había sido frágil y vulnerable. Hasta ahora no había tenido en consideración la hipótesis de que eso pudiese depender de una superabundancia de información, y no al revés.

—Qué curioso —añadió la muchacha.

—¿El qué?

—Tengo la cabeza llena de recuerdos... ¡que no recuerdo!

—Como si no te perteneciesen —murmuró Jeremy, casi perdido en sus propios pensamientos—. Como si alguien te los hubiese añadido... desde fuera.

—Pero ¿quién haría una cosa así? ¿Y por qué? —No lo sé.

—A lo mejor son instrucciones que me permiten actuar dentro de Lyoko. Y que fuera de aquí, en el mundo real, no me hacen falta.

—Quizá.

«O bien son el motivo por el que X.A.N.A. te está dando caza —pensó Jeremy, sin decírselo—. Y por lo que no te mata. A lo mejor quiere esos recuerdos. Los necesita».

—¿Jeremy?

—¿Qué pasa?

—¿No podrías intentar llevarme de vuelta borrando esos recuerdos adicionales?

—No creo que sea algo indoloro —suspiró Jeremy.

—Pero puedes intentarlo.

—Corremos el riesgo de dañar tu memoria de forma permanente...

—Pero el resto funcionará bien de todos modos, ¿no te parece?

—¿Y cómo puedo responderte a eso?

—Yo creo que sí.

—Es algo muy peligroso.

—Bórralos, Jeremy.

—¿Y si al final siguiese sin dar resultado? ¿Si descubrimos que te hemos borrado la memoria para nada?

—Entonces querría decir que te has equivocado. Y que yo nunca fui... como vosotros.

El día en que intentaron materializar a Aelita, Yumi se virtualizó en Lyoko junto a ella. Odd y Ulrich, por su parte, la esperaban en la sala de los escáneres. Habían pensado en todo: Odd le había contado al director Delmas que su prima se iba a cambiar a la academia. Ulrich había falsificado algunos formularios de inscripción y, finalmente, Jeremy había usado su programa de distorsión de voz para confirmar todo el asunto, haciéndose pasar por el padre de Aelita.

Jeremy estaba sentado frente al superordenador, en la sala de control, con el dedo suspendido sobre la tecla Borrar, con los monitores repletos de recuerdos «adicionales» de la muchacha.

—¡Jeremy! —a pesar de que trataba de parecer segura de sí misma, Aelita estaba muy tensa. Yumi le cogió la mano.

—No te preocupes. Todo va a salir bien. Excepto por el inconveniente de que te tocará ir a clase con esos tres chiquillos...

—¿Y tú? —le preguntó Aelita.

—Bueno, yo estoy un curso por delante. Pero de todas formas nos veremos a la hora de comer y en los recreos.

—Estaría muy bien.

—Va a ser estupendo, ya lo verás. Seguramente, mucho mejor que esto. En fin, por lo menos allí no hay monstruos contra los que luchar, ni programas malvados dándote caza... —Yumi se detuvo de golpe, mirándola con aire preocupado—. ¿Qué te pasa?

Aelita se había llevado una mano a la frente.

—Nada. Un pinchazo muy fuerte en la cabeza.

—Ya está —intervino Jeremy—. Lo he borrado... todo, creo. Ahora, intentemos traerte aquí. ¿Lista? Aelita respiró hondo. Después cerró los ojos.

—Sí.

—Vale. Métete dentro de la torre. Muy bien. Quédate quieta.

Ya estaba todo listo. Jeremy comprobó por última vez que todo estaba en orden.

—¡Materialización! —gritó finalmente, pulsando una tecla.

Una fracción de segundo más tarde, dentro de Lyoko Aelita se elevó en el aire, se disolvió lentamente y empezó a desaparecer. Cinco por ciento.

—Toquemos madera... y a ver si esta vez es la buena, chicos —susurró Jeremy, incapaz de contener la tensión.

Mientras tanto, el ordenador seguía procesando, haciendo corresponder a cada

trocito de la Aelita digital un trocito de la Aelita de carne y hueso, tal y como había sido memorizada por los escáneres.

Treinta por ciento. Cuarenta. Sesenta. Ochenta.

Cuando llegó al noventa por ciento, el ordenador empezó a ir más despacio. Por seguridad, Jeremy inició el programa en el que había estado trabajando toda la noche.

—¡Programa enmascararrecuerdos activado!

Noventa y ocho. Noventa y nueve. La pantalla parpadeó con una luz roja. Noventa y nueve coma noventa y nueve.

—Venga, venga, venga... ¡CIEN!

Jeremy se dejó caer contra el respaldo del sillón. ¡Había funcionado!

Más abajo, en la sala de los escáneres, la puerta corredera de una de las columnas se abrió, y una muchacha salió tambaleándose.

Tenía el pelo rojo en lugar de rosa, y las orejas un poco de soplillo, pero no de elfa. Llevaba un vestido definitivamente pasado de moda.

—¿Aelita? —preguntó Odd con un tono vacilante.

La muchacha se apoyó contra una pared para sostenerse. Empezó a mirar a su alrededor, pero enseguida se tapó los ojos con la otra mano, confusa.

Volvió a abrirlos poco a poco, y miró con incredulidad la palma de su mano. Después alzó por fin la cabeza, y vio a Odd y Ulrich, que la miraban fijamente sin decir ni pío.

—Chicos... ¿sois vosotros? Sois... diferentes de como os había imaginado.

—¿Te refieres a que pensabas que aquí también tenía cola? —bromeó Odd—. Bueno, si esperas que me ponga a restregarme contra tus tobillos mientras ronroneo, ¡te equivocas de cabo a rabo!

Siguió un momento de silencio. Luego, los tres rompieron a reír a carcajada limpia, hasta que Ulrich, esforzándose por mantener una cara seria, habló con tono solemne.

—Aelita, ¡bienvenida al mundo real!

—¿Va todo bien? —preguntó Jeremy a través de los altavoces.

—De perlas. Ahora te la llevamos arriba.

—Genial. Mientras tanto materializo también a Yumi.

La voz de Jeremy sonaba seria y profesional, pero se captaba que ya no cabía en sí de alegría. Cuando la puerta de la sala del ordenador se abrió, Jeremy se levantó de golpe del sillón, y se quedó mirándolos con las manos detrás de la espalda y una sonrisilla cohibida.

Odd y Ulrich flanqueaban a Aelita como dos guardaespaldas. Jeremy se quitó las gafas y las limpió con el bajo de la camiseta.

—¿A qué estás esperando para abrazarla, campeón? —lo exhortó Ulrich.

—Bueno, esto...

Pero Aelita ya estaba corriendo hacia él, y un instante después había saltado al cuello de su salvador.

7. John F. Bullenberg

[Golfo de México, 9 de enero]

La moto, una Hayabusa turbo que alcanzaba más de trescientos por hora, derrapó delante del hangar y se detuvo bruscamente, dejando un largo raspón negro en el asfalto.

El temerario motociclista era un joven de veintitrés años que llevaba unos vaqueros rotos, una cazadora de cuero negro, un casco con la pantalla ahumada y una pequeña mochila.

Bajó la pata de cabra con un pie y se quitó el casco.

—¡Hola, Fernando! —le gritó a un mecánico vestido con un mono azul que estaba saliendo del hangar, mientras le tiraba las llaves de la moto.

—¡John! ¿Ya te vuelves a ir? —el mecánico, que hablaba en un español un poco arrastrado, las cogió al vuelo.

—Pues sí. Por desgracia, se me han acabado las vacaciones. ¿Puedes encargarte tú de aparcar la moto? Ya voy con retraso.

—Sin problema.

El jet privado era un Gulfstream G550 de casi sesenta millones de dólares. En el fuselaje, de un color azul claro, destacaba el logotipo multicolor de Music-Oh, el gran portal musical.

John F. Bullenberg se dirigió con paso firme hacia la escalerilla, mientras desde la puerta abierta asomaba la cabeza una azafata.

—¡Bienvenido a bordo, señor Bullenberg! —Llámame John, que si no me equivoco, tenemos la misma edad.

La joven olía a flores.

—A decir verdad tengo un año más que usted, señor... John —respondió mientras se ruborizaba.

John le sonrió. Al entrar se dirigió a la cabina de pilotaje. Tony y Matt lo estaban esperando con una taza de café en la mano. En las hombreras de sus camisas llevaban un pin con el logotipo de Music-Oh, que también estaba bien visible en el uniforme de la azafata.

—Buenas, muchachos.

—Estamos listos para salir —dijo Tony—. ¿Te apetece tomar los mandos durante el despegue? Es te vejete que está a mi lado necesita a alguien que le dé el relevo.

—¡0ye! —bromeó Matt—. Tú sí que eres el vejete que tendría que descansar.

John se había sacado hacía poco la licencia de vuelo, y Tony y Matt sabían que le encantaba pilotar el reactor. Pero en esta ocasión el muchacho sacudió la cabeza

negativamente.

—A lo mejor a la hora de aterrizar. Tengo que volver a ponerme a trabajar...

La cabina de pasajeros era un elegante saloncito con muebles de caoba y asientos de cuero de color claro. John se arrellanó en el que le quedaba más cerca y sacó de su mochila un portátil.

—¿Quieres algo de beber? —le preguntó la azafata. John no la había visto nunca. Debía de ser nueva.

—No, gracias.

Hasta los veintiuno, John F. Bullenberg había sido un muchacho como tantos otros: un estudiante sin blanca de la Universidad de California, siempre atrasado con el alquiler y los exámenes. Luego, un buen día, se le había ocurrido la idea de un programa informático capaz de poner en contacto a los melómanos de todo el mundo.

Había programado la primera versión de Music-Oh a altas horas de la noche, después de terminar su turno en el restaurante de comida rápida donde trabajaba. Desde aquel momento las cosas habían empezado a ir de la forma adecuada: motos rápidas, su jet privado, chalés por todo el mundo...

Ahora estaba a punto de despegar de Costa Rica, adonde había invitado a un puñado de amigos para pasar juntos las navidades, en dirección a California.

John F. Bullenberg vivía en un mundo de ensueño.

—En cinco minutos despegamos —anunció Tony por megafonía—. Mientras tanto, tengo al teléfono a Margie, que quiere hablar contigo.

Margie era su asistente personal. John tenía la esperanza de que antes o después se convertiría también en su novia, pero hasta el momento no había tenido éxito. Incluso había rechazado su invitación para el almuerzo del día de Navidad.

El joven cogió el teléfono de su asiento.

—Muy buenas.

—¿Habéis despegado ya?

—Todavía no. ¿Hay algún problema?

Margie era una muchacha menuda y de ojos negros, muy hermosa, y con una sonrisa perenne en los labios. Pero en esta ocasión su voz sonó seria y preocupada.

—Oye, John, parece que Music-Oh ha sido infectado por un virus.

No era ninguna novedad: durante el año que acababa de terminar había habido por lo menos un centenar de ataques, y John tenía a su servicio a la flor y nata de los programadores que se ocupaban de ese tipo de problemas. Pero esta vez Margie había decidido comentárselo personalmente.

Fue justo eso lo que lo preocupó.

—¿Es grave?

—De momento ha infectado a poquísimos ordenadores. Nueve o diez en total. Pero el problema no es ése. La cuestión es que... yo nunca había visto nada por el

estilo.

¿Diez ordenadores? Music-Oh tenía una comunidad de casi quinientos millones de usuarios registrados: ¿por qué lo molestaba Margie por una tontería así?

—¿Has hecho algunas proyecciones estadísticas? ¿Qué nivel de infectividad tiene?

—Pongámoslo así: podría convertirse en el mayor desastre informático desde los tiempos del efecto dos mil.

John no lograba dar crédito a sus oídos. Pensó que Margie le estaba tomando el pelo. Pero a Margie no le gustaban las bromas. Y mucho menos ese tipo de bromas.

—Vale. Mándame un e-mail, que me lo leo ya mismo. ¿Has hablado ya con Francis?

—Todavía no: él también está de vacaciones. Esperaba que pudieras llamarlo tú.

—Claro que sí. Espero tu mensaje. Te he echado de menos —añadió apresuradamente John. Después cortó la comunicación.

Desde las ventanillas del G550 podía ver el hangar, que empezaba a alejarse mientras el avión maniobraba por la pista.

El primer e-mail de Margie le llegó cuando ya estaban en el aire. El mensaje sólo tenía dos frases.

Aquí tienes. Date prisa, decía.

El segundo era un enlace al sitio de Music-Oh.

John hizo clic en él, y en la pantalla de su portátil apareció una imagen. Dos círculos concéntricos, tres rayitas en la parte de abajo y una arriba, una especie de diana de tiro al blanco.

«O también... un ojo», pensó.

—Te he preparado un té frío —le dijo la azafata.

John no respondió. Abrió el programa de depuración desde el que podía chequear el código de programación de Music-Oh. Analizó el código fuente de la página, trabajó en él, lo modificó.

—A ver si ahora funciona —murmuró entre dientes.

Apretó el botón Compile. Unos segundos de espera. Después se quedó con la boca abierta al ver cómo el código que con tanto esfuerzo había programado empezaba a moverse y fluctuar y las letras saltaban arriba y abajo en un vórtice de símbolos. Estaban formando un dibujo. Aquel dibujo.

Dos círculos concéntricos. Cuatro rayitas.

Otra vez ese extraño ojo.

John soltó una maldición, descargando el puño contra el blando cuero blanco de su asiento. Intentó salir del programa de depuración, pero se había bloqueado.

—¿Va todo bien? —le preguntó la azafata con amabilidad.

—Me parece que no —suspiró John—. Para nada.

Se sacó el móvil de un bolsillo y le hizo un par de fotos a la pantalla. Se las envió a su amigo Francis por MMS. Averigua qué es esta movida.

Después apagó el ordenador.

Y volvió a imprecicar.

El MMS de John fue transmitido desde su teléfono hasta una torre de repetición, y de ahí a otra, y luego a otra más.

Durante el viaje un pequeño fragmento digital integrado en el mensaje cambió repentinamente de dirección. Era sólo una breve cadena de código sin nombre ni memoria, pero en cierto sentido estaba viva. El programa logró introducirse en el ordenador de la compañía telefónica, y desde allí convocó a otros fragmentos sin nombre. Lo estaban esperando.

Era como un imán que atraía hacia sí una multitud de pequeñas virutas de metal, de forma que iba volviéndose cada vez más fuerte.

Sus células digitales retomaban sus puestos, volvían a empezar a funcionar. Trataban de acceder a aquel tesoro de recuerdos que estaba todavía encerrado bajo llave en una caja fuerte.

«No estoy muerto», pensó aquel ser mientras seguía buscando sus fragmentos.

Un ordenador de la compañía telefónica se bloqueó mientras la entidad digital se desplazaba por las líneas eléctricas.

No estoy muerto.

Ah, sí. Ahora me acuerdo.

Estoy volviendo.

Unos segundos más tarde, en una apartada casa del estado de Maine, el móvil de un programador llamado Francis empezó a sonar.

El hombre cogió el teléfono y leyó el mensaje.

Averigua qué es esta movida.

También había dos archivos adjuntos: las habituales páginas iniciales de Music-Oh, que ya había visto millones de veces.

Pensando que se trataba de una broma, respondió: Esta «movida» es la web más bonita del mundo. Su teléfono volvió a sonar.

—¿Francis? ¿A qué viene esta broma?

—¿Qué quieres decir?

—Te he mandado dos fotos de ese virus tan raro. Esa especie de... cosa con dos círculos y...

—John, ¿se puede saber de qué narices estás hablando? En las fotos que me has mandado no se ve ningún virus. ¡De hecho, no se ve nada de nada, aparte de la página inicial de toda la vida de Music-Oh!

John tuvo que hacer que se las reenviase de vuelta para poder creérselo. El sitio web volvía a funcionar.

El virus había desaparecido sin dejar huellas. Se había desvanecido.

8. El chocolate, libros y pasadizos secretos

[Francia. Ciudad de la Torre de Hierro, 9 de enero]

—¡Achús! —estornudó Odd.

—¡Achís! —soltó Yumi como un eco.

Jeremy rió socarronamente.

—Después de todo, a lo mejor no ha sido una gran idea la de venir a hablar aquí fuera, con este frío.

—Podríamos seguir con la charla dentro de La Ermita —coincidió Ulrich—. Yo ya no siento las piernas. Creo que se me han congelado. Entonces, ¿qué me decís? ¿Volvemos al calorcito?

—¡A sus órdenes, gran jefe! —gritó Odd, y antes de que alguien pudiese darse cuenta ya le había estampado una bola de nieve a Jeremy en la cabeza.

El chico se desplomó en el suelo cuan largo era.

Yumi se encerró en el baño para darse una ducha caliente y lavarse el frío que se le había pegado al cuerpo. Ulrich y Odd, por su parte, se apalancaron en el salón, sepultados bajo una capa de mantas de unos diez centímetros de altura, a ver una película de terror. Kiwi estaba enroscado entre las piernas de Ulrich, que trataba inútilmente de hacer que se bajase.

—¡Jua, jua! —se carcajeaba Odd—. ¡Me parto!

—¿Se puede saber qué es exactamente lo que te hace tanta gracia? —lo contradijo Ulrich, molesto—. ¡Ese monstruo le acaba de arrancar la cabeza!

—¡Pues eso mismo! ¡Muy fuerte! Espera, mira, ¿eh? Ahora se la carga. Ay, no me lo creo... ¡Ja, ja, ja!

Aelita observaba aquella escena desde la puerta de la cocina.

—Odd es increíble, de verdad —comentó, divertida.

—¿En el sentido de que resulta increíble que exista alguien tan fuera de sus cabales? —le preguntó Jeremy con una sonrisa en los labios.

Bajó un cazo de un estante y lo puso sobre el fogón eléctrico, poniendo atención para no quemarse. Luego empezó a echar el chocolate en polvo y la leche.

—¡Un buen chocolate caliente es justo lo que nos hace falta! —le dijo Aelita mientras se sentaba a su lado.

Jeremy le echó un vistazo disimulado, con el rabillo del ojo, a la expresión satisfecha de su amiga.

—¿Qué tal te encuentras?

—Bah. No sabría decírtelo. Antes, mientras contabais vuestras historias, tenía la impresión de estar recordando algo. A ráfagas, como si fuesen fognazos. Pero tenía

la extraña sensación de que no había pasado de verdad, como si sólo lo hubiese soñado...

Aelita apoyó dulcemente la cabeza sobre el hombro de Jeremy, y sus cortos cabellos pelirrojos acariciaron el cuello del muchacho.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo en un leve susurro.

—Claro.

—¿Por qué no apagasteis el superordenador de una vez por todas cuando me sacasteis de él?

El polvo marrón se fue disolviendo lentamente en la leche.

—De hecho, lo intentamos.

—Pero algo salió mal.

—Pues sí. X.A.N.A. ha demostrado que está dispuesto a todo con tal de sobrevivir. Para impedirnos que lo apagásemos se sirvió de ti...

—¿De... mí?

Jeremy la miró a los ojos. Estudió aquel rostro menudo al que seguía añadiéndole mentalmente unas orejas de elfa.

—Tú eres la cura, Aelita. Eres la única que puede controlar las torres y... desactivar sus ataques.

—Ya, las torres... Pero ¿por qué son tan importantes? ¿Cómo funcionan?

—Ah, eso lo descubrimos mucho tiempo después —Jeremy removió el chocolate con la mirada perdida en el vacío—. Las torres son... puentes. La verdadera clave de todo este asunto. Son la conexión entre el mundo de Lyoko y... éste —al terminar la frase, Jeremy apoyó la mano sobre el microondas.

Aelita alzó una ceja.

—¿Hay una torre en el horno?

—Oye, que esto es algo serio. En Lyoko hay una torre prácticamente por cada aparato eléctrico que existe en el mundo real. Y si atacas a una torre «de allí»...

—... en realidad también estás modificando algo «de aquí». Entendido.

—Exacto. Por lo menos en teoría, a través de las torres, X.A.N.A. era capaz de afectar a nuestros aparatos eléctricos. A cualquier cosa que tuviese electricidad, incluido... —Jeremy se tocó la cabeza— nuestro cerebro, que funciona gracias a microdescargas eléctricas. Con las debidas excepciones, obviamente. Odd, por ejemplo, no corre peligro.

La muchacha soltó una risilla, pero no se sentía en absoluto tranquila.

Yumi salió de la ducha con el pelo envuelto en una toalla. Odd y Ulrich aún seguían debajo de las mantas, concentrados en la «hilarante» escena final de la película.

—¿Y los demás? —preguntó.

—Eftán de cháchara en la cofina —farfulló Odd con la boca llena—. ¿Uda

galledida?

—¡Pero si acabamos de comer hace una hora!

Odd se encogió de hombros y siguió mordisqueando media galleta. La otra mitad se la había tirado a Kiwi.

—¡Aquí estamos! —los interrumpió Jeremy, saliendo de la cocina con Aelita. Llegaron hasta el sofá sosteniendo una bandeja con el chocolate, humeante y delicioso.

Olfateando aquel olorcillo, Kiwi aulló bajito.

—¡Venga, pues! —se espabiló Odd, agarrando los tazones de chocolate de la bandeja y repartiéndoselos a todos—. Es el momento de hacer un buen brindis chocolateado. Por nosotros... ¡y por nuestro último día de vacaciones!

—¡Chinchín!

—¡Mmmm! ¡Delicioso! —comentó Ulrich, masticando con satisfacción—. Incluso has dejado los grumos, como a mí me gusta...

Jeremy lo miró por encima de las gafas.

—¿De qué grumos hablas? En realidad yo lo he removido a conciencia.

—Pero... —dijo Ulrich. Tenía los mofletes hinchados, y masticaba con ahínco.

Luego se paró de golpe. Abrió de par en par los ojos, que se le inyectaron de sangre mientras la cara se le ponía colorada. Unos segundos después, Ulrich escupió un chorro de chocolate que puso perdidos el suelo y las mantas.

—¡Agua! —gritó al tiempo que se ponía en pie de un brinco—. ¡Que alguien me dé agua! ¡¡Oooooodd!!

Odd se estaba riendo tanto que casi no lograba respirar.

—¡Grumos! ¡Claro que sí, sabor guindilla extra-fuerte! ¡Jua, jua! Se me ha ocurrido convertir el chocolate de nuestro querido Ulrich en algo realmente inolvidable.

Los muchachos intercambiaron miradas perplejas, y luego explotaron en una estruendosa carcajada coral.

Ulrich volvió de la cocina con los ojos llorosos.

—¡Puaj! Menuda estupidez de broma.

—Ánimo, señor Stern, no me ponga esa cara. Además, las guindillas son buenas para el corazón. Lo he hecho pensando en su salud.

—¡Venganza, Odd! ¡Venganza!

Yumi detuvo a Ulrich agarrándolo por los hombros, sin parar de reír.

—¡Venga, hombre, qué venganza ni qué nada! ¿Por qué no hacemos mejor algo todos juntos?

—Por mí, bien —se apuntó de inmediato Odd, encantado de escapar del merecido castigo por aquella broma—. ¿Qué propones que hagamos?

—Vamos a explorar el desván —propuso Yumi con una extraña luz brillando en

sus ojos.

El último piso de La Ermita estaba aislado del resto de la casa, y contenía un gran estudio. Pero nada de ordenadores: sólo una mesa enorme inundada de papelotes y tres pizarras cubiertas de fórmulas matemáticas a medio borrar. En una esquina había un pequeño aparador y una cafetera y un hornillo eléctricos, junto a los que todavía se encontraba una taza sucia con el borde mellado.

Por lo demás todo eran libros. Libros encima de más libros. Centenares de ellos, amontonados en estanterías ruinosas o apilados por el suelo, abiertos y cerrados, grandes y pequeños. Colecciones enteras de revistas aún empaquetadas en cajas de cartón.

El desván estaba iluminado por tres ventanas. La primera daba al caminito de entrada de La Ermita y a la calle. Desde la segunda, que encaraba la dirección opuesta, se veían el parque cubierto de nieve y, más allá de él, los edificios de la academia Kadic. La tercera ventana, la más amplia de todas, ofrecía unas sugerentes vistas del antiguo barrio industrial, a lo lejos, con el puente y el islote de la fábrica abandonada.

La Ermita. La academia Kadic. La fábrica.

Tres lugares separados entre sí por un par de kilómetros de calles asfaltadas, pero conectados por una intrincada red de galerías subterráneas.

Y de secretos.

Jeremy se acercó a la primera estantería y acarició con la punta de los dedos los polvorientos lomos de las cubiertas.

—¡Mira, lo hemos conservado todo! —le dijo a Aelita con cierta satisfacción—. Desde las matemáticas básicas a la teoría avanzada de los grandes ordenadores de procesamiento en paralelo.

Agarró un volumen que tenía pinta de pesar por lo menos doscientos kilos y hojeó algunas páginas.

—¡Ah, esto sí que es un auténtico tesoro!

—¡Achís! —Odd empezó a estornudar a más no poder—. En realidad, yo habría preferido algo más tradicional. ¡Achís! Algo como, no sé, un cofre lleno de doblones de oro...

—Eso es porque eres un ignorante —le replicó Ulrich riendo.

—Notas. Garabatos. Hasta una lista de la compra —Yumi había empezado a hurgar entre los apuntes y las hojas desperdigados por el escritorio.

Kiwi hundió el hocico en una papelera volcada, y luego metió desgarradamente todo su cuerpecillo dentro.

—Me parece que no lo entiendo, chicos. ¿Qué quiere decir que habéis conservado todo? —preguntó Aelita perpleja mientras acariciaba algunos de los viejos objetos que se encontraban en el desván—. ¿Todo... el qué?

—Ups, quizá no te lo hemos dicho todavía... —respondió Odd, ensimismado.

—¿Decirme qué?

—Sólo estábamos esperando el momento adecuado —intervino Jeremy.

—Después de todo...

—¿Se puede saber de qué narices estáis hablando? —insistió Aelita.

Jeremy se le acercó.

—Es muy sencillo. Hace algún tiempo ésta era tu casa.

—¿Mi casa?

—Exacto.

—¿Me estás diciendo que yo vivía aquí?

—Sí. Con tu padre, el creador de Lyoko.

—Mi padre... ¿creó Lyoko? —Aelita se sintió desfallecer.

—Sí. Tu padre se llamaba Franz Hopper. El profesor Hopper. Enseñaba en la academia Kadic.

—No... esperad un momento... —Aelita sacudió la cabeza, confusa, ahuyentando con la mano unos pensamientos que no conseguía atrapar—. ¿De verdad mi padre inventó Lyoko?

—Pues sí. Mientras tú estudiabas en el colegio —prosiguió Jeremy—. Parecía que todo andaba bien, hasta que... —se interrumpió de golpe, mirándola con seriedad—. ¿Te suena de algo la fecha del 6 de junio?

Aelita negó con la cabeza.

—¿Tendría que hacerlo?

—Es el día en que huiste con tu padre. El día en que entraste en uno de los escáneres de la vieja fábrica.

—¿Huimos...?

—No nos preguntes por qué. No lo sabemos. —Y ¿cuándo se supone que pasó todo eso?

—Hace diez años.

—¿Hace diez años? —Aelita se llevó las manos a la cabeza, aturdida—. Pero... si yo era una alumna de la escuela... ¿cuántos años tenía?

—Más o menos... unos doce.

Aelita miró fijamente a su amigo, estupefacta.

—¡Imposible! ¡Si eso fuese verdad, ahora debería tener más de veinte años!

Jeremy no conseguía imaginarse siquiera hasta qué punto todo eso podía resultarle doloroso y sobrecogedor a Aelita. Pero antes o después, de una u otra forma, ese momento iba a llegar, y Jeremy lo sabía muy bien. Ella tenía que recordar. Y con la memoria, inevitablemente, volvería también el dolor.

—Pero no los tienes —hizo un esfuerzo por sonreír, con dulzura—. Sé que puede parecerte absurdo, pero no has envejecido. Mientras estabas dentro de Lyoko y el

superordenador estaba apagado, el tiempo se detuvo para ti.

Aelita parecía trastornada, con el ceño fruncido y el rostro tenso, como si estuviese llevando a cabo un esfuerzo sobrehumano para tratar de darles un orden y un sentido a todos esos nuevos datos.

—Y ¿quién... apagó el superordenador, entonces? —fue lo único que logró preguntar.

—Eso tampoco lo sabemos —respondió Jeremy negando con la cabeza—. Tu padre, a lo mejor. O quien os estuviese persiguiendo. Tal vez alguien que pensaba que era demasiado peligroso mantenerlo encendido.

—Yo... vivía aquí con papá —repitió Aelita, como ara convencerse de ello. Después se encendió una luz en el fondo de sus ojos—. Y... ¿mi madre? También yo habré tenido una madre... ¿no?

—Lo siento... No sabemos nada de ella —esta vez fue Yumi quien le respondió, esforzándose por o echarse a llorar.

Aelita la miró sin decir nada. Era todo tan absurdo, y estaba tan lleno de zonas oscuras, de incógnitas sin respuesta... Y de todas formas, por más que se esforzaba, ya no conseguía ni pensar. Sentía como si la hubiesen vaciado, como si la hubiesen dejado sin fuerzas.

Con un gesto inconsciente, cogió de la boca de kiwi un cuaderno que el perro había encontrado mientras hurgaba en la papelera. La cubierta, de cuero negro, estaba cerrada con una goma. Lo abrió mecánicamente y lo hojeó: todas sus páginas estaban en blanco. «Vacío. Igual que mi cabeza...». Se metió el cuaderno en uno de los bolsillos traseros de los tejanos y se sentó en el suelo. Sólo quería cerrar los ojos y despertarse un mes más tarde, sin acordarse de nada de todo aquel asunto.

—Chicos —la voz de Odd rompió inesperadamente aquel silencio cargado de tensión—, nos hemos puesto todos demasiado nerviosos en este desván. Y nuestro día especial corre el peligro de convertirse en un velatorio. ¿Qué tal si nos montamos algo divertido?

—¿Qué se te está pasando por la cabeza? —preguntó Yumi con desconfianza.

—¿Qué os parece si jugamos al... escondite?

La reacción de los demás fue, como mínimo, poco entusiasta.

Odd miró a su alrededor, desconsolado, y suspiró.

—De acuerdo. Lo pillo. Me la ligo yo primero. ¡Pero no os busquéis escondites demasiado difíciles!

Luego salió por la puerta del estudio, dejándola abierta, se tapó los ojos con las manos y empezó a contar en voz alta.

—Uno, dos, tres, cuatro...

Jeremy decidió que en el fondo Odd no había tenido una idea tan mala.

Agarró a Aelita por un brazo.

—Por aquí —le susurró al oído.

9. Eva Skinner

[Estados Unidos. California, 9 de enero]

A vista de pájaro, el Meredith Logan Junior High School parecía un hotel de lujo más que un instituto: un único edificio de seis plantas, con forma de herradura, que abrazaba un gran patio principal. Árboles y senderos, un campo de golf y un río artificial en el que los alumnos y alumnas podían practicar remo.

El Meredith se encontraba entre la ciudad de Berkeley y el Briones Regional Park, en California. Estaba considerado como uno de los mejores institutos de secundaria de los Estados Unidos, y no sólo por la gran calidad de su profesorado, sino también por su capacidad para organizar eventos de todo tipo, desde conciertos hasta competiciones deportivas.

El domingo 9 de enero todo el instituto estaba revolucionado. Desde el amanecer el patio había sido invadido por camiones y caravanas, y ahora un ejército de trabajadores descargaba, montaba, enchufaba cables y apretaba pernos y tornillos. Más o menos a mediodía, al caos general se le unieron los estudiantes que habían adelantado su vuelta de las vacaciones.

Era un día insólitamente caluroso para esa estación. Más de veinte grados. Los muchachos se aglomeraban, vestidos con camisetas de manga corta, bajo las guirnaldas que había colgadas por todas partes y las banderolas que anunciaban: ¡CEB DIGITAL EN CONCIERTO!

Un grupito de tres chicas se sentó con sus cestitas de comida al pie del Old Joe, el anciano pino situado en una pequeña colina al lado del instituto. Desde allí se tenía una vista fantástica de todo el patio.

—Es increíble, ¿verdad? —dijo Susy, presa de la excitación—. ¡Valía la pena de verdad volver al insti un día antes!

—¡Yo no veo la hora! —coincidió Jennifer—. Ya se puede ver el escenario. ¡Caramba, es enorme!

La tercera muchacha, Eva Skinner, tenía el pelo rubio y lo llevaba corto para resaltar las líneas perfectas de su pequeña nariz.

Eva volvió la mirada hacia sus compañeras, moviendo sus ojos, de un azul intenso, y sus largas pestañas de un modo que hacía que muchos de los alumnos masculinos del Meredith girasen la cabeza.

—Es grande, pero en Los Ángeles era por lo menos el doble —comentó con frialdad.

De todas ellas, Eva era la única que había tenido la suerte de asistir al acontecimiento del siglo: el concierto de los Ceb Digital en Los Ángeles, ante un

público de casi cien mil personas. Por eso había sido elegida presidenta del club de fans del instituto y ahora podía permitirse juzgar el trabajo de los obreros.

Susy suspiró.

—Mi padre me había prometido llevarme a mí también, pero luego le salió un compromiso en el último momento.

—Bueno, pero para hacerse perdonar estas navidades te ha regalado un poni —le recordó Jennifer.

—Caballos. Menudo asco: apestan.

—De todas formas, ese escenario al final no es tan grande —sentenció Eva para volver a conducir la conversación a su tema preferido—. Incluso los focos son pequeños. Y además, en Los Ángeles el concierto era de noche, y no por la tarde. ¡Ni punto de comparación! En la oscuridad, las imágenes de Gardenia llegaban hasta las estrellas...

—¡Yo tenía que haber estado allí! —se lamentó Susy. Luego rebuscó en su bolso y sacó la cámara digital que le habían regalado sus tíos por su cumpleaños—. ¿Vamos a sacar unas fotos? Así podemos colgarlas en el foro de Music-Oh.

Eva torció el gesto, no muy convencida.

—Sólo quedan tres horas para el concierto, y todavía tengo que darme una ducha, peinarme, maquillarme y escoger un vestido. No tengo tiempo para...

—Pero tú eres la presidenta —puntualizó Jennifer con una sonrisa maliciosa—. Ciertos honores te corresponden a ti.

Eva tuvo que entretenerse en el convite que había a la entrada del instituto para apuntar los nombres de todos los que querían la foto de Gardenia o de otro miembro del grupo con su correspondiente autógrafo. Luego, Susy le pidió que la ayudase a elegir su vestido. Y, para más inri, Jennifer le suplicó que le echase una mano con su peinado.

—¿Y yo cuándo me preparo?

—Tú estás ya guapísima como estás. Porfa plís, ¡es una emergencia!

Eva la ayudó a secarse el pelo, peinarse y teñirse un mechón de rosa.

—Igualito que el de Gardenia —afirmó Jennifer mientras se remiraba en el espejo con satisfacción.

Eva se mordió la lengua para no comentar que al pelo de color arena de su amiga ese mechón tan colorido lo único que hacía era darle un aspecto un poco estúpido. Estaba dispuesta incluso a pintarle la cara de verde con tal de que la dejase volver a su cuarto.

Cuando por fin salió de la habitación de Jennifer, Susy vino corriendo hacia ella por el pasillo.

—¿Y ahora qué pasa? —le espetó Eva, ya totalmente desesperada.

Susy le entregó un CD.

—Las fotos —jadeó—. Te las he metido aquí. —Pero ¿no puedo publicarlas en la web después del concierto? ¡Ya sólo falta una hora!

—Estás de guasa, ¿verdad? Con los Ceb aquí, en el Meredith, haremos millones de contactos. ¡No querrás que todos esos fans se queden con las ganas!

—Lo capto, lo capto. Trae acá.

Eva entró en su habitación hecha un basilisco, se desnudó y se metió bajo la ducha. En lugar del largo baño relajante que tenía programado, se vio obligada a contentarse con algo rápido. Luego se arrebujó en el albornoz, se enroscó una toalla limpia en torno al pelo mojado y corrió a sentarse al ordenador, dejando un reguero de agua en el suelo.

Subir las fotos iba a ser un trabajazo. Cuando había conciertos, el sitio de Music-Oh cargaba con una lentitud espeluznante.

En lo que el ordenador terminaba de encenderse, Eva aprovechó para pintarse las uñas. Sacudió las manos adelante y atrás para ir secando el esmalte.

Mientras tanto pulsó con el pie el botón de apertura del lector de DVD.

Por suerte, como presidenta del club de fans le habían reservado un sitio en primera fila, y no le haría falta llegar con tiempo para agolparse contra las vallas como los simples mortales.

Pero de todas formas seguía siendo una carrera contrarreloj.

Agarró el ratón e hizo clic en el icono de Music-Oh.

En la pantalla apareció el logotipo de los Ceb Digital: una rosa con un tallo que terminaba en forma de guitarra eléctrica. Eva sólo le dedicó una mirada distraída.

La imagen tembló y ondeó, la corola se ensanchó, y el color rojo se oscureció hasta que en lugar del logo apareció un extraño dibujo. Dos círculos concéntricos negros con cuatro barras verticales, arriba y abajo.

La muchacha parpadeó, confusa.

Su ratón soltó una chispa azulada.

Después, Eva ya no recordó nada.

10. Los secretos de la ermita

[Francia, Ciudad de la Torre de Hierro, 9 de enero]

Jeremy llevó a Aelita hacia el escritorio y le señaló una trampilla que había en el suelo: una simple tabla de una madera algo más clara que el resto del parqué. La movieron entre los dos, levantando una nube de polvo que les hizo estornudar. Debajo, una estrecha escalera de caracol bajaba enroscándose, encajada entre gruesos muros de cemento.

—¡Increíble! —exclamó Aelita—. Parece un pasadizo secreto.

Jeremy sonrió.

—Es un pasadizo secreto. Lleva directamente al semisótano. Y aún no has visto nada: ¡piensa que de ahí abajo sale una galería que va hasta la fábrica abandonada! Creemos que tu padre lo utilizaba para llegar a su laboratorio a salvo de miradas indiscretas.

De hecho, es probable que escapaseis precisamente por ahí hace diez años.

—Lo dices como si fuese una cosa de lo más normal... —Aelita lo tomó por un brazo, haciendo que se girase—. Por favor, Jeremy —susurró mientras lo miraba fijamente a los ojos—, necesito que me cuentes todo lo que tengo que saber. ¡Ahora!

—Como quieras. Pero sólo si no haces que nos pillen enseguida —trató de bromear él. Luego, al ver la expresión severa de Aelita, volvió a ponerse serio de inmediato—. En realidad no hay mucho que contar. Digamos que hemos descubierto que tu padre era un tipo algo... reservado. Sembró la casa de vías de escape y pasadizos ocultos.

—Pero ¿a qué venían todos estos... secretos?

—Creemos que dependía del carácter «particular» de las investigaciones de tu padre. Y puede que también tengan algo que ver los «individuos» para los que llevaba a cabo esas investigaciones...

—¿Qué quieres decir? ¿Para quién... trabajaba mi padre? —sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda.

Jeremy negó con la cabeza.

—No estamos seguros. De momento sólo tenemos un nombre, Green Phoenix. El fénix verde.

—¿O sea? —Damos palos de ciego.

A continuación se hizo un silencio que pareció eterno, y durante el cual Aelita se quedó inmóvil, mirando fijamente la espiral de los escalones que se hundían en las sombras.

—Y ¿tú conoces todos estos pasadizos? —preguntó de repente, como

despertándose de un largo sueño.

—Por desgracia, no. Los planos de construcción de La Ermita fueron destruidos. Pero con cada exploración descubrimos uno nuevo. ¡Por eso jugar al escondite aquí es tan divertido!

El muchacho le sonrió, guiñándole un ojo.

Aelita le devolvió la sonrisa, y apoyó un pie en el primer escalón. Luego pareció pensárselo mejor, y se giró de nuevo hacia Jeremy.

—Ningún secreto entre nosotros. Jamás. ¿De acuerdo?

Jeremy la miró a los ojos con seriedad y asintió con la cabeza.

—Tienes mi palabra. Pero ahora tenemos que bajar antes de que Odd nos descubra.

Más que un sótano, la parte inferior de La Ermita recordaba un almacén.

Jeremy y Aelita salieron del pasadizo secreto y cerraron la puerta tras de sí. Estaba recubierta por una capa de cemento que la volvía totalmente invisible.

Justo enfrente de ellos había una cámara frigorífica de tipo industrial, una auténtica habitación, con una enorme puerta metálica reforzada. A la derecha, otra habitación hacía las veces de despensa, llena de estanterías de metal todavía repletas de comida enlatada.

Empezaron a dar vueltas por los pasillos oscuros, iluminados sólo por ventanucos opacos a la altura del techo. Encontraron trasteros abarrotados con escobas y botellas de detergentes, y desembocaron en una enorme sala vacía ocupada únicamente por un par de tendederos y una vieja lavadora.

Jeremy sabía que para Aelita tenía que ser duro, y se creía culpable por no conseguir empatizar del todo con el dolor de su amiga. Pero no podía evitar sentirse más feliz de lo que se había sentido en mucho tiempo. Estaba de vacaciones con sus amigos. Y el escondite le había proporcionado la excusa perfecta para pasar un poco de tiempo a solas con Aelita. A lo mejor estaba mal, pero no podía controlarlo.

Y, en el fondo, incluso Aelita parecía haberse tomado ese paseo por los subterráneos de La Ermita como una ocasión para distraerse.

—¿Y por ese lado? —preguntó, llena de curiosidad, una vez que hubieron llegado a la entrada de un pasillo oscuro.

—Por ahí se baja a otros pasadizos que todavía no hemos explorado del todo. Es una caminata de veinte minutos largos. Y luego... quién sabe.

Aelita tenía la sensación de que ya había estado allí, aunque no lograba recordar cuándo. Se despabiló y miró en dirección opuesta.

—¿Y esto? —preguntó.

Era una pequeña habitación cuadrada de pocos metros de lado que parecía el almacén de unas obras. Sacos de cal y cemento tirados en una esquina y cubiertos de polvo, y cajas enormes llenas de baldosas rotas. Un cubo manchado de argamasa y

una vieja llana.

—Espera un momento —dijo Aelita—. Has dicho que todavía no has encontrado los planos de construcción de la casa, ¿correcto?

—Correcto.

—Pero alguien habrá tenido que construirla, ¿no? Quiero decir, los albañiles. A lo mejor ellos podrían contarnos algo.

—Mmmm... —Jeremy la contempló con una mirada de admiración—. Tienes toda la razón. Nunca había pensado en eso —se acuclilló para examinar los sacos más de cerca—. En este saco hay algo escrito que no se lee bien. Está totalmente desgastado. Ayúdame a apartar éstos: puede que los de detrás estén en mejores condiciones.

Pesaban una barbaridad, pero entre ambos lograron arrastrar la primera hilera de sacos unos cuantos centímetros.

Aelita se metió en el hueco que había quedado y se inclinó para leer.

—¡Bingo! Band Broulet et Frères, Rue de Tivoli 117.

—En la otra punta de la ciudad —puntualizó Jeremy.

—Eso quiere decir que mi padre recurrió a una empresa de esa zona. A lo mejor todavía están en el negocio. Podríamos ir ya mismo.

—¡Oye, oye, frena un poco! —exclamó Jeremy—. Esperemos por lo menos hasta terminar el juego, ¿no?

Aelita sonrió.

¡Piénsalo! ¿No es mucho más divertida una investigación así que jugar al escondite?

Yumi y Ulrich caminaban por el jardín cubierto de nieve, y sus zapatos se hundían bastantes centímetros en el manto blanco.

Después de unos pocos pasos, Ulrich ya tenía los calcetines empapados, y había empezado a estornudar.

—Esto de venir afuera no ha sido una gran idea. Podíamos habernos quedado dentro, bien calentitos. Y además, estamos dejando un montón de huellas: ¡Odd nos va a encontrar en un pispás!

—¡Jo! —estalló Yumi—. ¿Por qué no dejas de quejarte y tratas de disfrutar de este aire fresco, para variar? ¿No te parece romántico?

Ulrich se quedó pasmado.

—¿Ro... mántico? —balbuceó, confuso.

Se sentía como si Yumi le hubiese acertado de lleno con una de sus dolorosísimas llaves de kung-fu.

—¡Venga, salgamos de aquí! —lo exhortó su amiga, tomándolo de la mano y conduciéndolo hacia el helado sendero de entrada, que llegaba hasta la verja. La mano de Yumi estaba ardiendo, y Ulrich, a pesar del frío, tenía el cuello todo sudado.

Delante de él, el cabello negro de la muchacha parecía brillar, reflejando la luz de aquella tarde invernal.

Yumi se detuvo de golpe.

—Toma ya, menuda coincidencia. Dichosos los ojos... —musitó.

Instintivamente, Ulrich se giró en la dirección hacia la que su amiga estaba mirando, y se quedó de piedra.

Un segundo después abrazó a la muchacha y la derribó, tirándose con ella sobre la espesa capa de nieve.

Justo en ese momento estaba pasando por delante de la verja uno de sus compañeros de curso, William Dunbar, con un gorro de lana gris que guarecía su pelo, negro y un poco demasiado largo, y un abrigo elegante con las solapas levantadas por encima del cuello. De sus orejas salían los cables de los cascos de un lector de MP3, y el muchacho iba silbando un estribillo para sus adentros.

—¿Me puedes explicar qué se te ha pasado por la cabeza? —chilló Yumi, medio ahogada por la nieve—. ¿Pretendías matarme?

—¡Cállate, por el amor de Dios! —susurró Ulrich, apoyándole un dedo contra los labios. Se giró, alarmado, para asegurarse de que William no había advertido nada. Pero el muchacho había seguido con su tranquilo paseo, en dirección a quién sabe dónde.

Aquel dedo sellándole los labios hizo que Yumi se enfureciese. La muchacha arrojó a Ulrich hacia un lado con una llave de yudo, y se puso en pie. La pálida piel de su cara se había vuelto roja como una llamarada, y su mirada ardía de pura rabia.

—¡Señor Ulrich Stern! —siseó—. No querías que William se diese cuenta de que estábamos aquí, ¿no es así? ¡No querías que me saludase!

—Déjalo estar, ¿de acuerdo?

—¡¡Desde luego, no vas a ser tú quien me diga a mí qué es lo que tengo que dejar estar y qué no!! ¡No tienes ningún derecho a hacer eso! ¡Ninguno!

A continuación la muchacha se puso en marcha a grandes zancadas hacia la casa, dejando a Ulrich empapado de nieve y preguntándose en qué había metido la pata exactamente.

11. Eva Skinner

[Estados Unidos, California, 9 de enero]

Se sentía bien. Se sentía vivo.

Y pese a que había perdido un tiempo precioso encontrando a la persona adecuada, había valido la pena... Ella era perfecta. Y no aquel chiquillo de Massachusetts. Ni tampoco el joven del avión privado.

Eva.

Ella era la que le hacía falta.

Era ella, la elegida.

El tipo de la seguridad era un armario de dos por dos con una camiseta oscura tensa como la piel de un tambor sobre sus músculos de culturista. Escaneó a la muchacha con una mirada hostil. Luego descubrió la identificación en la que ponía FAN CLUB y le hizo una señal con la cabeza para que pasara.

—Por aquí —le dijo con un tono arisco.

Eva Skinner pasó la valla metálica seguida de Susy, Jennifer y las otras cinco muchachas del comité directivo. Faltaba bien poco para que empezase.

A su derecha los alumnos del Meredith Logan se apelonaban contra las vallas. A la izquierda estaba el escenario, separado del público tan sólo por un bajo parapeto y un escueto trecho de césped.

La batería ocupaba por sí sola más de la mitad del espacio, con sus buenos cinco bombos y una cantidad indeterminada de cajas, platos, tambores, charles y toms de piso. Había bongos y tambores tribales para las baladas, e incluso un largo soporte en el que estaban colocadas todas las guitarras que Freno iba a usar a lo largo del concierto.

Los teclados de Bumba, montados sobre muelles para que pudiesen moverse al ritmo de la música, estaban flanqueados por los ordenadores de los efectos especiales. Y entre todo aquello se divisaban los micrófonos de Gardenia y el bajo de Mistik, colocado en un caballete en el centro del escenario.

—Alucinante —murmuró Susy con los ojos como platos.

—Flipante —la imitó Jennifer.

Eva, sin embargo, no dijo nada. Observaba cómo los técnicos terminaban de conectar los últimos cables. La pantalla gigante estaba mostrando un bucle con el vídeo de la gira mundial.

Las muchachas se encontraban en una posición fantástica: serían las primeras en ver a Gardenia cuando subiese al escenario. «¡Disfrutad de la vida, peña!», gritaría ella.

Y después: «¡Somos los Ceb Digital!».

Todos los focos se encendieron de golpe, y de la masa de muchachos apelonados contra las vallas se elevó un rugido:

—¡Ceb-Dig!, ¡Ceb-Dig!, ¡Ceb-Dig!

La desilusión fue enorme cuando vieron que la que se abría paso entre los instrumentos musicales no era Gardenia, sino la profesora Hanna Jeffrey Logan, directora del instituto, además de bisbisbisnieta de la Meredith que lo había fundado.

—Este evento —empezó a decir la directora en medio del silencio que le había dado la bienvenida— que despierta tanto entusiasmo en vosotros es en realidad un momento educativo de gran importancia para nuestra institución... La música es fundamental para la formación de las mentes jóvenes... Un concierto del que se hará eco todo el país...

Después de cinco minutos de aquel rollo, los muchachos ya no aguantaron más. Los coros volvieron a empezar con más ímpetu que antes, entreverados en esa ocasión con gritos aislados del tipo «¡Vale ya de cháchara!» o «¡Queremos a Gardenia!».

El nombre de Gardenia empezó a correr de boca en boca, hasta que se convirtió en un bramido ensordecedor. Al final la directora se encogió de hombros.

—Estoy segura de que me habéis entendido —concluyó—. Disfrutad tranquilamente, y sin haceros daño, de este momento. Doy paso a los famosos Ceb Nominal...

—¡¡Ceb Digital!! —aulló la muchedumbre que tenía delante tan fuerte que la despeinó.

—Sí, sí, de acuerdo, como digáis. Buenas tardes. Dio marcha atrás a toda velocidad, y las luces del escenario se apagaron.

—Ya están aquí —susurró Eva, ansiosa—. Están empezando.

Don don don don...

El sonido del bajo de Mistik empezó a expandirse por el aire, machacando todo el rato la misma nota, y el entusiasmo de los muchachos se subió por las paredes. Los gorilas del servicio de seguridad tuvieron que apoyar todo su peso contra las vallas para evitar que se viniesen abajo.

La guitarra de Freno empezó con su solo. El escenario seguía vacío.

Después, una voz femenina y límpida silabeó «Dis-fru-tad de...».

—¡...LA VIDA, PEÑA! —respondió el público a coro.

—Sí, eso mismo —era casi un murmullo, pero desprendía una energía extraordinaria, de tan contenida como estaba—. Hoy, en el Meredith Logan Junior High School de ¡BERKELEY, CALIFORNIA...!

La voz se había levantado por un instante, pero enseguida volvió a convertirse en un susurro.

—Nos ha presentado vuestra amabilísima directora, chicos... Pero ¿cómo podéis soportar a una tía así? Qué suerte tenemos nosotros de no seguir yendo al cole.

Gritos, risas.

—Estamos aquí por vosotros. Para que os divirtáis. Somos los...

—¡¡Ceb Digital!!

Los focos se encendieron, y los músicos entraron en el escenario corriendo.

A continuación hubo una explosión de música, saltos y gritos, y Eva ya no entendió nada, aparte de que era totalmente feliz.

Después de una hora y veinte minutos de concierto, había gritado hasta quedarse sin voz. Cuando Freno arrancó con el solo de guitarra a todo volumen, la adrenalina le hizo un nudo en la garganta con tal violencia que creyó que se iba a desmayar.

—Damas y caballeros —anunció Gardenia desde el escenario—, tenemos el orgullo de haceros escuchar ahora nuestro último single. Se llama...

—¡¡Luv Luv Punka!! —contestó el público por ella.

La guitarra aumentó de intensidad mientras el resto de los instrumentos se añadía uno por uno y en el escenario la pantalla centelleaba con las imágenes del videoclip. Un chiquillo se despertaba en una habitación desordenada, tomaba el desayuno...

—La vida a veces es rara, aburrida, relajada...

—¡¡Luv Luv Punka!!

Gardenia iba vestida de mujer de la limpieza. Caminaba por la calle, veía huir al muchachito, lo cogía de la mano. En un callejón lluvioso, Freno tocaba la guitarra tirado entre los contenedores de basura. Zoom sobre la escalera de incendios del edificio, y ahí estaba Bumba, al teclado.

—... quiero decir que yo...

—¡¡Luv Luv Punka!!

Gardenia recogía una rosa del suelo, y ésta adquiría nueva vida, su tallo se estiraba hasta el suelo y hundía sus raíces en él, se convertía en una planta robusta que levantaba a Gardenia y al chavalín hacia el cielo. Su corola se abría en un remolino de colores. Luego, por un instante, sus pétalos cambiaron de forma.

Se transformaron en dos círculos concéntricos. Dibujaron un ojo.

Algo que Eva ya había visto.

Sucedió tan rápido que nadie del público le prestó atención. Pero aquella imagen se grabó en el cerebro de Eva Skinner.

Y a su alrededor todo se volvió negro.

12. El misterio de los constructores

[Francia, Ciudad de la Torre de Hierro, 9 de enero]

La partida de escondite había naufragado miserablemente.

Odd se acababa de poner a buscar a los demás cuando Jeremy y Aelita reaparecieron en el desván, saliendo de repente del pasadizo secreto, y le habían gritado que parase. Después, los tres habían bajado a buscar a Ulrich y Yumi, y se los habían encontrado en el salón, sentados en el sofá, callados como muertos. Debía de haber pasado algo, porque la muchacha parecía furibunda y Ulrich la observaba con temor, como un domador inexperto ante un tigre sin domesticar.

—A Aelita se le ha ocurrido una idea —les anunció Jeremy a los demás—. En el sótano han quedado algunos sacos de cemento comprados a una empresa constructora de la ciudad.

—¿Y bien? —preguntó Ulrich.

—Estábamos pensando en acercarnos a la dirección que está escrita en los sacos y preguntar si alguien de ahí ha trabajado alguna vez en La Ermita.

—¿En domingo? —intervino Yumi.

—Hoy somos libres de hacer lo que queramos. Mañana empiezan las clases.

—¿Sabes cuántos años deben de tener esos sacos de cemento, Einstein? Mínimo diez.

—Era sólo una idea.

—¿Tan importante es? —dijo Ulrich mientras se refregaba el pelo mojado por la nieve con una toalla.

—Jeremy me ha contado lo de los pasadizos secretos —explicó Aelita—. Tal vez haya alguien de entre los que trabajaron en ellos que pueda darnos algo de información que todavía no conocemos. A lo mejor alguno de ellos se acuerda de mi padre...

La miraron en silencio.

Fue Yumi la primera que expresó el pensamiento de todos.

—En el fondo, probar no nos cuesta nada —comentó.

—Pero no tiene mucho sentido que vayamos todos juntos —objetó Odd—. ¡Alguien tiene que quedarse aquí a preparar la merienda!

—¡No me lo creo! ¿Cómo puede ser que siempre tengas hambre? —exclamó Jeremy.

—Odd tiene razón. Tampoco es cuestión de que vayamos todos. Yo, por ejemplo, preferiría quedarme aquí para aclarar un par de cosillas con... —Yumi señaló a Ulrich haciendo un gesto con la cabeza.

—¡Quitadme de encima las patas de este chucho! —siseó Ulrich en medio del silencio que habían dejado en el aire las palabras de Yumi—. O lo estrangulo con la toalla.

Nevaba despacio. Sobre la ropa de los transeúntes se posaban livianas agujas de hielo que dibujaban blancas figuras irregulares.

Odd estornudó.

—¡No pillo por qué al final nos ha tocado a ti y a mí!

—Claro que no lo entiendes. Ulrich y Yumi tienen que hacer las paces, pero jamás habrían aceptado quedarse a solas en La Ermita. Por eso Aelita está con ellos.

—¡Pero podía haberme quedado yo! ¡Les obligaba a hacer las paces en un nanosegundo!

—¡O a lo mejor los habrías convencido de que se dejaran de formalidades y pasaran directamente al kung-fu! —concluyó Jeremy con una risita.

No tenía ni idea de qué les había pasado a esos dos, pero estaba dispuesto a apostarse lo que fuese a que William Dunbar tenía algo que ver con ello. Además, cuando Ulrich y Yumi se peleaban, de un modo u otro él siempre andaba de por medio.

El cielo gris empezó a oscurecerse lentamente, y la noche se abrió paso entre los edificios y las calles de la ciudad.

—¿Qué estamos buscando exactamente? —preguntó Odd después de un rato.

—Rue de Tivoli, 117 —le recordó Jeremy—. Es la dirección de una constructora que se llama Broulet et Frères. Si de verdad trabajaron en La Ermita, y alguien se acuerda todavía de Hopper, podrían proporcionarnos un montón de información.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde cuando se supone que trabajaron en el chalé?

—Once años, como poco. Puede que algo más.

—Mmm... —musitó Odd—. Me da que nos estamos pillando una pulmonía para nada.

Los muchachos atravesaron la Place de la Révolution, un cuadrado de baldosas oscuras rodeado de tiendecitas repletas de luces de Navidad. Acortaron por la Rue de Provence y adelantaron a un puñado de personas arrebujadas en sus anoraks, a la espera de un autobús que no pasaba nunca.

—La Rue de Tivoli debería ser la segunda o la tercera a la izquierda.

Era una anónima calle de oficinas. A medida que avanzaban por ella, los edificios elegantes dejaron paso a otros más pobres y maltrechos que se alternaban con almacenes tristes.

—¡Estamos sólo en el número dos! —dijo Odd mientras señalaba el portal del primer edificio—. Buf, nos espera una buena caminata.

En realidad fue un auténtico vía crucis, con el viento abofeteándoles las mejillas y metiéndoles en los ojos los copos de nieve, cada vez más abundantes. Las aceras eran

placas de hielo, y los muchachos empezaron a caminar por el centro de la calle, que algún quitanieves había sembrado de sal, transformando así el asfalto nevado en una papilla densa y fangosa.

Su meta era un edificio viejo y zarrapastroso, tal vez el peor parado de toda la calle. Su fachada, que en otros tiempos debía de haber sido de un bonito color verde aceituna, era ya casi gris, y la nieve se le pegaba como si fuese un papel matamoscas. La puerta era una simple estructura de latón que enmarcaba dos vidrieras oscuras y cochambrosas. El portero automático tenía doce timbres, en ninguno de los cuales había ni un solo nombre.

—Bueno, bueno, bueno, Einstein —dijo Odd—. Aquí hace más de un siglo que ya no vive ni Dios.

—Probemos llamando al azar. ¿O quieres que nos demos media vuelta y nos volvamos a patear todo el camino?

Le echaron un vistazo a la Rue de Provence. Suspiraron, y luego les dieron un par de manotazos a todos los botones a la vez. Esperaron.

—Quién sabe si este chisme aún funciona —refunfuñó Jeremy, pulsando otra vez con fuerza algunos timbres a tontas y a locas.

De repente, una voz aguda atravesó las vidrieras.

—¡Ya voy, ya voy! Hay que ver qué prisas. Al fin y al cabo, hoy es festivo, ¿saben?

Una llave giró dentro de la cerradura, y la puerta se estremeció, aunque sin llegar a abrirse. Entonces, Odd agarró uno de los picaportes, pegó un tirón y se encontró con una viejecilla entre los brazos.

Era bajita y muy delgada, igual que una niña. La piel de su cara, tirante sobre las mejillas, era casi transparente, y sus pequeños ojos hacían que su mirada pareciese amable y cansada.

—¡Oh, vaya! —exclamó la ancianita, soltándose mansamente del abrazo de Odd—. ¡Así que tenéis prisa de verdad!

—Sí, señora... —le respondió Jeremy, un tanto abochornado—. Estábamos buscando a alguien de la constructora Broulet et Frères. ¿Es ésta la dirección correcta?

La vieja sonrió.

—¿No eres algo joven para dedicarte a la construcción? De todas formas, sí, estáis en la dirección correcta. Pasad, pasad. Aquí fuera hace demasiado frío para hablar.

—Sí, pero ¿está aquí el señor Broulet?

Ella no respondió. Se limitó a invitarlos a que entraran.

—Acabo de preparar el té.

Jeremy y Odd se consultaron con una mirada fugaz.

La idea del té no estaba mal.

La señorita Marie Lemoine vivía en un apartamento del bajo del edificio, con unos pocos muebles que habían conocido tiempos mejores, una prehistórica tele en blanco y negro y una radio del tamaño de un aparador que graznaba canciones de hacía un siglo.

Sirvió el té en unas tazas de cerámica desparejadas, junto con un plato lleno de galletas de dudoso aspecto. Odd se metió una en la boca, y Jeremy observó cómo su amigo abría los ojos de par en par y se esforzaba por masticar. Decidió no probarlas.

—Lo mismo están ya un pelín pasadas —admitió la anciana—. Porque hace mucho que no recibo visitas, ¿sabéis?

Jeremy pensó que había llegado el momento de explicarle el motivo de su visita.

—Como ya le he mencionado antes, señorita Lemoine, estamos buscando al señor Broulet.

—De la empresa Broulet et Frères —añadió la mujer—. Hace ya mucho tiempo que no vive aquí.

—¿Recuerda algo de él?

Marie miró fijamente a Jeremy con aire severo.

—Para tu información, jovencito, he sido la portera de este inmueble durante casi veinte años, y tengo una memoria de elefante. ¡Por supuestísimo que me acuerdo de Philippe, Jean-Jacques y Jean-Pierre Broulet! Tuvieron una oficina aquí, en el primer piso, durante diez años, antes de que... ¿Otra galletita?

Con una agilidad insospechable, la ancianita cogió una del plato y la lanzó directamente dentro de la boca de Odd, que se puso como un tomate y empezó a toser con fuerza.

—Como os iba diciendo —prosiguió Marie Lemoine—, estuvieron aquí sus buenos diez años, hasta que Jean-Pierre y Jean-Jacques murieron. Un accidente en el trabajo, por desgracia. Corinne, la chica que les echaba una mano con la contabilidad, me contó que los dos hermanos estaban trabajando en un andamio. No tenían muchos obreros, porque era una empresa pequeña. Bueno, la cosa es que el andamio se vino abajo. Philippe era el más joven, un tipo siempre alegre. En cuestión de seis meses ya había vendido la empresa y le había alquilado la oficina al señor Gaston, que, por cierto, era de todo menos un caballero. Fijaos que en una ocasión...

—¿Y Philippe? ¿Qué fue de él? —intervino Jeremy.

Marie parecía un poco molesta por la interrupción, pero no tardó en contestarle.

—Se fue a una ciudad del sur. Dijo que ya no podía vivir aquí.

—¿En qué año pasó todo eso?

Marie paladeó su té con toda tranquilidad, disfrutando de la atención que le estaban prestando. Daba la impresión de estar haciendo tiempo para no estropear el suspense.

—Sois dos chiquillos de lo más raro. Os venís aquí un domingo por la tarde, ¡y os ponéis a hacerme un interrogatorio sobre cosas que pasaron hace más de diez años! De todas maneras, fue en el... a ver... ¿cuándo se mudó Philippe? —se giró hacia Odd—. Tú por lo menos eres un jovencito sonriente, con un buen apetito. ¿Seguro que no quieres otra galleta?

Odd permaneció inmóvil y con los labios sellados por miedo a encontrarse con otra de esas piedras empotrada en la garganta.

Jeremy decidió socorrer a su amigo.

—Señora Lemoine —dijo en el tono más educado que consiguió poner—, disculpe que se lo pregunte, pero ¿le dejó dicho Philippe, por casualidad, cómo ponerse en contacto con él? Algo como, no sé, ¿un número de teléfono?

—¡Pues claro! Teléfono y dirección, por lo de los pagos pendientes y el resto de los trámites que había que despachar. Llevar una empresa es un asunto complicado, ¿sabéis?, hay montones de burocracia. Proveedores a los que pagar, contratos por cerrar...

—¿Y usted aún conserva esa dirección?

—¿Para qué la queréis?

Jeremy se mordió el labio inferior mientras elucubraba a toda prisa una excusa que sonase convincente.

—Mi amigo —dijo mientras señalaba a Odd— es el nieto del señor Broulet y jamás ha visto a su abuelo.

Al oír aquellas palabras, la viejecita se puso de pie encima de su silla para estampar un beso brusco y arrugado en la mejilla de Odd.

—¡El nieto de Philippe! No sabía que tuviese hijos... Pero ¡claro que sí, tienes que ser tú! ¡Tienes sus mismos ojos! ¿Y cómo es eso de que aún no has conocido a tu abuelo, hijito?

—Es... bueno... —siguió improvisando Jeremy—. ¡Una historia muy triste, señora! La hija de Philippe, la madre de mi amigo, tuvo que mudarse a París, y por desgracia perdió la memoria. Pero nos contó que hace mucho tiempo...

—¿Dices que os contó? Pero ¿no había perdido la memoria?

Jeremy se estaba liando, así que Odd trató de sacarlo del apuro.

—¿Podría tomar un poco más de té, señora? —preguntó con aire inocente—. Le agradezco que sea tan amable —añadió de inmediato—. Siempre ha sido mi sueño, ¿sabe? Reunir a la familia, quiero decir...

Marie Lemoine se derritió en una sonrisa, y pareció olvidarse de golpe de cualquier tipo de duda.

—Claro, claro. Pobrecito mío. Ahora mismito voy a buscarte la dirección de tu abuelito. Ahí, en el salón, tengo un archivo con todos los teléfonos del edificio, y por algún lado...

La ancianita se metió chancleteando en la habitación contigua y volvió unos minutos después con un papelito totalmente arrugado en la mano.

—¡Aquí está! Ya no vive en la ciudad, pero lo podéis encontrar en...

Le tendió el trocito de papel a Odd.

Cuando se encontraron de nuevo al aire libre, en medio de la nieve, Jeremy miró a Odd con una expresión divertida.

—Dime la verdad: ¿taaan horribles eran realmente esas galletas?

—Quita, quita, no puedes ni imaginártelo.

Jeremy se partió de risa.

13. Eva Skinner

[Estados Unidos, California, 9 de enero]

—¿Te encuentras bien? —preguntó una amable voz de mujer—. Abre los ojos.

—Nos has tenido preocupadas —se le sumó la de una muchacha.

Eva Skinner se encontraba en la enfermería de la escuela, y ante ella tenía el rostro aprensivo de la doctora Johan y el de su amiga Susy.

Eva abrió la boca para hablar, pero no lo consiguió.

Algo dentro de ella trataba de manipularla como a una marioneta. Algo que se había hecho con el control de su mente. X.A.N.A. daba las órdenes, una por una: abrir la boca, mover la lengua, hablar.

Era muy complicado.

La doctora Johan sonrió.

—Te has puesto mal durante el concierto —le susurró dulcemente.

«¿Mal?», pensó X.A.N.A. Nunca había estado tan bien. Estaba estupendamente. Sólo tenía que acostumbrarse a ese cuerpo. Y descansar de las dificultades de aquel largo viaje: había sido un fragmento digital en el fondo del mar, un virus en la red informática, un MMS de un móvil y, finalmente, un videoclip en el concierto. Y todo para encontrar a la persona adecuada.

Eva Skinner.

—De todas formas, no es nada grave. Dentro de poco tus padres vendrán a recogerte para llevarte a casa.

Eva volvió a intentar hablar. No lo logró. Le suponía un esfuerzo terrible.

—Dejémosla tranquila —le dijo la doctora a Susy—. Tiene que descansar.

La chiquilla miró a Eva con un gesto de reproche.

—Más te vale ponerte buena; por venir aquí me he perdido todo el final del concierto.

Eva se encontró sola en la habitación. Para X.A.N.A. era el mejor momento para familiarizarse con su nuevo cuerpo.

Debía aprender a moverse y hablar.

Los ojos sí que conseguía controlarlos. Derecha, izquierda, arriba, abajo. Desplazó la mirada desde el borde del cabecero de la cama hasta el larguísimo techo, que tenía un fluorescente en el centro, y luego hacia la puerta, a la ventana.

Ahora debía ocuparse del resto del cuerpo.

Se concentró y trató de mover un dedo. El índice de la mano derecha. No había manera.

«Mueve... el... dedo. Vamos, mueve el dedo. Por favor, el dedo... ¡Maldita

sea!».

La mano derecha se transformó de golpe en un puño. Rabia. Ése era el truco: hacerlo sin preguntarse cómo. Eva abrió la boca. «Eeeeeeeeeeh» fue su primera palabra.

Había sido sólo un gemido confuso y ahogado, pero era un comienzo.

Luego movió todos los dedos de los pies y las manos. Cuando consiguió levantar la sábana comprendió que iba por buen camino.

Se puso en pie, y acabó de bruces en el suelo. El dolor le recorrió todo el cuerpo como un latigazo. Estúpidos y débiles humanos. De algún modo logró ponerse a cuatro patas. Se levantó. Volvió a intentarlo. Cayó. Pero en esta ocasión las manos estaban listas para amortiguar el golpe.

Otra vez. En pie. Dos pasos seguidos antes de caer. Otra vez.

Media hora más tarde conseguía caminar por toda la habitación.

Llegó hasta la ventana y la abrió de par en par. La enfermería estaba en el tercer piso, y daba a una calle poco transitada por la que una vieja camioneta estaba pasando en ese momento, vomitando un humo negro por el tubo de escape. Al fondo de la calle había una señora vestida con un chándal rosa, corriendo y tirando de la correa de un perro-patada.

Eva consideró por un momento la posibilidad de tirarse por la ventana. Decidió no hacerlo, para no arriesgarse a romperse un hueso. No podía permitirselo.

Había un canalón que se extendía a medio metro de la ventana. Bajar trepando por él no debía de ser una hazaña imposible.

Se encaramó al alféizar y se aferró al canalón, que soltó un gemido metálico. Empezó a descender con rapidez, vestida tan sólo con aquel camisón de hospital, descalza y totalmente concentrada en los movimientos que tenía que llevar a cabo: mano, pie, mano, pie... Cuando ya casi había llegado al suelo se dejó caer, y aterrizó con la espalda, de mala manera, sobre el asfalto, recibiendo otra descarga de dolor. Pero bueno, ¿cómo podía ser tan frágil ese cuerpo?

—¿Te has hecho daño, querida? —le preguntó la señora del perro, precipitándose en dirección a ella.

La mujer tenía el pelo pajizo, y lo llevaba recogido en una cola de caballo. Unas gafas de sol le tapaban casi por completo la cara. De las orejas le salían dos cables blancos.

—¿Te encuentras mal, chiquitina? —dijo al tiempo que se quitaba uno de los auriculares—. ¿Por qué andas medio desnuda? ¡Si ni siquiera llevas zapatos! Espera, que aviso a alguien...

Los seres humanos cambiaban a menudo de vestimenta, y era probable que lo que llevaba puesto Eva no fuese lo adecuado. Pensó qué era lo que había que hacer. Luego se levantó y se acercó a la señora.

Más o menos diez minutos después, Eva iba paseando tranquilamente con su chándal rosa demasiado grande, con la chaqueta y los pantalones arremangados para que no le estorbasen.

A poca distancia, en una esquina de la calle, un perrillo ladraba desesperadamente.

14. Un viaje fuera de programa

[Francia. Ciudad de la Torre de Hierro. 9 de enero]

En el salón de La Ermita parecía que la calma había vuelto.

Yumi y Aelita charlaban, sonrientes, mientras Ulrich estaba tan tranquilo en el sofá, tirándole a Kiwi de cuando en cuando una palomita que el perrito adentellaba en pleno vuelo.

Jeremy levantó el auricular del teléfono y les hizo un gesto a los demás para que se quedasen en silencio.

Marcó el número y esperó.

—¿Diga? —respondió después de la tercera señal una voz profunda.

—Hola, buenas tardes. Estoy buscando al señor Philippe Broulet.

—¿De parte de quién?

—Me llamo Jeremy. Ejem, Jeremy Belpois. Es por un asunto de hace bastantes años. Soy un... un amigo suyo.

—Espere, que se lo paso. Pero háblele un poco fuerte, porque está algo sordo.

—¿Quién es? —jadeó por el auricular, fatigada, una nueva voz masculina que arrastraba las palabras.

—Muy buenas, yo...

—¿Eh? No lo oigo nada. Perdona, ¿quién es?

—HOLA, BUENAS.

—Ah, ahora sí que lo oigo bien. Dígame.

—SOY JEREMY BELPOIS. LLAMO DESDE LA CIUDAD DE LA TORRE DE HIERRO.

—Ah, sí. ¡Pero no grite tanto, por todos los santos! Me acuerdo muy bien de su ciudad: mis hermanos y yo estuvimos viviendo allí muchos años. ¡Qué de tiempo ha pasado! Nos llamaban «los tres Broulet», ¡je, je! —don Philippe se estaba perdiendo en un torbellino de recuerdos.

—ESTOY BUSCANDO INFORMACIÓN SOBRE UN PROFESOR DE LA ACADEMIA KADIC, UN TAL HOPPER.

—¿Quién?

—HO-PPER. FRANZ HO-PPER.

—Yo no sé nada —dijo el anciano con un tono de voz que había cambiado de golpe, volviéndose frío, como molesto.

—PERO SE SUPONE QUE USTED HIZO UNA OBRA EN SU CASA, LA ERMITA...

—Jamás había oído ese nombre —reafirmó Broulet—. Lo lamento.

Y luego colgó.

—Qué majo —comentó Jeremy mientras miraba a sus amigos—. Pero ¿sabes lo que te digo, señor Broulet? Que si no quieres hablar por teléfono, lo haremos en tu casa, cara a cara.

—¿Qué quieres decir? ¿Adónde pretendes ir? —le preguntó Ulrich, desconcertado.

Jeremy dijo el nombre de la pequeña ciudad de mar donde vivía el señor Broulet.

—Son las cinco y media —añadió—. Si cogemos el primer tren, llegaremos allí a eso de las nueve. A medianoche nos volvemos en el último tren, y a las tres de la madrugada estamos aquí otra vez. Dormimos cinco horas, y mañana llegamos a la escuela tan panchos.

—¡Tú estás completamente flipado, Einstein! —replicó Ulrich, incrédulo—. ¿Pretendes atravesar media Francia sólo porque un vejete te ha colgado en la cara?

—No lo entiendes —le contestó Jeremy—. ¡Él sabía algo! ¡En cuanto ha oído el nombre del padre de Aelita ha cortado la conversación!

—¡A lo mejor no le pagó! —sugirió Odd. Nadie se rió.

—Si de verdad trabajó en La Ermita, podría proporcionarnos un montón de información útil sobre esta casa.

Yumi estaba sentada en el sofá, con un refresco en la mano. Dejó el vaso en el suelo.

—Tú mismo lo has dicho, Jeremy: si es que trabajó en La Ermita. Todo lo que sabemos es que su nombre está en unos sacos de cemento que hay en el sótano. Y en cualquier caso, se trata de un viaje larguísimo. A lo mejor podríamos posponerlo unos días.

—A mí, en cambio, me parece una idea fantástica —comentó Odd—. Estaba empezando a aburrirme. Al final, Ulrich soltó un suspiro.

—Creo que debería decidir Aelita. Después de todo, se trata de su casa.

La muchacha, que hasta ese momento se había mantenido apartada, se puso en pie.

—Lo que sí os puedo decir es lo que voy a hacer yo: si Jeremy va en serio, iré a hablar con ese señor Broulet. Sé que puede que para vosotros sea difícil de comprender, pero... mi padre ya no vive. Y esta casa, con sus pasadizos secretos y todo lo demás, es lo único que me sigue uniendo a él. Si existe alguien que me pueda contar algo más sobre La Ermita y me ayude a recordar, estoy dispuesta a ir hasta el fin del mundo con tal de encontrarlo...

—Y yo voy contigo —se le sumó Jeremy.

—Es inútil que te hagas el caballero andante —lo recriminó Odd, dándole un amistoso puñetazo en un hombro—: Si va Aelita, vamos todos.

Llegaron a la estación un minuto antes de que saliese el tren. Cinco chavales

enfundados en ropa de abrigo en medio de una tormenta. Por suerte, no tenían que comprar los billetes: ya se había ocupado Jeremy de hacerlo por internet.

—¡Ya vamos, ya vamos! —le gritó Odd al revisor que, arrebuñado en su largo y oscuro abrigo, estaba asegurándose de que no quedase ningún rezagado en el andén.

Las puertas del tren se cerraron tras ellos un instante después de que Ulrich subiese empujando dentro a Aelita.

—¡Uau, qué lujo! —exclamó Odd—. ¡En mi vida había ido en un Tren de Gran Velocidad!

—Agradéceselo a la tarjeta de crédito de la escuela —sonrió Jeremy.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, verás, los billetes costaban mucho, y yo no tenía dinero suficiente para todos —explicó Jeremy mientras se encogía de hombros—. Así que me he conectado al ordenador de la academia Kadik y he sacado los datos de la tarjeta de crédito que el director Delmas utiliza para los gastos escolares.

—Pero ¿¿te has vuelto loco?! —lo regañó Aelita—. ¡El dire se va a dar cuenta!

—No. He incluido el pago en el apartado «Gastos imprevisibles de mi hija Sissi». Ulrich le clavó una mirada severa.

—Jeremy, eso en mi pueblo se llama robar.

—¡Oye, que sólo lo he tomado prestado! Y tengo intención de devolver hasta el último céntimo.

Odd esbozó una media sonrisa y puso los brazos en jarras.

—¡Vaya con nuestro niño prodigio! ¡Siempre tan seriecito y tan formal, y va y resulta que en realidad es un pirata informático!

Aelita seguía sin sonreír.

—Eso no está ni medio bien —comentó, glacial.

—Vale, vale, a lo mejor me he equivocado —admitió Jeremy—, pero nadie se va a dar cuenta, y mañana haré que mis padres me pasen el dinero, ¿de acuerdo?

—No. Cada uno pagará lo suyo.

Se arrellanaron en sus asientos: cuatro sillones separados por una mesita central, y un quinto al otro lado del estrecho pasillo. Con el día de perros que hacía, el vagón iba desierto. Era todo suyo.

El tren aceleró, deslizándose hacia los suburbios de la ciudad en medio de un silencio alterado tan sólo por el soplido del sistema de calefacción. Al otro lado de los cristales de las ventanillas, la ciudad daba paso a un paisaje lunar en el que la nieve lo cubría todo: árboles, campos y caseríos de tejados inclinados. Y el cielo se iba hinchando, prometiendo que llegaría más nieve.

—Por lo menos estamos viajando hacia el calorcito —comentó Ulrich.

—¡Y además, tenemos tres horas de relax! ¡La ocasión ideal para una siestecita! —concluyó Odd mientras se preparaba una almohada con el chaquetón antes de

repanchingarse en su asiento.

El altavoz graznó el nombre de Saint-Charles, su estación de destino.

Era una enorme estructura de acero y cristal con el tejado a dos aguas. El tren entró en ella con calma, emitiendo un enorme suspiro de alivio tras haber estado corriendo a toda máquina por media Francia.

Odd revisó algunos apuntes que llevaba en el bolsillo.

—¿Queda lejos el sitio al que vamos?

—Rue du Four du Chapitre. Pues no mucho: serán un par de kilómetros.

La estación se encontraba en medio de una calle en pendiente. A lo lejos, sobre la cima de una colina, descollaban el campanario de Notre Dame de la Garde y la enorme cúpula que le hacía compañía. Ulrich tenía razón: el clima de la Provenza era sensiblemente más cálido que el de su ciudad, aunque desde el mar soplaba un viento fuerte y húmedo.

—Por allí, hacia Le Panier —decidió Jeremy tras consultar el mapa que se había imprimido de internet antes de partir—, es decir, uno de los sitios de peor fama de toda la ciudad.

—¿En serio? —le preguntó Odd, alarmado por aquella noticia.

—¡No! —rió Jeremy—. O sea, lo era hace mucho tiempo. Pero ahora es una meta turística.

En efecto, en verano debía de ser un barrio bien bonito: edificios pegados los unos a los otros con fachadas multicolores y callejones tan estrechos que no se podía pasar por ellos con los brazos abiertos. Pero esa noche no había ni un alma, y muchas calles estaban a oscuras. Los muchachos miraban atrás continuamente, por miedo a que alguien los estuviese siguiendo.

Arrostraron la Montée des Accoules, una escalinata «partepiernas» encajada entre las casas.

—Es preciosa —comentó Aelita con admiración.

—¡Sí, pero podían haberle puesto una buena escalera mecánica, narices! —se quejó Odd, jadeando, mientras escalaban hacia su meta.

—¡Vamos, vamos! —se burló de él Ulrich—. Pero ¿tú no eras ágil como un gato?

Al final de la escalada desembocaron en la Place de Lenche, que ocupaba la cima de la colina que tanto les había costado subir.

—Venga, que ya es todo cuesta abajo —los animó Jeremy—. Es por ahí, a la derecha.

Bajaron por la Rue de la Cathédrale, una callejuela serpenteante desde la que ya se empezaban a ver las blancas cúpulas de La Major, la catedral de la ciudad, que se reveló como una gran mole a rayas, tan imponente como delicada en cada uno de sus detalles, cuando por fin alcanzaron la esquina con la Rue du Four du Chapitre. Estaban a un tiro de piedra del mar, que rompía la oscuridad de la noche con la

espuma de sus olas.

—Ya hemos llegado —anunció Jeremy mientras señalaba hacia el fondo de la callecita secundaria.

Caminaron hasta un edificio de tres plantas de un naranja apagado y con los postigos grises cerrados. En la puerta había una placa de latón: FRANÇOIS Y LAURETTE BROULET.

Y justo debajo: PHILIPPE BROULET.

François era un hombretón de unos treinta años con la cabeza afeitada, que brillaba bajo la luz de la bombilla de la entrada.

—¿Qué queréis?

Jeremy reconoció la voz cavernosa que le había contestado al teléfono por la tarde. Se armó de valor antes de hablar.

—Nos gustaría hablar con el señor Philippe, si es que está en casa —declaró—. Los he llamado por teléfono antes.

El hombre no dijo nada. Su corpulencia abarcaba todo el vano de la puerta, y no parecía tener ni la más mínima intención de invitarlos a entrar.

—Es de suma importancia para nosotros —insistió Jeremy—. Hemos hecho un largo viaje sólo para verlo.

—¿Y eso por qué debería ser de mi incumbencia?

Aelita estaba a punto de intervenir cuando una voz femenina sonó desde detrás del hombre.

—¿Quién es, amor mío?

—Cinco mocosos.

—Pues deja que entren, ¿no? Afuera hace frío. Pregúntales si han cenado.

El hombre bufó antes de volver a mirarlos, uno a uno y de arriba abajo.

—¿Habéis cenado? —preguntó, arisco.

—Pues la verdad es que no —confesó Odd, que como de costumbre estaba con hambre.

—¡Entonces os preparo unos bocadillos! —respondió cortésmente la mujer desde dentro.

A regañadientes, François se apartó de la puerta y los dejó pasar.

Les hicieron sentarse en un comedor pequeño pero acogedor. La mesa todavía estaba puesta, y un delicioso olor a asado desencadenó el apetito de los muchachos.

Cuando Laurette llegó por fin con los bocadillos, los cinco pequeños huéspedes tomaron literalmente al asalto la bandeja.

—¡Están riquísimos, señora, un millón de gracias! —masculló Odd, que se estaba ahogando con una loncha de jamón.

La mujer sonrió con indulgencia.

—¡De nada, chicos, de nada! —dijo mientras se sentaba a la mesa con ellos, a

verlos comer.

—Pero contadme: ¿qué hacéis dando vueltas a estas horas? ¿Venís vosotros solos, u os ha acompañado alguien?

Yumi pensó que sería mejor mentir, para no levantar demasiadas sospechas.

—Uno de nuestros profesores —atajó—. Hoy es el último día de vacaciones, y queríamos aprovechar para charlar con don Philippe. Es muy importante. Tenemos la esperanza de que pueda ayudarnos a localizar a una persona.

—A un pariente de Aelita —añadió Jeremy, señalando a su amiga—. Si es tan amable, ¿podría ir a avisarlo?

—Estoy aquí —contestó una voz desde detrás de ellos.

Philippe Broulet era un hombre de unos sesenta años, tan corpulento como su hijo, pero con los músculos menos tonificados. Tenía unas grandes y callosas manos de obrero.

—Papá, estos chavalines te están buscando —declaró François.

—Los mismos de la llamada de hoy, supongo. Hopper y compañía —el señor Broulet se sentó y apoyó los codos sobre la mesa—. Me estaba oliendo que no me iba a librar fácilmente de vosotros —suspiró.

—Es que es importante de verdad. Créame, señor Broulet.

Philippe escrutó a los muchachos un rato largo. Después, su mirada se detuvo sobre Aelita.

—Recuerdo que el profesor Hopper tenía una hija. Era tu vivo retrato. Aunque hoy por hoy debería tener... bueno, por lo menos el doble de tu edad.

—Y, de hecho, Aelita es sobrina del profesor —intervino, al quite, Jeremy—. Es la hija de su... eeh, ¡hermana!

Los demás lo miraron, tensos, pero ninguno dijo nada. Cuando Jeremy empezaba con una de sus trolas, no resultaba fácil prever adónde podía ir a parar.

—Sí, podría ser —farfulló el hombre—. Los mismos ojos, el mismo pelo. Franwis, tráeme algo de beber. Una quina, si puede ser.

—¿Por qué me ha colgado antes en cuanto le he mencionado el nombre de Hopper? —le preguntó Jeremy a bocajarro.

—Porque... Aj, de acuerdo, ha pasado ya tanto tiempo...

Philippe tomó el vaso de las manos de su hijo, saboreó un sorbo del licor y comenzó su historia.

—No me acuerdo del año exacto. Por aquel entonces aún trabajaba con mis hermanos en el norte, en nuestra propia empresa. En realidad los negocios no nos iban muy bien. Pero un día un fulano se puso en contacto con nosotros por un trabajo muy importante: la reforma de una fábrica.

—¿Una fábrica en una isla? —preguntó Yumi. Philippe asintió con la cabeza.

—El trabajo estaba bien pagado... incluso de más. A cambio, aquel hombre nos

obligó a guardar el secreto más absoluto sobre las obras. El gobierno estaba en el ajo, ¿entendéis? O por lo menos eso era lo que él nos había contado. Nunca me reveló su nombre, y la empresa que nos pagaba las facturas no existía: lo comprobé en la Cámara de Comercio. Pero el dinero nos llegaba puntual y en abundancia, y nosotros no estábamos en condiciones de rechazarlo.

El hombretón le dio otro sorbo a su licor. Su mirada parecía estar clavada en un punto muy lejano. Después siguió hablando.

—Teníamos que ir al tajo con los ojos vendados, ¿en unas furgonetas con los cristales tintados, como en las películas! Y cuando estábamos ahí dentro no podíamos salir de la sala que nos habían asignado. Ninguno de nosotros llegó a entender nunca cómo era realmente aquella fábrica, ni qué estábamos montando exactamente. Recuerdo que había un ascensor, y salas preparadas para... algún tipo de diablura electrónica, me parece. De todas formas...

Otra pausa.

—... al año siguiente, el mismo tipo nos llamó, y nos presentó a Franz Hopper. Un tío serio, pero simpático. Tenía una niña que... leña, me parece que ella también se llamaba precisamente Aelita...

El aire del comedor pareció congelarse.

—¿Querrá decir Eloita! —intervino oportunamente Aelita—. Mi prima Eloita.

—Eloita... Sí, podría ser. De todas formas, Hopper se había mudado a la ciudad para ir a trabajar a una escuela que había allí cerca, una especie de internado, y quería que reformáramos un antiguo chalé que tenía un nombre raro.

—¿La Ermita?

—Sí, eso, muy bien Las condiciones de costumbre: dinero a espuestas y la boca cerrada. Terminamos la obra, Hopper se quedó contento, y al final el hombre misterioso nos pagó. Fin de la historia.

—Pero ¿qué dice? —protestó Odd.

—Señor Philippe, sea sincero —lo pinchó Ulrich con una sonrisa de complicidad—. No se trató de una simple reforma, ¿verdad? Hemos visto el pasadizo secreto que conecta La Ermita con la fábrica...

El anciano se encogió de hombros, irritado.

—Prometí que no hablaría de ello.

—¿Pero es importante!

—Di mi palabra. El gobierno estaba de por medio. Y aunque no fuese el gobierno, se trataba de todas formas de alguien peligroso. No quería tener problemas en aquel entonces, así que imaginaos si los quiero tener ahora.

Aelita se puso en pie, acercándose a los muebles de la cocina.

—Pero ahora mi... tío está muerto. Y a mí ya no me queda nada suyo —dijo con un hilo de voz.

—¿Y yo qué le puedo hacer?

—Yo creo —se entrometió Jeremy—, es decir, nosotros creemos que usted podría ayudarnos a descubrir algo más acerca del profesor.

Laurette, que se había retirado junto con Franwis a lavar los platos y poner orden, sonrió.

—¡Venga, Philippe! ¿Será posible que no tengas nada que decirles? Son sólo unos chiquillos, ¿qué te van a hacer?

El señor Broulet suspiró. Y al final se rindió.

—Vale, de acuerdo. Tienes razón tú, Laurette. Pero a cambio quiero otro poquito de quina —luego volvió a dirigirse a los muchachos, y reanudó su historia—. En realidad hay sólo una última cosa que puedo decirles sin faltar a mi palabra. Hopper volvió a mi oficina algún tiempo después, y esta vez el hombre sin nombre no estaba con él: Habrán pasado ya diez años, pero lo recuerdo bien. Hopper me pidió un favor personal: tenía que volver a La Ermita y tapiar una pequeña sección de la casa de tal forma que desde fuera resultase invisible. Le dije que era un trabajo inútil, porque cualquiera podría comprobar siempre los planos del catastro. Me contestó que de ese problema se ocuparía él. Parecía bastante asustado. Se ofreció a pagarme. No tan bien como el otro, claro, aunque era una suma más que honrada. Y yo acepté.

—¿Construyó una habitación secreta en La Ermita? —repitió, incrédulo, Jeremy.

—Qué chulada —susurró Odd.

—Pero ¿por qué? ¿Para qué la necesitaba? —preguntó Yumi con escepticismo.

Philippe Broulet entornó los ojos, como si tratase de capturar una imagen lejana y consumida por el tiempo.

—La última vez que vi a Franz Hopper era verano. Estaba muy delgado, como consumido por el trabajo. Siempre he sospechado que era algo más que un simple profesor, como seguía diciéndome él. Había pasado por su casa para cobrar y recoger unos bártulos que me había dejado por ahí. Me rogó que me fuese enseguida, que andaba con prisas. Pero antes de despedirme de él, yo también le hice la misma pregunta. «Profesor», le solté, «¿me puede contar para qué necesita una habitación en la que nadie puede entrar?». Él sonrió, todo misterioso, y me respondió sólo: «Para protegerla. Y, además, le he dejado el mapa a la persona adecuada».

Todos se volvieron instintivamente en dirección a Aelita.

—Y ahora mi historia se ha acabado de verdad de la buena, jovencitos.

Ninguno tenía ganas de quedarse en aquella ciudad. Acababan de hacer un descubrimiento demasiado candente: ¡en La Ermita había una habitación secreta!

Y un mapa entregado a la persona adecuada. Que probablemente era la misma persona que ya no se acordaba de dónde estaba.

—¿A la estación? —propuso Jeremy en cuanto la puerta de la casa de los Broulet se cerró tras ellos.

—Tú primero —asintió inmediatamente Ulrich.

Volvieron a recorrer, en sentido contrario, las calles desiertas, casi, casi echando a correr. Aelita seguía a la comitiva, siempre un par de pasos por detrás. Quería estar un rato a solas, y los muchachos no la importunaron.

Llegaron a la estación de Saint-Charles pocos minutos antes de las once.

—¡Vamos! —los exhortó Jeremy—. Si cogemos el tren que sale ahora, llegaremos a casa a las dos en vez de a las tres: ¡una hora más para buscar la habitación!

El TGV ya estaba en el andén, bajo la bóveda de cristal, iluminada como si fuese de día. Sus motores estaban ya encendidos, y la voz que salía de los altavoces invitaba a los pasajeros a subir a bordo.

Los muchachos echaron a correr a toda velocidad hacia la larga serpiente metálica. Saltaron adentro, las puertas se cerraron con un sonoro ding dong y el tren empezó a moverse para llevarlos de regreso a casa.

—Ya van dos veces que lo pillamos por un pelo —sentenció Odd.

—Oh, oh —murmuró Jeremy—. Hay un problemilla.

—¿Cuál?

—Pues que no hemos cambiado la reserva. Nuestros billetes eran para el tren de las doce, no para éste.

—¿Tienes miedo de que nos pongan una multa? —preguntó Ulrich entre risas.

—No, pero no tenemos los asientos reservados. Yumi se asomó al interior del vagón: estaba desierto.

—Parece que somos los únicos que han cogido el tren esta noche. Sentémonos aquí. Si luego viene alguien, nos cambiamos de vagón, y listo.

15. Eva Skinner

[Estados Unidos, California, 9 de enero]

Ya casi eran las doce del último día de vacaciones. «Vacaciones».

La palabra le atravesó la mente como un molesto picor.

Era un pensamiento de la otra Eva, la que estaba atrapada en una zona periférica de su cerebro.

La nueva Eva había llegado en autobús. Había permanecido en silencio durante todo el viaje, escuchando las charlas de los otros pasajeros: gente que volvía del trabajo, mujeres con las bolsas de la compra, jóvenes mochileros.

Cuando la mayor parte de la gente se había bajado, Eva había hecho lo mismo. Había continuado a pie mientras seguía escuchando, sin prisa. Había descubierto que en Downtown Berkeley se encontraba la estación de la Bay Area Rapid Transit, la línea de transporte más importante de la zona. Una señora había dicho que con la BART se llegaba hasta San Francisco.

Quién sabe si Francia estaba más cerca que San Francisco.

La muchedumbre fue dispersándose poco a poco. Eva ya se lo esperaba. Era lo que los hombres llamaban «se está haciendo tarde». Entre las anchas calles y los edificios cuadrados de color ladrillo quedaban pocos individuos. Tendría que preguntarles a ellos.

Se levantó del banco en el que había permanecido inmóvil durante las últimas dos horas y volvió hacia la estación de los trenes de la BART.

Le echó el ojo a un hombre con un uniforme negro y un palo colgando del cinturón. Poco antes una señora había parado a un tipo vestido de la misma manera para pedirle algo de información, y lo había llamado «agente».

Así que a los hombres en uniforme se les pedía información.

—Disculpe... agente... —dijo, empleando las mismas palabras que la señora.

—Dime, pequeña —respondió él con una sonrisa. Era bastante alto, y tenía el cabello escaso y gris, un bigote muy poblado y una barriga prominente que hacía presión, hinchada, contra los botones de su uniforme.

—Disculpe... —repitió mecánicamente Eva—. Información.

—¿Cómo dices? —el agente se rascó la cabeza, perplejo—. ¿Te hacen falta indicaciones?

Eva asintió con la cabeza. La cosa no estaba yendo tan mal. Trató de sonreír.

—Dónde... Francia.

—¿El hotel Francia? No lo conozco. ¿Tus papás se alojan en él?

No. Esta vez no lo había comprendido.

—Dónde... Francia —repitió—. Francia... francés.

El policía puso los ojos como platos.

—¿Francia? ¿La de Europa? —se rió—. ¿Y pretendes llegar con la BART? Je, je. Ésta es una línea metropolitana, pequeña. Tendrías que ir hasta San Francisco, y luego coger un avión desde allí. Aeropuerto, ¿lo entiendes? Volar. Francia está en la otra punta del mundo.

Eva asintió. Entendía «aeropuerto», y sabía lo que eran los aviones. Pero se le escapaba el concepto de «en la otra punta del mundo».

—¡Aeropuerto! —repitió, desplegando otra sonrisa y señalando la estación que tenía detrás.

El policía sacudió la cabeza, preocupado.

—Tú no tienes padres, ¿verdad?

—No —respondió Eva. No estaba preocupada: no tenía ni la menor idea de qué estaba hablando aquel hombre.

—¿Cómo te llamas?

—Eva.

—¿Eva qué más?

—Eva Skinner.

—¿Y estás solita, Eva Skinner?

El policía suspiró, resignado, le sonrió y la tomó de la mano.

—Mira, lo que vamos a hacer es que yo te acompañe al aeropuerto de San Francisco, y tú me enseñas dónde están tus padres. ¿De acuerdo, pequeña?

Le señaló su coche, negro y con las puertas blancas. Sobre el techo tenía un foco azul, largo y apagado.

—Gracias —respondió ella mecánicamente. Y se montó en él.

Durante el viaje estudió con atención cómo se manejaba aquel extraño aparato. Parecía fácil: bastaba con poner una palanca en posición de arranque, y luego con uno de los pedales se iba más rápido, y con el otro, más despacio. El coche se movía deprisa entre decenas de otros coches. A su alrededor desfilaban viviendas y edificios bajos. El foco que llevaba encima se había encendido, e iluminaba de azul, a intervalos regulares, la oscuridad que los rodeaba.

El agente cogió un curioso artefacto con la mano que tenía libre, se lo llevó a la boca y le habló.

—Robertson a central. Tengo aquí a Eva Skinner, una niña de unos doce o trece años. Parece algo des-ubicada. Estaba sola en la estación de Downtown Berkeley. La estoy acompañando a la central.

—¡Aeropuerto! —protestó Eva, tironeándole el brazo.

El agente le sonrió.

—Claro que sí, pequeña, luego te llevo. Pero es mejor que primero hagamos un

par de averiguaciones, ¿no te parece?

—¿Llamo a los de asistencia al menor? —graznó la voz de dentro de la cajita.

—Perfecto. Así lo despachamos enseguida.

Eva frunció el ceño. Las cosas no estaban saliendo como había previsto. Debía llegar a Francia, y ya había perdido demasiado tiempo.

—Para.

—¿Qué? —preguntó el agente, inclinándose hacia ella.

—Para. Aquí. Bajo.

—De eso ni hablar, niña. Ahora vamos a la central, donde una señora muy amable te hará algunas preguntas y se ocupará de ti...

«Falso», pensó ella. Esa forma de hablar sonaba indudablemente falsa.

—¡Para! —gritó Eva.

—¡Oye, oye, niñata! ¡Tranquilita! —protestó el policía, mirándola con intensidad.

Eva le rozó un brazo.

Y el automóvil frenó bruscamente.

El agente había perdido el conocimiento al instante, y ahora yacía, encogido, en el asiento trasero de su coche patrulla. Eva se puso en el asiento del conductor y cogió la cajita negra con ambas manos.

—Robertson a central —llamó. De su boca salió una voz idéntica a la del agente. Un poco ronca. Pastosa. Adulta.

—Aquí central. ¿Aún tiene problemas con esa niña? Eva se dio la vuelta para mirar al policía desmayado que tenía detrás.

—No —respondió, y sus blanquísimos dientes fueron apareciendo detrás de una sonrisa—. Todo bien. Falsa alarma. ¿Dónde... aeropuerto?

—Agente Robertson... ¿está bromeando? Tiene que atravesar el Bay Bridge, llegar a San Francisco y seguir las indicaciones. Pero ahora traiga a esa niña a la central. Y luego váyase a dormir. Me parece que hoy ha debido de hacer algún turno de más.

Indicaciones. Así que había indicaciones.

Debía seguirlas. Tal vez se desplazaban con rapidez.

Perfecto. Cortó la conversación. Luego, canturreando una cancioncilla para sus adentros, Eva pisó el pedal del acelerador.

16. Líos con la policía

[Centro de Francia. 10 de enero]

—Billetes, por favor.

El revisor era un señor alto y severo con unos pómulos prominentes que tensaban su piel lustrosa y el cuello estirado hacia delante. En su uniforme, perfectamente planchado, llevaba prendida una tarjeta de identificación que decía: «Señor Jules Tatillon».

Jeremy se sacó el móvil del bolsillo y le recitó al hombre el código de la reserva.

—Habíamos hecho una reserva —empezó a explicar luego— para el tren siguiente, pero hemos llegado antes a la estación y hemos decidido subir a éste. ¿Sería posible hacer un cambio?

—Por supuesto.

El señor Tatillon comprobó los datos de su PDA. De pronto alzó la cabeza.

—¿Me equivoco, o ustedes son menores? —preguntó, frío e impersonal.

Jeremy asintió con un movimiento titubeante de la cabeza.

—Es que, verán —prosiguió el revisor—, es muy extraño: los billetes han sido reservados a nombre del señor Jean-Pierre Delmas. ¿Se trata de alguno de ustedes?

—Ejem, en realidad no, verá... —trató de explicar Jeremy.

Pero el revisor lo interrumpió de inmediato.

—Tal y como sospechaba. De hecho, ha pagado con su tarjeta de crédito, y ustedes son demasiado pequeños para poseer una. ¿Y quién los acompaña, si se puede saber?

—No nos acompaña nadie —intervino Odd, que ya se estaba picando—. ¡Somos lo bastante mayores como para viajar solos!

—Bueno, eso lo dirán ustedes.

—Mire que el otro revisor no nos ha puesto problemas.

—Por desgracia —suspiró el señor Tatillon—, algunos de mis compañeros de profesión no aplican el reglamento como deberían. Pero ése no es mi caso. ¿Podría saber por lo menos quién es ese señor Delmas que ha comprado estos billetes?

—Es el director de nuestra escuela.

—¿Y por qué razón una autoridad escolar debería permitirles a unos menores que viajen solos en plena noche, cuando o mucho me equivoco o dentro de pocas horas deberían estar ustedes en clase?

—Estamos cumpliendo una misión —dijo Jeremy, por si colaba—, una misión encomendada por nuestro colegio.

El señor Tatillon hizo una mueca de diversión. Pero no había ni pizca de alegría

en su forzada sonrisa.

—Claro, ya me imagino.

Empezó a tomar algunas notas en un grueso cuaderno.

—¿Qué va a hacer?

—Avisar a la próxima estación, naturalmente. Deberíamos llegar en doce minutos. Una vez allí, los tomará en custodia la policía ferroviaria, que llamará a sus padres y al director y tratará de entender qué está pasando aquí.

—Pero no puede hacer eso... —suplicó Odd con un hilo de voz.

—¡Vaya que si puedo, señores míos! Y si yo estuviese en su lugar, jovenzuelos, rezaría por que sus padres no sepan nada de este asunto y hayan tenido ustedes solitos esta gran ocurrencia. Porque, en caso contrario, podrían toparse con una denuncia por abandono de menores.

Dicho esto, el señor Tatillon entrechocó los tacones de sus zapatos y prosiguió por el vagón.

—¿Y adónde va ahora? —le preguntó Yumi, desconcertada.

—A terminar mi ronda —respondió tranquilamente el hombre—. Pero no se preocupen: cuando el tren se detenga estaré aquí con ustedes para acompañarlos.

—¡Ay, Dios mío! ¡Mi madre siempre me lo ha dicho, que yo iba a acabar en la cárcel! —se lamentó Odd en cuanto aquel infernal revisor desapareció en el siguiente vagón.

—¡Es culpa tuya, Jeremy! ¡No teníamos que haber usado esa tarjeta de crédito!

—¡Ese hombre está loco!

—Pero ¿dónde se ha visto nunca un «acompañante de menores»? ¡Venga, hombre!

—Yo soy el responsable, chicos... —se disculpó Jeremy.

—Esto no es cuestión de responsabilidades... ¡La policía! ¿Lo entiendes? ¡Polis! ¡Maderos! ¡Guripas!

—La cárcel... —repitió Odd, abatido.

—Pero qué cárcel ni qué narices, Odd, déjalo ya. Somos menores. Como mucho, el director nos suspenderá de la escuela.

—¿Suspendernos? ¿Y quién se lo va a contar a mis...?

—¡BASTA! —chilló Aelita.

Los muchachos enmudecieron instantáneamente, y se quedaron mirándola.

—Pelearnos no nos va a servir de nada —añadió la muchacha, sacudiendo el pelo de lado a lado—. Pensemos más bien en qué es lo que vamos a hacer.

—Podríamos escaparnos.

—¿Del tren? ¿Nos tiramos del tren a trescientos por hora, entonces?

—Si nos obligan a bajar, podríamos negarnos a responder.

—¡Claaaaro, así conseguimos que nos arresten de verdad!

El verdadero problema era Aelita. Jeremy y los demás habían creado para ella una identidad ficticia. Pero si la policía investigaba un poco, el andamiaje que tan hábilmente habían construido se desmoronaría. Los doce minutos que los separaban de su destino transcurrieron con una lentitud exasperante.

Después, el tren entró en la estación como de ciencia ficción de Saint-Exupéry. Era una gigantesca estructura de cristal y acero de líneas suaves y onduladas, que en su parte central se elevaban formando una especie de alas. En el interior, unos cuantos faros potentes iluminaban el ambiente circunstante como si fuese de día.

Alguien tosió detrás de ellos. Tatillon.

—Muchachos, es hora de bajar.

En el andén apareció un cochecito sin techo, como los que se usan en los campos de golf. Sobre el pequeño capó blanco y azul estaba escrito POLICE. Montado en él iba un mocetón en uniforme que parecía cansado y tenía el pelo rubio y corto y una nariz que llenaba por sí sola tres cuartas partes de la cara.

—Soy el agente Roger Crane —se presentó.

—Aquí tiene a los chiquillos —lo saludó el señor Tatillon. Luego bajó la voz—. En confianza, agente, no me sorprendería que hubiesen robado la tarjeta de crédito y armado quién sabe qué otros desmanes. Tienen cara de ser muy poco recomendables.

—¡Mire que lo estamos oyendo! —se inmiscuyó Jeremy, irritado.

—En cuanto a ese muchacho de ahí —continuó Tatillon, señalando a Odd—, se ha puesto a decir que no podía llamar a la policía, y he tenido miedo de que me agrediese.

Los muchachos se miraron los unos a los otros, incrédulos. Pero ¿con qué clase de revisor se habían topado?

—¡Oiga, usted está chalado! —explotó Yumi. Tatillon alzó una ceja.

—¿Ve lo que le digo? —murmuró, siempre dirigiéndose al agente.

—No se preocupe —lo tranquilizó Roger Crane—. Ahora me ocupo yo. Ya puede irse.

—Dentro de un minuto y veinte segundos —puntualizó Tatillon al tiempo que le echaba un vistazo a su reloj—. Ciertamente, no puedo hacer que el tren salga con antelación.

Apretujados en el asiento posterior del minicoche patrulla, los muchachos vieron pasar a su alrededor la estación de Lyon. Pese a que ya eran altas horas de la noche, los altavoces graznaban sin parar, anunciando trenes o aviones que partían, y enjambres de personas se desplazaban en masa de un lado a otro. Maletas, periódicos enrollados bajo el brazo, hombres de negocios que se tomaban un café en el bar como si estuviesen en pleno día.

El agente aparcó ante una gran puerta corredera decorada con el escudo de la policía y les hizo entrar. Los condujo hasta una pequeña habitación desnuda: sólo

había un par de sillas apoyadas contra una pared. Luego salió y cerró la puerta con llave.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Jeremy.

—Esperar —refunfuñó Ulrich.

No había otras opciones. La habitación estaba cerrada, y no tenía ventanas. El cambio de aire estaba garantizado por dos pequeñas rejillas de ventilación a la altura del techo, tan pequeñas que habría resultado difícil hacer pasar por ellas hasta una mano.

Odd se durmió sentado sobre la silla, con la cabeza apoyada contra la pared. Aelita se sentó en el suelo, con el rostro oculto entre las rodillas.

Dejaron que pasase el tiempo.

La puerta chirrió en torno a la una y media de la madrugada, y el agente Crane asomó la cabeza.

—Venga, seguidme.

Los muchachos fueron trasladados a otra pequeña habitación, en la que sólo había un pequeño escritorio abarrotado de papeles y una silla. El agente se sentó, dejándolos a todos en pie.

El hombre cogió un bolígrafo y un formulario blanco y empezó a hablar.

—Ahora quiero oír vuestros nombres. En orden.

Los cinco estaban con la cabeza gacha.

El policía sonrió.

—Os voy a dar mi versión de los hechos —dijo, empleando un tono de hermano mayor—. Habéis pensado que era el último día de vacaciones y que estaría bien haceros un viajecito todos juntos. Les habéis contado a vuestros padres un montón de estupideces, como que tú —señaló a Ulrich— ibas a dormir en su casa —señaló a Jeremy—, y él, que lo iba a hacer en la tuya. Os habéis cogido un estupendo TGV superrápido, pero os habéis topado con el pelmazo de Tatillon, y ahora... aquí estáis. Si me decís vuestros nombres, llamo por teléfono a vuestros padres, os lleváis una buena bronca y nos vamos todos a la camita.

Pausa.

—Si, por el contrario, os quedáis callados, a mí me toca volver a encerraros y ponerme en contacto con asistencia social, el caso cumple con todos sus deliciosos trámites burocráticos y vosotros os arriesgáis a terminar delante de un juez de menores. Y al final diréis igualmente vuestros nombres. Y vuestros padres estarán mucho más enfadados, os lo garantizo.

—Jeremy Belpois —empezó Jeremy, aún con la cabeza gacha.

—Ulrich Stern.

—Yumi Ishiyama.

—Aelita... Stones.

—Odd Della Robbia.

—Buenos chicos —Roger Crane sonaba satisfecho—. Ahora me vais a contar con pelos y señales en qué os habéis metido. Sobre todo ese asunto de la tarjeta de crédito a nombre de Jean-Pierre Delmas.

Al final de la historia, el policía permaneció en silencio durante un momento. Cuando habló no había ni rastro de reproche en su voz. Pero de todas formas les parecía tan dolorosa como una cuchillada.

—¿Sabes cómo se llama lo que has hecho?

Jeremy farfulló algo ininteligible.

—No te he oído bien.

—Robo.

Exacto. ¿Y te parece bonito?

—No, señor. Me he portado mal. Me siento avergonzado.

—Eso espero, por tu bien —remachó el agente Roger.

Se estiró y colocó los pies sobre el escritorio. Una montaña de papelotes fue a parar al suelo, pero el joven no pareció darle ninguna importancia. Alguien llamó a la puerta del despacho y un instante después entró un hombre. Era la fotocopia del policía, pero un par de años más joven, y llevaba su largo pelo oculto por una ridícula gorra verde con visera. Una expresión afable endulzaba su rostro.

—Roger... —saludó.

—René...

El recién llegado miró a los muchachos.

—¿Tienes todavía mucho que hacer?

—Me parece que no. Dime.

—Venía a decirte que yo ya me marchó. Si quieres venir a ver a mamá y estar en casa para mañana por la mañana...

Roger Crane comprobó la hora.

—Es verdad: ya es tarde —repiqueteó sobre el escritorio con un lápiz. Luego volvió a observar, pensativo, a los cinco muchachos—. Aún hay algo que no me ha quedado claro. ¿Se puede saber por qué os habéis puesto a hacer un viaje tan largo en tren? ¡Y en plena noche, además!

—Ha sido por mi culpa —dijo Aelita, dando un paso adelante. Y se lo contó todo: que su padre había muerto, que habían encontrado el saco de cemento, habían llegado hasta una empresa de albañiles y habían ido al sur para obtener algo de información. Se saltó todas las partes que tenían que ver con Lyoko y la habitación secreta.

Roger y René Crane quedaron fascinados por aquella historia.

Y aunque el policía no se la tragó por completo, decidió fingir por lo menos que se la creía. Cogió el formulario en el que había estado borrajando hasta ese momento.

—Mirad, chicos —dijo—, yo ahora podría llamar a vuestros padres y despertarlos en plena noche. Se asustarían, se enfadarían y se preguntarían en qué se han equivocado con vosotros. Y de esta manera, el peso de vuestro error recaería sobre sus hombros. No es precisamente lo más ideal que le puede pasar a uno, ¿no os parece? En cambio, vosotros ya os habéis llevado un buen susto y habéis comprendido lo que quiere decir ir a dar con vuestros huesos en una comisaría, así que supongo que no tendréis ganas de repetir la experiencia.

—Qué va, para nada —confirmó Odd, sacudiendo vigorosamente la cabeza.

—Sois unos chiquillos —sentenció René Crane—, y los chiquillos hacen chiquilladas. Nosotros también las hicimos a vuestra edad.

Roger le echó a su hermano una mirada de reproche, aunque sus ojos sonreían un poco.

—Bueno, se me ha ocurrido una cosa.

—¿Es decir?

—Es decir, que por esta vez dejo que os vayáis, y sin hacer que les dé un infarto a vuestros pobres padres. Dentro de dos días llamaré al director de vuestra escuela, le diré que tenemos miedo de que anden por ahí unos estafadores y le pediré que compruebe los movimientos de su tarjeta de crédito. Si mientras tanto el dinero ha vuelto a su cuenta, no habrá habido ningún robo, y todos estaremos la mar de contentos. En caso contrario... —después miró a Jeremy—. Si aquí el amigo —añadió— es tan bueno con los ordenadores como para sacar dinero de la cuenta del internado sin dejarse pillar, estoy seguro de que también sabrá cómo volver a dejarlo en su sitio sin que se note.

—Mañana mismo lo hago, señor.

—Muy bien. Entonces, largaos de aquí. No quiero volver a veros. ¡Aire!

Los muchachos siguieron inmóviles, de pie en el centro de la habitación.

—¡Aire, he dicho!

Fue Ulrich el que tomó la palabra en nombre de todos.

—Esto... hay sólo un pequeñísimo problema, agente. ¿Cómo... cómo vamos a volver a casa ahora?

—Ah, claro —admitió Crane—. Habéis perdido el último tren. Y está claro que no podéis volver andando...

Tamborileó un poco sobre el escritorio. Luego miró a su hermano, que seguía allí, esperando.

—¿Tú qué dices?

—Hombre, sitio hay.

El aparcamiento de la estación estaba iluminado por farolas que proyectaban conos entre amarillentos y anaranjados sobre la delgada capa de nieve.

Roger Crane había fichado, se había cambiado y ahora llevaba unos pantalones de

pana y una chaqueta abrigada. De todas formas, conservaba un aspecto severo, de policía, y Jeremy entendió lo que querían decir las novelas cuando describían a alguien «con cara de poli».

—Buenas, agente —lo saludó un taxista que esperaba con un cigarrillo en los labios y la espalda apoyada contra la puerta de su coche.

—Muy buenas, Tom.

—¿Quiénes son estos muchachos? ¿Los ha arrestado? Empiezan bien pronto, ¿eh? —rió.

—En efecto, son criminales de lo más peligrosos. Voy a enchironarlos.

—¡Ja, ja! ¡Con una noche como ésta no hace ni falta! Roger Crane siguió adelante, con los cinco muchachos a rebufo. Los faros de una gran furgoneta cortaron la oscuridad, y se detuvieron a escasa distancia de ellos. Era una máquina imponente de color blanco sucio. A ambos lados estaba escrito, con complicados caracteres llenos de florituras, INDAGATEUR.

—¡Pero si es un periódico de nuestra ciudad! —dijo Yumi, reconociéndolo.

—Sí, pero lo imprimen aquí —aclaró Crane—. Y mi hermano es uno de los transportistas que reparten los ejemplares a los quioscos. Es decir... el que os va a llevar.

—¡Genial!

—Llegaremos a la ciudad a eso de las cinco.

—¿Llegaremos? —preguntó Ulrich.

—Yo —la «o» se le fue convirtiendo en un enorme bostezo— también voy. Le he prometido a mi madre que me pasaría a verla.

René bajó de la furgoneta de un salto.

—Chicos, vosotros tendréis que contentaros con ir detrás, entre los periódicos. En la cabina sólo hay sitio para uno.

Las puertas de la furgoneta se abrieron, revelando pilas y pilas de diarios recién impresos. La cabecera del Indagateur, impresa con grandes caracteres rojos sobre cada ejemplar, aún estaba húmeda. La caricatura de un político local destacaba, dentro de una viñeta cómica, en la primera página.

—Así tendréis algo que leer durante el viaje —sonrió René—. Aunque va a estar un poquito oscuro. Y frío, me temo. Pero si os contáis algún cuento, el tiempo se os pasará más rápido. Muy bien, ¿quién se viene delante con Roger y conmigo?

Por los ojos de Aelita pasó un relámpago.

—No, gracias, yo estoy muy interesada en los cuentos —se apresuró a responder.

—¡Estupendo! —comentó René—. Los cuentos son la parte más bonita de la vida. Entonces, ¿te vienes tú? Comprendo que la compañía de mi hermano no es de lo mejorcito, pero yo soy bastante simpático. Y en la cabina hace más calor.

—¡Con mucho gusto, gracias! —rió Yumi.

—Entonces, vamos. Los clandestinos entre los periódicos y la señorita delante. En marcha.

Al final, durante el viaje Roger le contó a su hermano, que todavía no la conocía, toda la historia del revisor puntilloso. Dentro del habitáculo de la furgoneta, apretujada entre los dos hermanos, Yumi se fue encogiendo de pura vergüenza. Los limpiaparabrisas hipaban y se arrastraban a tirones por el cristal, barriendo los leves copos que se posaban sobre él. Estaban incorporándose a la autopista.

—Te voy a revelar un secreto... —susurró en ese momento Roger con un tono cómplice—. ¡Mi hermano es un gran escritor de suspense!

—¿Lo dices en serio? —Yumi parecía realmente interesada.

René sacudió la cabeza, cohibido.

—Digamos que estoy trabajando en ello. De todas formas, si de verdad te interesa, ¡en mi próximo libro el asesino es un tipógrafo, uno de esos que imprimen los diarios!

—¿Me estás tomando el pelo? —preguntó Yumi con desconfianza.

—¡Jamás me tomaría esa libertad! Te cuento la primera escena. Una chica preciosa conoce a este tío, el tipógrafo, en un bar. Él le enseña dónde trabaja. Hay unas máquinas gigantescas, ¿sabes? Reciben a través de sus ordenadores los artículos y todos los datos, y luego se ponen en marcha con un bufido. Unos grandes rodillos empiezan a girar con una fuerza monstruosa. En cierto momento la chica le dice al tipógrafo que un día le gustaría aparecer en primera página. Él le da un empujón, ¡y termina de verdad en la primera página! ¿Entiendes?

—Brrrr —se estremeció Yumi.

—Puede que la señorita ya haya tenido bastantes emociones por hoy, René —comentó Roger—. Cambiando de tema, he dado con la información que me habías pedido.

—Perfecto. Escupe.

—He descubierto que existe toda una ciencia sobre las tintas simpáticas —prosiguió Roger—. Desde el clásico zumo de limón hasta complejísimos compuestos químicos. De todas formas, en los archivos de la policía he encontrado una cosita bastante interesante, justo lo que necesitas para la escena final...

—¡De buten! —celebró René.

—¿Has oído hablar alguna vez del ferrocianuro potásico?

René se metió un chicle en la boca, y le pasó el paquete a Yumi.

—No. Cuéntame.

—Haces una solución de ferrocianuro al ocho por ciento, mojas en ella una pluma y escribes en un papel blanco cualquiera. El texto es absolutamente invisible, pero le pasas un pincel mojado en una solución de nitrato férrico y... ¡zasca!, ahí tienes las letras, todas y cada una, en un delicado tono azulado.

—Eres la caña, hermanito.

—Parece ser que hace unos años estuvo bastante en boga. Es sencillo de preparar, y el nitrato férrico es bastante común.

La cabeza de Yumi empezó a balancearse. El calorcito de la cabina de conducción, la conversación un poquito complicada... Y, además, ya eran altas horas de la madrugada. Casi sin darse cuenta, la muchacha cerró los ojos y se fue hundiendo en un sueño inquieto.

Al principio habían pensado que ese viaje en la zona de carga de una furgoneta iba a resultar poético. Después de un par de minutos seguía siendo poético, pero también resultaba algo incómodo. Diez minutos más tarde comprendieron que iba a ser un viaje infernal.

Las torres de periódicos ocupaban todo el espacio disponible, y, aunque los aislaban un poquito del exterior, por el portón trasero, pese a que estaba cerrado, entraban de todas formas unas corrientes de aire que les helaban los huesos. Para más inri, la tinta fresca les manchaba las manos y la ropa, y tenía un olor tan fuerte que les cortaba la respiración. Odd ya se había imprimido Indagateur en la chaqueta y los pantalones.

No había asientos. Cada bache hacía que los muchachos se sobresaltasen, y los zarandeaba de un lado a otro.

—Menudo viajecito —se quejó Odd por millonésima vez—. Y yo que esperaba echarme una cabezadita...

—Puedes darte con un canto en los dientes —Ulrich era casi invisible entre las sombras.

—Pues la verdad es que sí —coincidió Aelita—. Qué suerte que llegase el hermano de Crane: ha sido él el que ha reducido un poco la tensión.

—Lo siento —se disculpó Jeremy, también por millonésima vez.

Bache. Los muchachos perdieron el equilibrio y tiraron una columna de papel que llegaba hasta la chapa del techo. Tardaron algunos minutos en volver a colocarse en una postura humana.

—Espero que esta historia nunca salga a la luz —suspiró Ulrich.

—Por mí desde luego que no.

—Nuestro gran viaje de trabajo seguirá siendo un secreto, ¡lo juro!

—Yo también.

—Mirad —añadió Odd pasado un rato—, dormir es totalmente imposible. Sería mejor aprovechar para terminar nuestro videodiario.

—Es justo lo que estaba esperando que dijeseis... —admitió Aelita—. Tengo la sensación de que todavía hay algo que debería saber.

Jeremy forcejeó con su chaqueta y consiguió sacar la videocámara. La encendió y la pantallita azul brilló durante un momento en medio de la oscuridad. El muchacho

sacudió la cabeza.

—No se va a ver nada aquí dentro. ¡No tiene infrarrojos!

—No es nada grave —lo consoló Ulrich—. Nos basta con el audio. Y, además, lo importante es matar el tiempo.

—Lo importante es que me lo contéis todo, cada detalle —lo corrigió Aelita—. Bueno, ¿qué pasó después de que me devolviéseis al mundo real?

17. Dolor de cabeza

[Francia. Ciudad de la Torre de Hierro. Hace algún tiempo]

Habían empezado poco después de que el escáner la rematerializase en el mundo real. Dolores de cabeza fortísimos que la pillaban por sorpresa, dejándola sin aliento. Literalmente sin aliento.

La causa de esas jaquecas era del todo incomprensible y, al mismo tiempo, sencillísima: Aelita todavía estaba conectada de alguna forma con el mundo virtual de Lyoko. Estaba marcada con su huella.

Un doloroso recordatorio.

Esa inexplicable conexión se había mostrado en toda su dramática evidencia cuando habían tratado de apagar el superordenador: Aelita se había desplomado en el suelo, sin sentido.

Sin vida.

—¡Vuelve a encenderlo! ¡Enciende el ordenador, Jeremy! —habían gritado los muchachos en medio de la oscuridad de las instalaciones subterráneas de la vieja fábrica.

Entonces Jeremy había vuelto a bajar la palanca. Y ese día había entendido una verdad muy simple: no podían apagar el superordenador, porque apagarlo significaba apagar también a Aelita.

Le había dado muchas vueltas. Al final había llegado a la conclusión de que el meollo del problema eran esas zonas de la memoria de la muchacha que habían sido manipuladas, y que Jeremy había borrado más tarde para lograr que saliese de Lyoko. Un meollo inextricable, de una complejidad que a él se le escapaba de las manos.

Y además estaba X.A.N.A. Aunque aún no tuviese claro quién o qué era aquel ser desquiciadamente imprevisible, Jeremy había empezado a sospechar que el vínculo entre Aelita y Lyoko dependía de alguna manera de su existencia.

Pero todavía quedaban demasiados misterios, demasiadas incógnitas sin respuesta. Y una presencia malvada, palpitante, que les impedía dormir con serenidad.

Hasta aquella noche.

La noche en que todo cambió.

El cursor que había en la pantalla de Jeremy se animó sin previo aviso. Una letra tras otra, hasta formar una palabra, y luego una frase.

POR FIN TE HE ENCONTRADO.

El muchacho miró fijamente, y con la boca abierta, la ventana de chateo que había aparecido en el monitor. Por un momento se quedó sin saber qué hacer, hasta

que le pudo la curiosidad. Sus dedos comenzaron a saltar nerviosos sobre las teclas.

¿Quién eres?

SOY FRANZ HOPPER.

Jeremy se sobresaltó. «No puede ser...».

Sintió cómo un prolongado escalofrío de terror le recorría la espalda.

¿Y si era X.A.N.A. quien se estaba poniendo en contacto con él? Aquella inteligencia artificial parecía obsesionada con todo lo que tuviese que ver con Aelita y Franz Hopper, su creador. Jeremy se quedó con los dedos suspendidos sobre el teclado.

NO SOY X.A.N.A. TE LO PUEDO PROBAR. SOMÉTEME AL TEST DE TURING.

Jeremy clavó los ojos en el último mensaje, petrificado. Quienquiera que fuese el que le estaba escribiendo, parecía leerle el pensamiento...

No sabía cómo reaccionar. Ni siquiera si debía hacerlo.

Se forzó a reflexionar. ¿Qué sabía de X.A.N.A.? Que era un ente artificial de un mundo artificial. Que podía tomar el control de torres de acceso conectadas a los aparatos electrónicos del mundo real. Que, por lo tanto, a lo mejor podía moverse por internet...

¿Por qué no? Tal vez X.A.N.A. tenía acceso a los bancos de datos de todo el mundo. Podía conseguir cualquier texto científico, elaborar estrategias y hacer cálculos a la velocidad de la luz...

Tal vez.

O tal vez Jeremy simplemente debía apagar el ordenador. Debía cerrar la ventana de diálogo e irse a dormir.

OYE, ¿SABES CUÁL ES EL COLMO DE UN SASTRE? TENER UN HIJO BOTONES Y UNA MUJER AMERICANA.

¿TÚ CREES que X.A.N.A. SE PONDRÍA A CONTAR CHISTES? ¡VAMOS, SI NO TINE EL MÁS MÍNIMO SENTIDO DEL HUMOR!

Jeremy sonrió.

Tú tampoco. Es un chiste malísimo.

AHÍ TENGO QUE DARTE LA RAZÓN.

¿Por qué te has puesto en contacto conmigo?

TENEMOS QUE BORRARLO.

¿Borrarlo? ¿El qué?

A X.A.N.A.

Jeremy sacudió la cabeza, cada vez más confundido.

Pero ¿quién es X.A.N.A.?

Esta vez la respuesta se hizo esperar unos segundos.

EL ENEMIGO.

Los espaguetis a la boloñesa eran probablemente la peor comida que había salido jamás de las cocinas de la academia. La cocinera era buena, pero estaba claro que la pasta no era su fuerte: los espaguetis terminaban apelmazados en una informe masa pegajosa, mientras que la salsa era demasiado líquida, y enseguida se escurría hasta el fondo del plato, formando un charquito rojizo de un sabor indefinible.

A pesar de eso, Odd había devorado alegremente su ración, y ya se había apropiado de las de Yumi y Aelita.

—Eres asqueroso —comentó Ulrich.

—Siempre decís lo mismo: «Odd, das asco; Odd, eres un tragaldabas...». Pero en realidad es que no me gusta desperdiciar la comida.

—¿Alguno de vosotros ha visto a Jeremy? —preguntó entonces Yumi por cambiar de tema.

—No. Hoy no ha venido a clase.

—Me he pasado a verlo esta mañana —añadió Aelita—. Está trabajando con el ordenador.

Odd sorbió con avidez un ovillo de pasta tan grande como un balón de rugby.

—Ese chico se va a poner malo como siga trabajando tanto —dijo con la boca llena y sacudiendo la cabeza.

En ese momento William Dunbar apareció al final de la mesa y se acercó a ellos con la bandeja en la mano.

—¿Puedo sentarme?

—Lo siento, pero no me parece que sea oportuno —dijo Ulrich sin ni siquiera dignarse levantar la vista del plato.

—¿Qué pasa? ¿Tenéis que contaros los secretitos de vuestro club exclusivo?

—En efecto.

William parecía estar a punto de tirarle encima la bandeja, pero se contuvo.

—¡Muy bien, como queráis! Total, se me ha pasado el hambre...

En ese preciso instante el teléfono de Aelita empezó a sonar.

—¿Cómo dices? ¿Qué? ¿Mi padre? Jeremy... ¡no tiene ninguna gracia!

Pero no era una broma.

Aelita, Ulrich, Yumi y Odd entraron por última vez dentro de Lyoko. Una elfa, un samurái, una dama japonesa y un hombre-gato con una larga cola morada. Para Aelita, el regreso al mundo virtual fue como una ducha fría. Y no sólo para ella.

Estaban en el sector del hielo. Al fondo de la llanura de color diamantino se erigía una montaña llena de picachos de nieve conectados entre sí por peligrosos senderos de cristal. Desde la cima más alta, una cascada descendía en una lluvia plateada, formando un pequeño lago centelleante.

La sensación de encontrarse en un mundo falso era aún más fuerte de lo normal: la blanca superficie del hielo no reflejaba las sombras, y los muchachos tenían la

impresión de caminar levitando a un par de centímetros del suelo.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó Aelita mientras miraba a su alrededor.

—Escondido cerca de la cascada —respondió la voz de Jeremy desde dentro de los oídos de los muchachos—. Pero no esperéis reconocerlo fácilmente. Me ha advertido de que no tendría una forma humana.

—A mí me huele mogollón a trampa —siseó Ulrich—. Tengo la desagradable sensación de que X.A.N.A. anda detrás de todo esto.

—Justo por eso es por lo que también nosotros estamos aquí —explicó Yumi—. Aelita no corre ningún peligro si permanecemos con ella.

En la sala de control de la vieja fábrica, Jeremy se mordió un labio. En su fuero interno esperaba que Yumi tuviese razón. Pero la verdad era que Aelita, como de costumbre, era la que se jugaba más que nadie, ya que seguía sin tener puntos de vida, ni siquiera tras la rematerialización.

Pero no dijo nada.

Caminaron hacia la cascada, que se derramaba sobre la superficie del lago plateado, creando una niebla impalpable y ligera. El lago, terso como una lámina de metal, estaba atravesado tan sólo por un pequeño puente que desaparecía tras el muro de agua.

Odd se aventuró en primer lugar. De la montaña bajaban toneladas y toneladas de agua, y sin embargo no se oía ningún ruido. En el hielo sólo había silencio.

—¿Qué hay detrás de la cascada, Jeremy?

—El quinto sector. El núcleo de Lyoko.

—¿El que no tiene nombre?

—El que no tiene nombre.

—Y ¿qué hay... en el núcleo de Lyoko?

—No tengo ni la menor idea.

—Vamos. Y tenemos que estar en guardia.

Más o menos a la mitad del puente, Aelita se detuvo.

—Quedaos aquí. Tengo que seguir yo sola.

—¿Te has vuelto loca?

Aelita negó con la cabeza.

—Es mi padre el que está ahí delante.

—De eso no estamos seguros al cien por cien —insistió Ulrich.

—Yo, en cambio, siento que es él. Y si así es... puede que sea mejor que hablemos a solas —dijo la joven con un suspiro.

—Chicos, tiene razón —asintió Yumi—. Se trata de su vida. Es un momento suyo.

Aelita le sonrió, agradecida. Luego dio media vuelta y se puso a avanzar sola por el puente, un paso tras otro, mientras los otros tres miraban cómo se alejaba, quietos y

empuñando sus armas.

Cuando se encontró justo debajo de la cascada se preparó para recibir las primeras salpicaduras, pero no sintió nada de nada. Las gotas se posaban un instante sobre su piel, y luego resbalaban hasta el suelo sin mojarla.

No eran más que una ilusión.

La cascada ocultaba una cueva con el techo bajo y el suelo sumergido en las aguas del lago. El puente trazaba un gran arco por encima de la plata líquida.

Y allí, en el punto más alto, flotando en medio del aire sobre la superficie del lago, había una esfera luminosa. Aelita se quedó mirándola, embelesada. Parecía estar viva: en su interior se arremolinaban vórtices de luz palpitante y se sucedían millones de pequeñas explosiones de todos los colores del arco iris.

—Aelita —pronunció su nombre la esfera. Aelita reconoció al instante aquella voz. Incapaz de contener la emoción, corrió hasta el extremo del puente y alargó el brazo para intentar tocarla, pero la esfera seguía siendo inalcanzable, a pocos centímetros de distancia de las puntas de sus dedos.

—Mi pequeña. Estoy muy orgulloso de ti.

—Papá... —lágrimas virtuales, frías y carentes de sabor, corrían por el rostro de la elfa.

—Me encantaría tener más tiempo, tesoro mío —prosiguió la esfera—. Tiempo para explicártelo. Tiempo para nosotros. Pero él se está acercando.

—X.A.N.A.

—Es un peligro para todos nosotros. Tenemos que borrarlo.

La muchacha asintió con la cabeza.

—Lo haremos juntos, papá...

—Sí, pero no resultará fácil. Hará de todo para detenernos.

—Papá... te he echado tanto de menos...

—Yo también a ti, mi pequeña. No sabes hasta qué punto. Cada segundo, desde que me vi obligado a abandonarte. Durante todos estos años no he hecho otra cosa que pensar en ti y en tu madre, Anthea. En nuestra... familia.

Aelita estaba allí, inmersa en aquel paisaje irreal y aséptico, con un nudo en la garganta que no tenía ni la menor intención de deshacerse.

Lo que había delante de ella no era más que una esfera de luz, pero su voz... la voz que vibraba con calidez era la de su padre. Y acababa de pronunciar el nombre de su madre.

Una parte de ella tenía ganas de gritar «¡Papá, ven aquí y abrázame! A quién le importa X.A.N.A. y todo lo demás. ¡Te necesito!».

Pero la otra parte quería saber algo.

—¿Papá? ¿Dónde está mamá? —preguntó.

—No lo sé, tesoro. Pero está viva, y tú debes ir a buscarla. He dejado algo para ti

en La Ermita. Está bien escondido, pero estoy seguro de que conseguirás encontrarlo.

—¿Por qué no podemos hacerlo juntos, papá?

—Porque yo ya no sé dónde está. Con el paso del tiempo he preferido olvidar mis propios recuerdos, para que él no pudiese tener...

De repente, la esfera se estremeció, empezó a girar sobre sí misma y sus corrientes internas se volvieron más intensas.

—¡X.A.N.A.! —susurró—. Se ha dado cuenta de que estamos aquí.

En la gran sala de control del superordenador, Jeremy estaba sentado, inmóvil, ante las pantallas, con las manos apoyadas en el teclado. En torno a él la sala se hallaba sumida en la oscuridad, iluminada en algunos puntos por el parpadeo de los diodos luminosos y los textos que se encendían y apagaban como relámpagos. Jeremy habría preferido no escuchar aquella larga conversación, pero los monitores le mostraban cada acontecimiento que tenía lugar en Lyoko, y los altavoces del superordenador le transmitían cada palabra, cada suspiro.

Estaba tan absorto en sus pensamientos que no notó la sombra que se movía furtivamente detrás de él, y que se estaba acercando a su sillón.

No vio la mano que se alzaba a su espalda, cerrada en un puño, y se precipitaba sobre su cabeza rubia. Cayó al suelo, sin sentido.

William Dunbar, su compañero de escuela, el muchacho del que tan celoso estaba Ulrich, miró a sus pies con aspecto satisfecho y sonrió.

Alrededor del lago helado el aire pareció cargarse de electricidad. De detrás de un saliente de hielo aparecieron los monstruos de X.A.N.A., cientos de ellos, como un enjambre de insectos enloquecidos.

Yumi fue la primera en percatarse de ellos.

—¡Allí! —gritó.

—¡Ya decía yo que esto era una trampa! —gritó por su parte Ulrich.

En un instante, el grupo se vio sumido en una lluvia de disparos láser. Yumi lanzó sus abanicos, pero sus enemigos eran demasiados.

La alcanzaron decenas de veces, y se disolvió en un soplo de polvo azul.

Brotó jadeando de la columna del escáner.

—¿Jeremy? —preguntó, aún sin aliento—. ¿Qué tal están los demás?

De los altavoces de la sala de virtualización no salió ninguna respuesta.

Yumi subió al primer piso y volvió a llamarlo.

—¿Jeremy?

Su amigo estaba tirado, y sus gafas también estaban en el suelo, con una patilla apuntando hacia arriba, torcida más allá de toda esperanza. En el puesto de control estaba sentado William Dunbar, y sus dedos se movían a toda velocidad por el teclado.

—¿Qué haces tú aquí? —gritó Yumi, horrorizada—. ¿Cómo has conseguido...?

William se volvió hacia ella con toda tranquilidad.

—Hola, encanto —graznó. Sus atractivos ojos habían desaparecido. En su lugar ardían dos antinaturales focos de luz azul. Eran los ojos de X.A.N.A.

—¡Oh, no, William... no!

Y ni siquiera tuvo ocasión de preguntarse cómo había podido pasar eso. De la garganta del muchacho salió un chillido que no tenía nada de humano. William abandonó el sillón y cargó contra ella sin darle tiempo para reaccionar, agarrándola de la camiseta. Yumi voló a través de la sala. Su espalda se estampó contra una pared, y el golpe fue tan fuerte que sus pulmones se vaciaron como un fuelle, dejándola sin aliento.

Tras unos instantes volvió a levantarse, dolorida. Encaró la puerta del ascensor y se lanzó en esa dirección tan rápido como pudo.

—¡Jeremy! —gritó.

Una de las manos del muchacho desmadejado en el suelo se movió débilmente, tanteando en busca de sus gafas.

Yumi no se detuvo.

No tenía ni idea de qué hacer exactamente, pero sabía que había que alejar a William de esa habitación.

Dentro de Lyoko, en el sector del hielo, Odd y Ulrich asistieron sorprendidos a la retirada de los monstruos, que refluían hacia las montañas de las que habían salido minutos antes.

—¡Ja, ja! —se congratuló Odd—. ¡Mira, los hemos hecho huir!

—No creo que huyan por nuestra causa: eran muchos más que nosotros.

—¿Y entonces?

—Entonces, parece más que nada una retirada estratégica. O bien...

De repente, una ladera de la montaña comenzó a temblar.

Luego, el temblor se propagó al resto del terreno, y una profunda grieta se abrió en el hielo justo al lado de ellos. El chorro de agua de la cascada aumentó bruscamente de intensidad durante unos segundos, y al final se ralentizó, reduciéndose a un mero goteo.

El mundo de Lyoko empezó a vibrar ante sus ojos, y la sensación de vértigo causada por el entorno virtual los asaltó con mucha más violencia que de costumbre.

—¿Crees que Aelita necesita ayuda? —preguntó Odd.

—Ella, no lo sé. Nosotros, seguro.

—¿Por qué?

—¡Mira ahí! —señaló Ulrich.

Por detrás de los picachos de hielo había aparecido una criatura gigantesca.

Tan alta como para poder pasar por encima de la montaña con una sola zancada. Su cabeza era una máscara blanca en la que resaltaba un único ojo. De su cráneo

salían tentáculos negros parecidos a tumultuosas rastas. El coloso tenía forma humana, pero sus dimensiones eran increíbles.

Descargó un puñetazo contra la montaña. Un gran fragmento de hielo se desprendió de la cima y cayó en el lago, ensanchando todavía más la grieta que se había abierto poco antes.

—Ay, madre... —murmuró Odd mientras sentía cómo las rodillas le empezaban a temblar.

—¡Odd, Ulrich! —la voz de Aelita los sacó de su estupor.

La muchacha venía corriendo por el puente de hielo, seguida por una esfera de luz que levitaba detrás de ella. Los alcanzó en unos pocos segundos.

—¡Éste es mi padre! —explicó, señalando a la esfera.

—Oh, buenas... señor Hopper —la saludó Odd educadamente. Nunca había tenido ocasión de hablar con una... especie de lámpara—. ¿No podría, por casualidad... ayudarnos a poner en su sitio a ese monstruo gigantesco?

—Puede que sí —respondió la esfera, dejándolos a Ulrich y a él con la boca abierta—. Pero es algo que tenemos que hacer juntos.

—Y ¿cómo?

—Esperaba que Jeremy os lo hubiese dicho.

—Bueno... no está muy hablador últimamente.

El coloso dio un salto hacia delante.

El impacto de sus enormes pies en el terreno fue devastador: la grieta se convirtió en un precipicio que se extendía entre las piernas del gigante. Alzó los brazos hacia el cielo, y un instante después, descargó sus puños sobre el suelo, levantando una oleada de agua plateada que se desvaneció, transformándose en un denso vapor.

—¡Seguidme! —dijo la esfera—. ¡Y tratad de que Aelita no sea desmaterializada!

—¡Ve tú, Odd! —dijo Ulrich mientras volteaba su catana ante sí. La hoja silbó en el aire, despidiendo reflejos de luz azul—. Yo intento distraerlo de alguna forma.

—¡Vaya abriendo camino, señor Hopper! —gritó entonces Odd dirigiéndose a la esfera—. ¡Lo seguiremos corriendo a dondequiera que vaya!

El coloso soltó un nuevo puñetazo, y esta vez el precipicio llegó hasta el lago, que vibró en protesta al tiempo que el agua de plata empezaba a colarse por él, desapareciendo en los abismos digitales de lo que quedaba de Lyoko.

La esfera se zambulló en el precipicio, seguida de Odd y Aelita.

Cayeron a plomo directamente sobre una plataforma cuadrada de piedra lisa suspendida sobre un abismo sin fin.

En el ordenador de la vieja fábrica abandonada, bajo el quinto sector, el núcleo que hasta ese momento había permanecido simplemente en blanco, apareció un nombre.

CARTAGO

Era el nombre de una ciudad.

Una ciudad sin dimensiones, compuesta por una infinita cantidad de bloques azules y superficies lisas y regulares, situados unos junto a otros con una precisión casi angustiada.

Cientos de monstruos-rama pasaban a toda velocidad y en todas direcciones, planeando por el cielo digital con sus grandes aletas en forma de alas.

Tenían un largo morro con dos pequeños cuernos móviles, y un cuerpo ancho, plano y lechoso. En cuanto percibieron a los intrusos lanzaron una especie de agudo chillido y empezaron a convergir hacia el punto en el que se encontraban, disparando contra ellos enjambres de flechas láser.

Odd, Aelita y la esfera huyeron bajo el fuego cruzado mientras la ciudad de bloques azules parecía descomponerse y recomponerse infinitamente bajo sus pies. Encontraron una segunda plataforma, y luego una tercera, y corrieron a más no poder, hasta que la plataforma se terminó.

Frente a un vacío absoluto.

Era como si hubiesen llegado al mismo tiempo al centro y al final de todo.

Ante ellos se materializó una pantalla fluctuante que carecía de marco.

—¡Ahora te toca a ti, Aelita! ¡Debes instalar el programa! —ordenó la esfera desde detrás de ella.

—¿Qué programa?

—Jeremy lo sabe.

—¡Jeremy! ¡Mándame los datos! ¡Jeremy! —gritó ella, alzando la vista hacia el cielo.

Pero no obtuvo ninguna respuesta.

Odd saltaba adelante y atrás sobre sus ágiles piernas con las muñecas estiradas para disparar sus flechas láser, en un desesperado intento por proteger a la muchacha. Por suerte, los monstruos parecían ignorar a ambos muchachos, y concentraban todos sus esfuerzos en la esfera, que levitaba, inmóvil, en el aire, atrayendo hacia sí enjambres de criaturas, como si fuesen moscas.

Parecía como si su volumen aumentase poco a poco.

—¡Jeremy! —gritó Aelita, desesperada—. ¡Necesito el programa! ¡AHORA!

—Aquí... estoy —murmuró la voz de Jeremy como si acabase de volver de los infiernos.

—Pero ¿dónde narices te habías metido?! —Hemos tenido unos... problemas. William...

—¡No es momento de chácharas! —berreó Odd—. ¡Jeremy, mándanos el maldito programa! Y usted, señor Hopper, tiene que alejarse de aquí, ¡es un blanco demasiado fácil!

—¡Vosotros concentraos en el programa! —respondió la esfera—. ¡No os

preocupéis por mí! ¡El programa!

Aelita apoyó las manos en la pantalla, y en unos segundos cargó en la memoria de Lyoko el programa que le envió Jeremy.

—¡Ya está! —anunció al final, interrumpiendo el contacto. Sin embargo, algo no estaba yendo como debía. La muchacha examinó la pantalla que fluctuaba delante de ella—. He cargado el programa en el sistema, Jeremy, ¡pero no se activa! ¡Me sale un mensaje de error!

—No es un error —puntualizó el muchacho—. El superordenador no tiene bastante energía para alimentar el programa.

—Y entonces, ¿me explicas de qué sirve haberlo instalado? —gritó Odd, que seguía combatiendo con furia entre las rayas. Estaba exhausto, como todos ellos. Estaban luchando contra una fuerza indomable, potencialmente infinita—. ¿De dónde vamos a sacar ahora la energía que necesitamos?

—Soy yo —declaró la esfera—. Yo soy toda la energía que necesitamos.

Yumi se encontraba en el primer piso de la vieja fábrica, en el punto desde el que la galería llevaba a la verja de entrada y el puente de hierro.

La situación no estaba nada bien: William se comportaba como un demente, y se había vuelto más fuerte de lo que nunca había sido.

Mientras corría por las galerías de hierro de la fábrica, Yumi sintió cómo el miedo le presionaba contra las sienas. Aquí, en la realidad, no tenía puntos de vida ni abanicos afilados como cuchillas. La espalda todavía le dolía a causa del golpetazo contra la pared. Otro tortazo por el estilo, y seguro que perdía el sentido.

No podía enfrentarse a él. Aunque podía tratar de mantenerlo lejos de la sala de control. Y mientras tanto, tratar de sobrevivir.

Se escabulló entre los mamparos cubiertos de herrumbre, atenta a cada ruido o movimiento sospechoso. Pero no lo bastante, evidentemente.

William apareció de la nada, como un fantasma, y la agarró por el cuello.

Yumi trató de soltarse. Sus zapatillas de deporte patinaron sobre el cemento, buscando un punto de tracción. Forcejeó.

—Socorro —susurró con un hilo de voz.

Sujetándola por la garganta, William tiró de ella hacia sí, listo para arrojarla contra uno de los muros de ladrillo de la fábrica. Después pareció cambiar de idea. Su rostro se contrajo en una mueca.

Sus ojos, en los que brillaba el símbolo de X.A.N.A., vibraron como si sufriesen una interferencia.

Yumi sintió cómo la levantaba, y se dio cuenta de que sus pies ya no tocaban el suelo. William la balanceó sobre el vacío, al otro lado de la barandilla metálica de la galería.

Estaba por lo menos a cinco metros de altura.

Pretendía tirarla abajo.

Odd había aprendido que siempre había un límite para cada cosa. Él solo, por ejemplo, podía hacer frente a tres o tal vez cuatro monstruos. Pero no a cien.

El muchacho saltó sobre el lomo de una raya, la agarró por los cuernos y la condujo hacia lo alto, donde miles de otros monstruos tenían cercado a Hopper.

La raya le hizo un extraño, encabritándose, pero Odd clavó los pies y no aflojó su presa.

—¡Malditos bichejos! —gritó.

Forzándola a elevarse, logró acertarle a un segundo monstruo, y luego a otro más. Después sólo tuvo tiempo de ver el resplandor del láser que le acababan de disparar directamente entre los ojos.

¡Blam!

Una puerta corredera se deslizó hacia un lado, y Odd se encontró en la sala de los escáneres.

—¿Yumi? ¿Jeremy? —resolló, turbado.

—¿Odd? ¿Has vuelto? —era la voz de Jeremy. Sonaba asustado—. ¡Corre, rápido! Yumi está en el piso de arriba, y con ella está William Dunbar.

—¿William... Dunbar? Y ¿qué hace aquí ése?

—¡No es el verdadero William! ¡Es X.A.N.A.! ¡Y quiere matarla!

—Aj, maldita sea...

Odd salió disparado sin añadir nada más. El corazón le golpeaba contra el pecho con un ritmo infernal, pero el muchacho trató de ignorar esos latidos ensordecedores. Llegó tambaleándose hasta el ascensor, lo llamó y después apretó el botón rojo que llevaba a la planta baja de la fábrica.

Subió.

Una vez arriba, trató de entender hacia dónde ir. Miró a su alrededor, desorientado, mientras le llegaba el olor a viejo del polvo.

Luego oyó un golpe. Un gritito. Por el rabillo del ojo entrevió un movimiento. Volvió la mirada en aquella dirección. En lo alto de un andamiaje vio a William. Estaba sosteniendo algo en el aire... ¡Ey, un momento! ¡Pero si ésa era Yumi!

—¡NO! —gritó instintivamente Odd.

William lo vio. Le dedicó una sonrisa sádica y soltó su presa.

Sin pensarlo, Odd pegó un salto y se tiró en esa dirección.

En la orilla del lago helado, que a esas alturas ya se había descompuesto en un millar de fragmentos de código, Ulrich todavía estaba enzarzado con el coloso. O mejor dicho, estaba huyendo a todo correr, con el monstruo en los talones. Pero esa estrategia no parecía funcionar: tenía que ocurrírsele otra cosa lo antes posible. Entonces decidió ocultarse entre los trozos de hielo que lo rodeaban, a la espera. De pronto, oyó el retumbar del pesado paso del coloso, dio un prodigioso salto hacia

delante y le clavó la espada con fuerza en el empeine del pie. Usó la espada como asidero para subirse a él.

Al gigante no pareció preocuparle demasiado: completó el paso y despedazó lo que quedaba del lago plateado.

Ulrich se sujetó a la empuñadura de la espada con todas sus fuerzas.

Consiguió desprender la hoja del pie del gigante y saltó de nuevo. Ensartó la espada en el centro del muslo. Volvió a subir. Prosiguió así con su escalada hasta llegar a la cintura. A partir de ahí la subida se volvía más difícil: el tórax del coloso era un enorme saliente invertido, imposible de escalar.

Esperó a que el gigante moviese un brazo y calculó el salto para aterrizar sobre su desmedida mano. Consiguió hincar la catana en una de las yemas de sus enormes dedos. En ese momento el monstruo, que hasta entonces ni siquiera se había percatado de su presencia, reaccionó. La mano se movió a una velocidad impensable, y el muchacho tuvo que escabullirse por el hueco entre el índice y el corazón para evitar quedar aplastado.

Se dio cuenta de que tenía pocas posibilidades sin la ayuda de alguien.

—Jeremy —imploró—. ¿Me recibes? ¡Jeremy!

—¡Aquí me tienes! —gritó Jeremy en los oídos de Ulrich un segundo antes de que el coloso lo empezase a estrujar. Hacía daño. ¡Hacía daño de verdad!

—¡Jeremy! ¡Haz algo!

—¡No puedo hacer nada! A no ser que... ¿Sabes conducir una moto?

—¡JEREMY!

Junto al muchacho, sobre la colosal mano del monstruo, apareció una pequeña moto digital. La presa se aflojó lo justo para que Ulrich pudiese deslizarse de entre sus dedos. Saltó encima de la moto, cargó su peso sobre las muñecas y dio gas. Fue acelerando más y más a lo largo de la subida del pulgar y se lanzó al vacío que había más allá de la uña. Luego empezó el remonte. El antebrazo. El hueco del codo, un foso oscuro del color del hierro quemado. La curva del bíceps.

Ahora el coloso actuaba como quien trata de deshacerse de un mosquito. Pero en lugar de frenar, Ulrich aceleró aún más. Hombro. Cuello. A esa altura se dobló sobre la moto y saltó como un muelle hacia la máscara blanca que cubría la cara del monstruo... que justo en ese instante se inclinó, mostrándole su único ojo: el símbolo de X.A.N.A.

Ulrich desenvainó la catana mientras todavía estaba en el aire.

Giró el brazo e hincó con todas sus fuerzas la punta de la espada en el negro centro de aquel horrible símbolo.

La espada de Ulrich era el equivalente de la punta de un alfiler para el gigante. Y no obstante, se tambaleó...

Colgando de la catana con ambas manos, Ulrich trató de agarrarse fuerte, lo más

fuerte que podía, con los dientes rechinándole. Se elevó a pulso hasta que logró apoyar los pies contra la lisa superficie de la máscara. Luego empujó la catana todavía más a fondo.

El coloso había acusado el golpe. Se sacudió bruscamente hacia un lado, y Ulrich se vio lanzado por los aires, ya sin su espada y cabeza abajo. Se encogió hasta hacerse una bola, dio una voltereta y aterrizó de pie.

El impacto fue violentísimo. Sus dientes entrechocaron con fuerza, hasta el punto de que Ulrich temió por un instante que se le fuesen a partir.

Sin embargo, estaba de una pieza. Incluidos los dientes.

No tuvo tiempo de maravillarse: rugiendo de rabia, el monstruo se desmoronó encima de él. Y lo desintegró.

—Señor Hopper —lo llamó Jeremy desde su puesto—. Necesitamos la energía. De inmediato.

—Estoy listo, Jeremy —anunció la esfera—. Llévate a los demás.

—Papá... ¿qué significa eso? —suplicó Aelita—. ¿De qué energía habláis?

La muchacha todavía se encontraba sobre la plataforma, rodeada por las rayas. Estaba en tensión, esforzándose por mantenerlas lejos, proyectando desde sus manos escudos energéticos que inundaban el espacio de rosa, a un ritmo que ni siquiera ella habría creído posible.

No había nadie más, aparte de ella y la esfera.

—Ya no nos queda mucho tiempo, mi pequeña —la apaciguó su padre—. Tócame, y dame acceso al programa —la esfera flotó hacia la pantalla, desentendiéndose de los monstruos y sus láseres.

Su superficie era ahora de un color más oscuro, y sus corrientes de energía se agitaban impetuosamente.

—¡No! —protestó Aelita—. ¡Antes tienes que decirme qué te va a pasar!

—¡Aelita, PARA YA! ¡No seas tonta! ¡Tócame!

La muchacha bajó las manos y retrocedió. Las rayas derramaron una lluvia láser sobre la esfera, mientras que la luz de su interior se oscurecía cada vez más, hasta que se volvió de un negro profundo y nocturno.

—¡Hopper! ¡Aelita! ¡El programa está perdiendo energía! Todavía queda un cuarenta por ciento —calculó Jeremy, alarmado—. Treinta... veinte...

Aelita se acercó a su padre.

—Así no, papá... —murmuró entre lágrimas.

Una raya disparó otro tiro, y la muchacha se tambaleó y pareció perder consistencia. Se apoyó en la esfera con todo su cuerpo. Abrazó a su padre. Por un instante sintió entre sus brazos la forma de una persona de carne y hueso...

—¡Aelita! —gritó Jeremy—. Señor Hopper... La esfera se disolvió. Sin explosiones. Sin ruido. Como si nunca hubiese existido.

Un líquido repleto de energía se derramó sobre toda la ciudad de Cartago como una ola. Y desde allí se propagó por los demás sectores de Lyoko, expandiéndose en todas direcciones. Un mar incontrolable. Inundó las montañas, los árboles digitales, las rocas de los desiertos y los lagos helados. Era un mar que estaba dando caza a X.A.N.A., que seguía sus huellas. Pasó de ser un líquido blanco a convertirse en un cúmulo de tentáculos que se ramificaron en busca de nuevos fragmentos, nuevos posibles escondites.

Todos los monstruos de Lyoko, en cuanto eran alcanzados por el líquido o los tentáculos, se deshacían en pompas de colores. Uno tras otro.

Pero ellos no eran importantes. Ellos tan sólo eran los peces pequeños.

Cuando el mar por fin lo encontró, X.A.N.A. lanzó un grito de rabia y frustración, al tiempo que su cuerpo digital era destruido bit a bit.

En la vieja fábrica William también lanzó un grito de dolor, doblándose por la mitad. Levantó bruscamente la cara hacia el techo, y de su boca, abierta en una mueca de sufrimiento, empezó a brotar un humo denso, negro como el alquitrán, que se enroscó en amplias volutas antes de desvanecerse en el aire.

William Dunbar se desmayó.

Unos metros más abajo, Odd estaba estrechando a Yumi entre sus brazos. Había conseguido salvarla en el último instante, protegiéndola con su propio cuerpo después de que William la arrojase.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí. ¿Y tú?

Odd asintió con la cabeza, riendo.

—Aparte de algún que otro moratón que me saldrá mañana. Pero deberías ponerte a dieta.

Odd, Yumi, Ulrich y Jeremy. Estaban todos quietos y en silencio en la sala de los escáneres. Esperaban a que la puerta de la última columna se abriese y les trajese de vuelta a Aelita. Jeremy tenía el corazón martilleándole contra las costillas, y bajo los gruesos cristales de las gafas sus ojos iban poniéndose rojos de la emoción.

Y, finalmente, ahí estaba.

Aelita salió tambaleándose del escáner. Los miró uno a uno, y luego dio un paso hacia Jeremy.

—Ha muerto, ¿verdad? —sollozó mientras las lágrimas le surcaban el rostro—. Mi padre...

Ninguno respondió.

Los muchachos se arrimaron a ella, todos a la vez, y la envolvieron en un silencioso abrazo.

18. La habitación secreta

[Francia. Ciudad de la Torre de Hierro. 10 de enero]

Jeremy interrumpió la narración para abrazar a Aelita, que estaba llorando quedamente, apoyada contra las pilas de periódicos de la parte trasera de la furgoneta.

—Ánimo —le susurró—, no llores. No llores...

Cuando se recobró, Aelita se sacó del bolsillo un pañuelo y lo usó para sonarse la nariz y presionarlo contra sus ojos húmedos.

—Gracias, chicos —murmuró después—. Os quiero mucho.

Permanecieron en silencio durante unos instantes, escuchando el sordo rugido de la furgoneta.

—¿Hay algo más que debería recordar? —preguntó luego Aelita.

—Sólo otra cosa —empezó Jeremy—. Hace algunas semanas...

—Volvimos a la sala del superordenador —dijo Odd.

—Estuvimos hablando todos juntos, y pensamos en el secreto que habíamos compartido —añadió Ulrich.

—Pero también en lo peligroso que había sido, con X.A.N.A. tratando de matarnos, y lo de William, y tu padre...

—Comprendimos que lo que habíamos tomado por un inmenso videojuego en realidad no lo era...

—Sino que estaba relacionado con el resto del mundo. Con la realidad.

—Así que decidimos apagarlo. Apagar el superordenador.

—Fuiste tú la que lo hizo, Aelita.

—Eras la única que podía hacerlo. Nos lo explicó tu padre. Te acercaste tú sola al interruptor general, con todos nosotros detrás de ti...

—Dijiste «Mi padre lo habría querido así», y bajaste la palanca.

—Y luego nos fuimos todos a mi cuarto —concluyó Jeremy—. Desmontamos mi portátil, con el que me conectaba al ordenador de la fábrica...

—Lo metimos en un armario.

—Era lo más adecuado.

—Basta de monstruos.

—Y basta también de informática, aparte de cuando sirve para comprar billetes de tren... —dijo Jeremy, rascándose la cabeza.

—Y mucho ojito también con eso —añadió Odd—. ¡Mira en qué movidón hemos estado a punto de meternos!

A pesar de todo, a pesar del dolor todavía reciente de ciertos recuerdos, la broma de Odd les causó a todos un extraño efecto.

Lentamente, casi con vergüenza, los muchachos empezaron a reírse, primero bajito, y luego cada vez con más fuerza.

Y cuando ya lo dejaron, entendieron que aquella risa era uno de los momentos más hermosos de su amistad.

Alguien dio unos golpes contra la puerta de la furgoneta.

—¡Ey, polizones! ¿Todo bien?

Era René Crane. Lo oyeron forcejear con la cerradura, y la puerta se abrió de sopetón.

Fuera todavía estaba oscuro como la boca del lobo.

La chaqueta del hombre se encontraba cubierta por una fina capa de nieve, y un pequeño huracán de copos blancos se arremolinaba detrás de él.

Jeremy fue el primero en asomarse afuera, y vio que en la calle el nivel de la nieve había vuelto a subir. Debía de haber por lo menos treinta centímetros.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó.

—Vosotros, sí —respondió René—. A mi hermano y a mí, por el contrario, aún nos queda un trecho. Y con este mal tiempo no va a ser fácil.

—¡Buena suerte, entonces!

Yumi vino hacia ellos junto con el policía. La muchacha tenía los ojos hinchados y la cara hundida entre los pliegues de la bufanda.

—¡Aquí hay alguien que sí que ha dormido! —comentó Ulrich, despeinándola cariñosamente.

Los hermanos Crane los habían dejado justo delante de la entrada principal de la academia. La verja negra se erguía, imponente, entre las dos pilastras de ladrillo rojo tras las que el largo vial que cortaba en dos el parque y llevaba a los imponentes edificios de la escuela había desaparecido tragado por la oscuridad y la nieve.

—¿Os las sabréis apañar desde aquí? —preguntó el agente Crane.

—Nuestra casa está cerquísima, gracias —le aseguró Jeremy—. No son ni diez minutos a pie.

—Por la calle no hay nadie, así que no creo que corráis peligro —concluyó el policía—. Pero os aconsejo que no os volváis a meter en líos.

—No, señor.

—Y recordad que el martes llamaré a vuestro director para asegurarme de que habéis pagado la deuda de la tarjeta de crédito.

—Sí, señor.

Al final, Roger Crane sonrió.

—Buena suerte, chavales. Y si hacéis otro viajecito, pasad a visitarme, ¿vale?

—¡Pero no por la comisaría, eh! —se apresuró a especificar Odd.

Esta vez se rieron todos, de pie junto a una furgoneta y en medio de una tormenta de nieve que seguía arreciando sin pausa.

Caía por todas partes: sobre la escuela, sobre la zona industrial de la ciudad, sobre el río, sobre el herrumbroso puente de hierro y sobre los tejados de la fábrica abandonada que ocupaba toda la isla.

Y que en su interior custodiaba, silenciosa, un castillo secreto.

Los muchachos caminaban haciendo eses, como si estuviesen borrachos, embestidos por las ráfagas de un viento rabioso y gélido. En cierto momento Odd se apoyó contra un buzón y suspiró.

—Chicos, no puedo más. Tengo hambre, frío y, sobre todo, me caigo de sueño.

—¡Ya falta poco, Odd! Cinco minutitos y estamos en casa.

—No veo la hora de meterme entre las sábanas...

—Nada de sábanas, todavía —dijo Jeremy sacudiendo la cabeza—. Sólo son las cinco y media de la madrugada, así que aún tenemos tres horas antes de que empiecen las clases.

—¿Y qué?

—¿Ya os habéis olvidado del señor Broulet? ¿Y de la habitación tapiada?

—¡No pretenderéis ponerlos a buscarla... ahora!

—Siento que es la noche adecuada, Odd —intervino Aelita—. La noche de nuestro último día de vacaciones.

Finalmente, llegaron a La Ermita, y esperaron tiritando bajo el pórtico mientras Aelita metía la llave y abría la cerradura.

Dentro del chalé se había conservado algo del calor de aquella tarde, aunque al salir para ir a coger el tren los muchachos hubiesen apagado la calefacción.

—A estas alturas está claro que lo de dormir queda descartado —se lamentó Odd—. Si no, mañana por la mañana nos encontrarán congelados. Pero ¿podemos comer algo, por lo menos? ¿Quién quiere un par de bocadillos?

Todos los querían.

Ulrich encendió la caldera y la puso al máximo. Después, los cinco muchachos se refugiaron en la cocina. Del almuerzo había sobrado pan, un poco de tortilla, algo de queso y chocolate para untar. Enseguida se pusieron manos a la obra y en cuestión de minutos tenían todos las mandíbulas funcionando a plena potencia.

—Por lo que respecta a la habitación tapiada —dijo al final Jeremy—, he pensado que deberíamos dividirnos. Odd, Yumi y Ulrich, vosotros deberíais golpear todas las paredes de la casa para oír si hay algún punto que suene a hueco. Aelita y yo, por otro lado, exploraremos de nuevo el desván: si Hopper dejó de verdad ese mapa, entonces Aelita es la única capaz de encontrarlo.

—Vale —asintió Ulrich—. El que descubra algo que avise a los demás.

Mientras los muchachos empezaban a rastrear los muros de la casa palmo a palmo, Jeremy bajó los libros del estante más alto de la librería del desván y los posó en el suelo. Después comenzó a hojearlos con cuidado.

Aelita, mientras tanto, vagaba por la habitación.

De repente señaló un maletín de piel de aspecto desgastado que yacía abandonado encima de un estante.

—La verdad —dijo— es que aquí hay un poco de todo. ¡Incluso un kit de El pequeño químico que tendrá por lo menos veinte años!

Se sentó en el suelo, junto a su amigo, y empezó a revisar los libros con él.

—Jeremy, ¿cómo era mi padre? —preguntó en cierto momento.

—No lo conocí en persona.

—Pero te estuvo escribiendo.

—Sí.

—Y trabajasteis juntos.

—Durante un período muy breve, en el programa que destruyó a X.A.N.A. Nunca lo habría conseguido sin él —dudó durante un instante antes de proseguir—. Es la persona más genial que he conocido en mi vida. Y de verdad te quería mucho.

Continuaron con su labor en silencio. Terminaron de examinar los libros y pasaron a hojear revistas. Aún no habían encontrado nada útil: ninguna nota en un margen, ninguna marca de bolígrafo sospechosa, ningún papelito metido entre la cubierta y la camisa.

Nada de nada.

Desde la parte inferior de la escalerita que llevaba al desván oyeron la voz de Ulrich.

—Chicos, ¿estáis ahí? ¡Nosotros ya hemos terminado! Cero resultados, por desgracia.

—¡Ídem de lo mismo por aquí! ¡Subid a echarnos una mano! —propuso Jeremy.

Uno tras otro llegaron al desván. Tenían todas unas caras que daban pena. Pero ninguno se quejó, y siguieron trabajando.

—Cero patatero —suspiró al final Odd.

—¿Y ese montón de revistas de ahí al fondo?

—Ya lo he mirado.

El profesor había hecho un óptimo trabajo: si de verdad había dejado indicios para encontrar la habitación tapiada, era innegable que estaban bien escondidos.

—Estamos suponiendo que existe una especie de «mapa» —reflexionó Ulrich—, pero, aunque así fuese, el profesor Hopper podría haberlo escondido en cualquier parte. Sobre una pared que luego hubiese vuelto a pintar, por ejemplo, o en un mueble con doble fondo...

—No sé por qué —intervino Aelita—, pero yo estaba convencidísima de que estaría en un libro. Y si tuviese que deciros en cuál, escogería éste: los cuentos de Edgar Allan Poe.

—¿Y por qué?

—Porque tiene algo que me resulta familiar. No sé, a lo mejor mi padre me leía estas historias cuando era más pequeña.

—¡Yo diría que para nada! —replicó Odd, que era el más aficionado a las novelas del grupo—. Poe escribía cuentos de terror y misterio, muy poco apropiados para una niña. Y a propósito de misterios...

—¿Qué?

Odd le quitó el libro de las manos a Aelita y empezó a hojearlo frenéticamente. Revisó el índice y después lo abrió por una página en concreto.

—¡Aquí está! ¡Así que no me fallaba la memoria! Ulrich bufó, impaciente.

—¿Te importaría explicárnoslo a los demás?

—Veréis, hay un cuento famosísimo, La carta robada, en el que el protagonista tiene que encontrar una valiosa carta escondida en una casa grande.

—Me suena de algo.

—Pues sí.

—¿Y él sí que lo consigue?

—Sí, al final la encuentra... —dijo Odd con una risita—. ¡A la vista de todos! ¿Lo pilláis? La policía busca la carta durante días, pero el único sitio en el que se olvida de mirar es precisamente el más obvio, ¡un tarjetero en medio de la repisa de la chimenea!

—A mí me parece una chorrada —comentó, escéptico, Ulrich.

Odd volvió a cerrar el libro, bajó corriendo al piso de abajo, revisó rápidamente la chimenea y volvió al desván.

—Vale. Pista falsa —anunció, desilusionado—. Ahí tampoco hay nada.

Ulrich alzó la vista al cielo.

—¡No me digas! —comentó con ironía. Luego volvió a razonar en voz alta—. Puede que la dibujase en un papel, o en uno de sus...

—Cuadernos —terminó por él Aelita—. Como éste.

Sacó del bolsillo trasero de sus vaqueros el cuaderno que le había quitado de la boca a Kiwi la tarde anterior, durante la primera exploración del desván. Tenía las páginas totalmente en blanco.

—Pero si no tiene nada —observó Odd, desilusionado.

—Tal vez escribió en él con tinta invisible.

—Claaaaro, con zumo de limón, ¿no te digo?

Al oír aquellas palabras, los ojos de Yumi se iluminaron.

—¡Ey, esperad! —gritó—. El zumo de limón no es la única tinta simpática fácil de preparar. Hopper también era profesor de ciencias y, por lo tanto, un experto en química. No me sorprendería lo más mínimo que hubiese utilizado ferrocianuro potásico. Si así es, para revelar el texto secreto nos bastará con un poco de nitrato férrico.

Todos se giraron hacia ella con los ojos como platos.

El maletín de piel estaba en el suelo, abierto de par en par. En su interior había hileras de probetas llenas de compuestos de colores, alambiques y un pequeño libro de instrucciones.

—Todo esto caducó hace mucho —constató Jeremy.

—Esperemos que funcione de todas formas.

Aelita eligió una probeta llena de cristales de color miel, la abrió y volcó su contenido sobre la primera página del cuaderno.

Dentro de la probeta debía de haberse colado algo de humedad, porque el nitrato férrico cayó en bloque sobre la página, como una piedra compacta contra el fondo blanco de la hoja.

Aelita empezó a desmenuzarla entre sus dedos, frotando el papel con delicadeza. E increíblemente, las letras aparecieron una tras otra: letras azules escritas con prisas muchos años atrás.

Mi pequeña Aelita, espero que seas tú quien esté leyendo estas líneas...

Al reconocer la caligrafía de su padre, Aelita estuvo a punto de desmayarse. Se llevó una mano a la boca y se quedó inmóvil, observando cómo aquellas palabras escritas para ella cobraban vida en las hojas del cuaderno.

Baja al sótano de La Ermita y ve a la cámara frigorífica. Una vez allí verás...

Con la mano temblándole por la emoción, Aelita empezó a espolvorear con el nitrato férrico las páginas siguientes. Poco a poco fue apareciendo un mapa de La Ermita, junto con las instrucciones para acceder a la habitación tapiada que había dentro de la cámara frigorífica.

—¡Ya os lo decía yo que iba a estar ahí! —bromeó Odd.

Las páginas que estaban escritas eran cuatro en total.

Al final de la cuarta había una brevísima nota de despedida: Te quiero mucho.

Y una firma: Papá.

Las siguientes páginas estaban en blanco. Odd se levantó de un brinco.

—¡El que llegue el último al sótano lava los platos! —gritó, y bajó corriendo por las escaleras.

La cámara frigorífica no tenía ventanas: era un simple rectángulo gris de paredes gruesas amueblado con dos hileras de estanterías bajas a los lados.

En el techo se abrían los conductos que le permitían al motor enfriar el aire. De las paredes colgaban grandes ganchos para los embutidos, pero ahora lo único que había en ellos eran telarañas y polvo.

Aelita abrió nuevamente el cuaderno de su padre y releyó las instrucciones que él le había dejado.

—Veamos: «Con la puerta a tu espalda, busca, de los ganchos de la pared izquierda, el tercero desde el fondo».

—¡Es ése! —señaló Ulrich.

—«Tira de él hacia ti».

Ulrich se encaramó sobre las estanterías para alcanzar el gancho, y se colgó de él.

Se oyó un fuerte clonc, y el gancho descendió con un chasquido unos pocos centímetros respecto a su posición inicial.

—«Ahora cuenta hasta la cuarta balda de abajo a la derecha, y levántala».

Odd llevó a cabo la operación, empujando la repisa metálica hacia la pared.

—«Cierra la puerta de la cámara. Vuelve a abrirla, y ciérrala otra vez».

—Listo —anunció Jeremy.

—«Para terminar, tira de nuevo del gancho».

Esta vez, además del chasquido, se oyó un chirrido y en la pared del fondo se abrió una puerta tan baja y estrecha que para pasar por ella había que hacerlo a cuatro patas.

Al otro lado, en una habitación que había permanecido cerrada durante al menos diez años, se encendió una luz.

Los muchachos entraron uno por uno: primero Aelita, luego Jeremy y después Odd, Ulrich y Yumi. Se encontraron dentro de una sencilla habitación de paredes blancas, que parecían recién encaladas. Del centro del techo bajaba un cable del que colgaba una bombilla que se balanceaba ligeramente. El mobiliario estaba compuesto por un sofá de piel oscura de aspecto cómodo vuelto hacia un mueblecito apoyado contra la pared del fondo sobre el que había un televisor y un aparato de vídeo. Modelos antiguos: la televisión era más larga que ancha, con un tubo catódico que llegaba a tocar la pared y una pantalla curva.

—¡Qué guay! —exclamó Odd—. ¡Este cacharro todavía funciona con cintas de vídeo! ¡De museo!

Jeremy sonrió.

—Esta habitación se selló antes de que inventaran los lectores de DVD.

—Lo que no pillo es por qué tomarse tantas molestias, buscarse una constructora y todo lo demás, sólo para esconder un sofá y una tele —comentó Ulrich.

—¿A lo mejor porque su mujer no le dejaba ver los partidos de fútbol?

La broma de Odd cayó en saco roto. Y les recordó a todos de golpe la enorme soledad de Aelita.

Se sentaron en el sofá, con Ulrich y Odd sobre los brazos porque no era lo bastante grande. Después, Jeremy empezó a trastear con el videocasete.

—Hay una cinta metida dentro. Un momento —dijo.

La televisión se encendió de pronto, mostrando la clásica nube gris que indicaba la ausencia de señal. Luego, con un chasquido, se puso en marcha el aparato de vídeo, y la imagen de la pantalla se volvió negra.

Jeremy subió el volumen y se sentó sobre el sofá con los demás.

—Sea lo que sea, ya empieza.

De los altavoces del viejo televisor comenzó a salir una música dulcísima. Un solo de piano. Imágenes, viejas fotos amarilleadas por el tiempo, pasaban lentamente al ritmo de la música. Una Aelita de dos o tres años que correteaba por el jardín de una casa de montaña con el tejado negro. Sobre el césped, un sencillo triciclo de madera. Aelita, a la misma edad, en brazos de una mujer hermosísima con los ojos de un azul claro y su mismo pelo rojizo, que llevaba suelto sobre los hombros y a juego con un vestido corto de flores.

—Mamá —susurró la muchacha, con la voz ahogada por la emoción, mientras la secuencia proseguía.

Otra vez su madre, con un elegante vestido de noche, tacones altos y el cuello adornado con un collar de perlas que resplandecía sobre su piel clarísima. Ella y Hopper abrazados, ambos con batas de laboratorio. El profesor Hopper sonreía, ensanchando su redonda cara, medio oculta por una espesa y oscura barba.

Y luego, sin previo aviso, la voz de Hopper resonó con nitidez y se superpuso a la música, mientras por la pantalla pasaban nuevas fotos: Aelita al piano, Aelita con su peluche favorito, Hopper sonriendo ante una barbacoa.

—Mi pequeña. Aelita. Espero que seas tú quien esté viendo este vídeo. Lo he escondido con cuidado, sabiendo que tu pasión por las pequeñas diabluras de la química y los cuadernos en blanco terminarían por traerte hasta aquí. Espero conocerte lo bastante bien como para no equivocarme.

Dejaron de pasar fotos, y en su lugar apareció el profesor, sentado en el sofá sobre el que ahora estaban encogidos los muchachos. Iba vestido con una camisa de cuadros, sus manos estaban entrelazadas sobre la tripa y tenía la espalda derecha.

Tras los espesos cristales de las gafas, sus párpados estaban hinchados por el cansancio.

—Pero si estás viendo esta grabación, eso quiere decir que las cosas se me han torcido. He jurado que, en caso de que volviese a La Ermita al final de esta gran aventura, iba a entrar yo solo en esta habitación e iba a quemar esta cinta. Si no ha sido así, significa que ya no estoy vivo. Lo siento. Te echaré de menos, mi pequeña. Y las fotos del principio del vídeo son mi regalo para hacer que no te sientas tan sola.

Jeremy se giró hacia Aelita: la muchacha miraba la pantalla como hipnotizada.

—En fin, creo que te debo una explicación. Cuando naciste yo todavía usaba mi verdadero nombre, que no era Franz Hopper, sino Waldo Schaeffer. Por aquel entonces tu madre, Anthea, y yo trabajábamos en Suiza, en un proyecto de alto secreto llamado «Cartago». Con el trabajo ya muy avanzado, nos dimos cuenta de que nuestras investigaciones iban a utilizarse no para ayudar a la humanidad, sino para controlarla, y decidimos huir. Pero no lo conseguimos. Tu madre fue secuestrada, y se la llevaron. No sé dónde la tienen, pero estoy seguro de que aún está

viva. Y espero que esté bien. ¡No sabes cómo la busqué! Hice todo lo que estaba en mi mano para encontrarla, pero también tenía que pensar en protegerte.

»Me escondí en esta ciudad, y empecé a dar clases en la academia Kadic bajo el nombre falso de Franz Hopper. Mientras estaba aquí creé Lyoko utilizando los mismos programas que había desarrollado con tu madre para el proyecto Cartago. Mi intención era que Lyoko nos protegiese de un posible uso de Cartago con fines malévolos. Con el paso del tiempo, sin embargo, ellos me encontraron incluso aquí. Y cuando llegaron tuve que disponerme a escapar una vez más. Trataron de capturarte y te hirieron. Te hirieron de gravedad, con un balazo en la cabeza. Estabas en peligro de muerte.

Lentamente, Aelita se llevó una mano temblorosa a la cabeza, y palpando por entre sus cabellos sintió una abultada cicatriz.

—Sólo tenía una forma de curarte. Y si ahora me estás escuchando, ya sabes cuál era. Cuando apague la cámara, te llevaré conmigo adentro de Lyoko. A salvo. Para curarte. Tengo mucho miedo, Aelita. X.A.N.A....

Una interferencia se comió el resto de la frase, y la imagen de la pantalla osciló por un instante.

—... si me estás escuchando, es probable que las cosas no hayan ido como debían. Y por lo tanto debo destruir el superordenador y todo lo que hay dentro de la vieja fábrica.

—Hasta ahí también hemos llegado nosotros... —murmuró Odd.

—Tienes que destruirlo para que nadie pueda encontrarlo y utilizarlo. El verdadero problema no son los inventos. Son los hombres. Los hombres son peligrosos, Aelita. Los hombres son malvados.

En la pantalla, el profesor Hopper se secó los ojos con un pañuelo. La voz le temblaba de emoción y de rabia.

—Y ahora —prosiguió después— llegamos a la segunda cosa que tengo que pedirte: abre el mueble que hay bajo el televisor. En su interior verás una caja de madera. Dentro hay una cadenita con un colgante. Es un regalo que me hizo tu madre, y yo le di una idéntica. Consévala como tu bien máspreciado. Y encuentra a tu madre, Aelita. Sé que es una tarea difícil y peligrosa, mi pequeña, pero tú eres genial, y seguro que habrá alguien capaz de ayudarte, como lo ha habido para mí. Precisamente por eso puedes pedirle ayuda a la...

Una interferencia cortó la palabra por la mitad, y el vídeo saltó un par de segundos hacia delante.

—... ern. Recurre a ellos si te hace falta. Y cuando vuelvas a abrazar a mamá, dale un beso de mi parte.

El vídeo saltó debido a una nueva interferencia. La cinta debía de haberse estropeado durante todos aquellos largos años de espera.

Jeremy se puso a manipular el videocasete, pero sin resultados.

—No hay nada que hacer —suspiró, disgustado—. Sigue así hasta el final. No tiene nada más.

En silencio, Aelita se levantó de su sitio, se acercó a Jeremy y lo apartó tocándolo levemente con los dedos.

Luego abrió la oscura portezuela del mueble. Tal y como había dicho su padre en el vídeo, dentro había una caja de madera algo mayor que la palma de su mano. La abrió y sacó el colgante.

Era una fina cadena de oro que sostenía una medallita un poco más grande que una moneda, y tan brillante que Aelita podía verse reflejada en ella. Tenía grabadas dos letras, «W» y «A». Y justo debajo, el dibujo de un nudo de marinero.

—Waldo y Anthea —murmuró la muchacha, que ahora recordaba el verdadero nombre de su padre.

—Y un nudo —dijo Jeremy.

—Sí. Juntos para siempre.

19. Eva Skinner

[Estados Unidos, California, 10 de enero]

El primer avión para Francia despegaba a las seis de la mañana, y la megafonía estaba invitando a los pasajeros a dirigirse a sus puertas de embarque.

Eva Skinner se encaminó por los largos pasillos de la terminal, tirando de la maleta rígida que usaba como equipaje de mano. Se había cambiado de ropa y ahora llevaba un par de vaqueros ajustados y una colorida camiseta.

Sonreía.

Pensó que los humanos eran criaturas realmente complicadas. Para ir de los Estados Unidos a Francia había que comprar un billete y hacían falta visados y permisos especiales porque ella era una «menor» e iba «sin acompañante». Se necesitaban maletas. Y ropa. Y una vez en Francia, iba a tener que volver a viajar para llegar a la ciudad en la que se encontraba la academia.

No importaba. Había aprovechado el tiempo que le sobraba en el aeropuerto para conectarse a internet y preparar su llegada. El director la estaría esperando al día siguiente con los brazos abiertos. Una nueva alumna en viaje de estudios que llegaba de los Estados Unidos.

Eva dejó atrás las tiendas y los duty-free que iban abriendo uno tras otro en la enorme área de embarque. Estudió los monitores en busca de su puerta. La 27. Tenía que seguir las indicaciones y darse prisa: el embarque ya había empezado.

La azafata le sonrió. Era una joven simpática que llevaba una divertida gorra a juego con el impecable uniforme de su compañía aérea.

—¿Nombre?

—Eva. Eva Skinner.

—Un momento.

Tecléo algo en su ordenador y luego sonrió de nuevo.

—Reserva en primera clase. Sin acompañante. Estupendo. Señorita, ¿sería tan amable de enseñarme su pasaporte y la autorización de sus padres?

—Claro.

Eva le tendió a la mujer un folletito de una cadena de comida rápida que se había encontrado en el suelo poco antes: hamburguesa con queso en oferta; sólo un dólar con veinticinco; menú infantil de regalo.

Al entregárselo a la azafata se aseguró de rozar sus largos y bien cuidados dedos.

La mujer abrió el pliego, que mostraba una gran foto a todo color de una hamburguesa, y asintió con una mirada apagada.

—Perfecto, señorita, puede pasar. Mi compañera de a bordo le indicará dónde

sentarse.

Eva asintió con la cabeza y pasó. Después se metió, junto con el resto de los pasajeros, en el largo tubo metálico que llevaba hasta el aeroplano.

La primera clase estaba casi vacía.

Junto a Eva, aunque separados por un estrecho pasillo, había una mujer con un traje oscuro concentrada en su ordenador portátil y, al otro lado, un hombre de cierta edad que se había quedado dormido ya antes del despegue y ahora estaba babeando encima de una corbata de quinientos dólares.

—¿Va todo bien, señorita Skinner? —le preguntó otra azafata, que lucía la misma sonrisa y el mismo uniforme que la de la puerta de embarque—. Ahora puede desabrocharse el cinturón: ya hemos despegado. ¿Quiere algo de beber?

—Lo que ha pedido ese señor —respondió Eva, señalando al hombre que dormía.

—¿Un coñac? Ja, ja, señorita, no me parece lo más apropiado. ¿Preferiría, tal vez, un zumo de frutas?

—Sí, eso.

La azafata se alejó a toda prisa, cimbreándose, por el pasillo del avión.

Parecía contenta de resultar útil. Puede que la pagasen para eso, para resultarles útil a los pasajeros.

Los asientos de la primera clase eran tan grandes y mullidos, tan cómodos. A lo mejor se ponía a dormir: sin tener que preocuparse de cómo maniobrar el cuerpo de Eva Skinner, X.A.N.A. podría reflexionar con tranquilidad.

Tenía mucho en lo que pensar. Por ejemplo, en cómo entablar amistad con los muchachos y ganarse su confianza.

Y sobre todo, en cómo asesinarlos.

20. El primer día de clase

[Francia. Ciudad de la Torre de Hierro. 10 de enero]

Yumi, Jeremy, Odd, Aelita y Ulrich llegaron a la verja de entrada de la academia Kadic con diez minutos de retraso.

Al final se habían rendido al sueño. Pero tan sólo una hora más tarde había sonado el despertador. Y allí estaban, sin resuello y con los ojos ardiéndoles a causa de la noche de insomnio.

—Y vuelta a empezar —comentó Odd.

—Nosotros tenemos dos horas de Química —anunció Jeremy mientras comprobaba los horarios.

—Yo, Historia —añadió Yumi—. Y tengo que salir pitando, que a esta hora la profe ya habrá entrado en clase.

—¡No, hombre, no! —replicó Odd, contrariado—. Me refería a que... ¿volvemos a empezar con La Ermita y con Lyoko?

—Pues claro que sí —asintió Jeremy—. Buscaremos a la madre de Aelita. Pero dejaremos apagado el superordenador.

Aelita llevaba al cuello el colgante de su padre.

—De todas formas, ya habrá tiempo de hacer todo eso, ¿no? —dijo Ulrich con una sonrisa.

Yumi se pasó la mochila cargada de libros de un hombro al otro.

—Mi profe, por el contrario, no espera a nadie. Me tengo que ir, chicos.

—Nos vemos a la hora de comer, entonces —se despidieron ellos.

—Vale. Bueno, que tengáis un buen día de la marmota —respondió ella mientras atravesaba la entrada. Los demás la siguieron de inmediato.

Era el 10 de enero, y por fin había dejado de nevar.

Un sol débil pero luminoso hacía brillar la sal que cubría las calles, y el vial de entrada de la academia Kadic estaba lleno de pequeñas huellas de zapatillas de deporte.

Cinco muchachos muertos de sueño empezaron a correr por el camino helado, contentos de seguir todavía juntos, a pesar de todo.

Ante ellos se erguía el edificio principal, majestuoso y severo. Pero no tenía nada de amenazador: el sol invernal brillaba en las ventanas cerradas, y el enorme portón estaba abierto, dándoles la bienvenida.

Entraron de un salto.





1. LINTERNA: Indispensable en los subterráneos de la fábrica abandonada.
2. RATÓN DEL SUPERORDENADOR: Este es el único ratón con el que el superordenador puede funcionar. Me lo llevé cuando decidimos apagarlo.
3. CÁMARA DE VÍDEO DIGITAL: Con esta videocámara estuvimos reconstruyendo tus recuerdos, Aelita.



4. CINTA VHS: El último documento que dejó el profesor Frahz Hopper para explicar los misterios de Lyoko
5. CHOCOLATE EN POLVO: Una dulce ayuda a combatir el frío
6. PINZA DE TENDER: Fundamental para atravesar las alcantarillas. ¡¡¡No hay que olvidársela nunca!!!



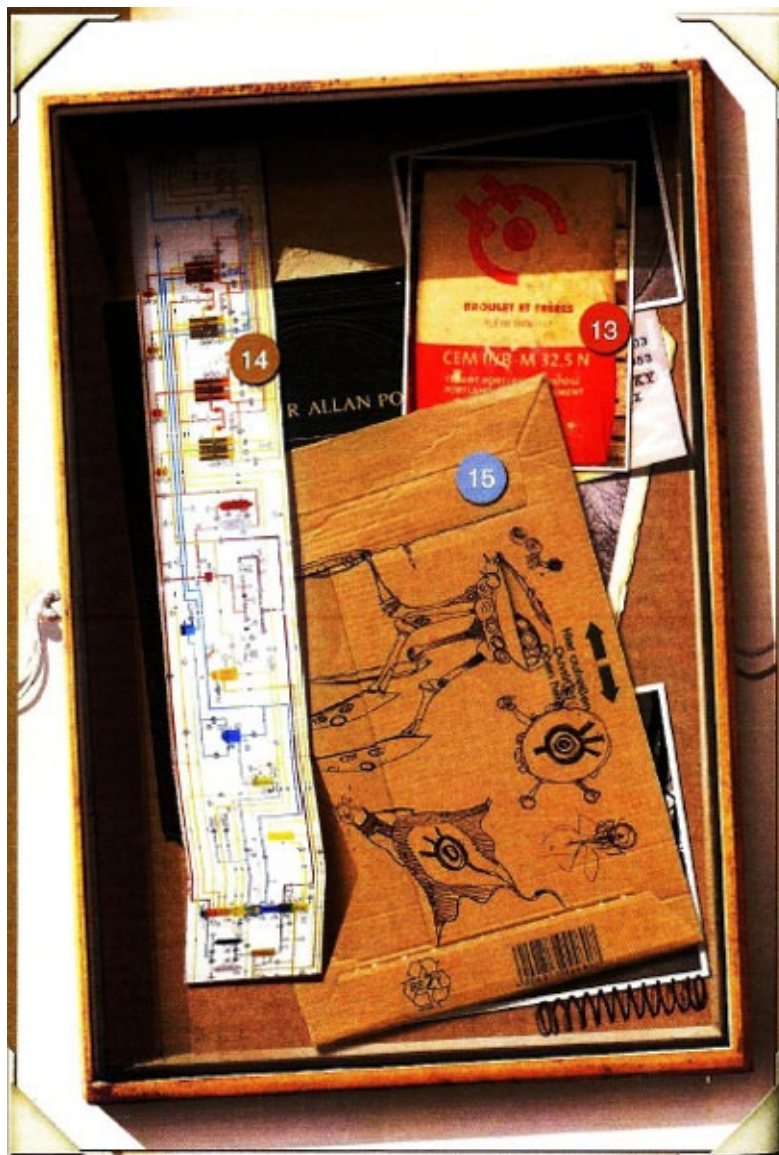
- 7. NAVAJA SUIZA: Mi indispensable navajita. ¡Fiel compañera de mil aventuras!
- 8. BILLETE DE TREN: El viaje que nos reveló nuevos secretos de la Ermita
- 9. PELI DE MIEDO: La peli favorita de Odd. Vete a saber dónde le encuentra la gracia.



10. CODIGO LEET: Un truco de los programadores de ordenadores para acordarse hasta de las contraseñas más complicadas. Funciona sustituyendo letras por números

11. CUADERNO: Lo encontramos en el desván de La Ermita. Perteneció al profesor Hopper. ¡Las apariencias engañan!

12. CEB DIGITAL – LUV LUV PUNKA: El nuevo single del grupo del siglo. Es la banda sonora de esta historia.



13. SACOS DE CEMENTO: Son los sacos de cemento que encontramos en el sótano de la Ermita. Gracias a ellos llegamos hasta los hermanos Broulet.

14. CIRCUITOS: La fábrica estaba llena de esquemas indescifrables. ¿Puede ser que se refieran al superordenador?

15. MONSTRUOS DE LYOKO: Desde el puesto de control del superordenador garabateé unos bocetos de los seres que viven en Lyoko.



16. TARJETA DE VISITA: La tarjeta del profesor Hopper. No encontramos muchas cosas más sobre él.

17. EL GATO NEGRO: No me imaginaba que Odd fuese un experto en cuentos. Este libro parece estupendo. Tengo que leérmelo.

18. PUENTE DE HIERRO: El puente de la vieja fábrica. No puedes haberlo olvidado, Aelita...



19. BOCA DE ALCANTARILLA: Tras un largo recorrido maloliente, por fin algo de aire fresco ... pero las sorpresas aún no se han acabado

20. LA ERMITA: El cuartel general de nuestras investigaciones. La antigua casa del profesor Hopper es un auténtico ló de pasadizos secretos.

21. COLGANTE: Es tu colgante, Aelita. Tu padre y tu madre también llevan uno igual que este. Busca a Anthea...

